TARIFA REDUCIDA
N EL SERVICIO POSTAL
INTERIOR
REGISTRO No. 72

ORGANO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HIST

BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGVEDADES

Bogotá
Abril y mayo
de 1948

DIRECTOR
UIS AUGUSTO CUERVO

REDACTORES
: MARIA RESTREPO SAENZ
NRIQUE OTERO D'COSTA

imeros 402 y 403

OLUMEN XXXV

ta Nacional—Bogotá

TABLA

Homenaje a Cervantes

en el cuarto centenario de su nacimiento.

Págs.

I. SESION DE LAS ACADEMIAS:

Discurso del académico don Rafael Maya en nombre de la Academia Colombiana de la Lengua..... 217

Discurso del académico don Miguel Aguilera en nombre de la Academia Colombiana de Historia..... 239

II. EL INGENIOSO HIDALGO MIGUEL DE CERVANTES, por Gustavo Otero Muñoz..... 249

III. EL "QUIJOTE", POEMA EPICO DEL MUNDO ESPAÑOL, por Carlos Restrepo Canal..... 255

IV. RECUERDOS DEL INGENIOSO HIDALGO (El sentimiento de la honra en el *Quijote*. — El triunfo del ideal en el *Quijote*), por Julián Motta Salas..... 263

CERVANTES

Tabla de
Jáuregui.

Boletín de Historia y Antigüedades

(Publicación ordenada por el Decreto número 1595 de 1940)

ORGANO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

Director: LUIS AUGUSTO CUERVO

Redactores: JOSE MARIA RESTREPO SAENZ. ENRIQUE OTERO D'COSTA

Volumen XXXV | Bogotá, abril y mayo de 1948. | Números 402 y 403

Homenaje a Cervantes

LAS ACADEMIAS COLOMBIANAS
DE LA LENGUA Y DE LA HISTORIA

invitan a usted muy atentamente a la junta pública y solemne que, en homenaje a

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

en el cuarto centenario de su nacimiento, celebrarán el día jueves 9 de los corrientes a las 6 de la tarde en el Teatro del Colegio Nacional de San Bartolomé.

Bogotá, octubre de 1947.

DISCURSO

DEL ACADÉMICO NUMERARIO DE LA LENGUA DON RAFAEL MAYA

LOS TRES MUNDOS DE DON QUIJOTE

Cuando el señor Presidente de esta docta Corporación me encomendó la redacción de este discurso, acepté complacido, para probarle a la Academia la buena voluntad que me mueve, y el deseo que siempre he abrigado de corresponder en algo al honor que me hizo llamándome a su seno; pero, a poco de haber dado mi asenti-

miento, comenzaron para mí los escrúpulos de conciencia y las perplejidades de espíritu, al considerar lo grande de la ocasión escogida para que llevara la palabra a nombre de la Corporación. Trátase del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, solemnidad a la cual no puede permanecer extraña la Academia, y la sola enunciación de los términos sobrecoge el ánimo. ¿Qué podré yo decir acerca del padre de la novela contemporánea, y de uno de los más excelsos creadores que ha producido la especie humana? La vida de Cervantes, después de años y más años de erudita indagación, parece haber sido reconstruída en lo esencial, y la crítica ha ido aclarando puntos que parecían oscuros, y seguirá haciéndolo en lo tocante a todos los pormenores interesantes que ofrezca la biografía cervantina. Por el aspecto crítico o histórico, parece que nada hay que exponer que supere a cuanto han escrito los maestros de la crítica española y europea. Quiénes han considerado la parte gramatical y literaria del *Quijote;* quiénes las circunstancias históricas en que fue engendrada la novela; quiénes su recóndito significado y las sugestiones de carácter simbólico a que pueden dar lugar los dos personajes principales de la obra; quiénes la intención que tuviera Cervantes al escribirla, y los propósitos simplemente históricos que movieron su pluma; en fin, no hay aspecto de la novela inmortal que no haya sido explorado con sabiduría por historiadores generales de la literatura y cervantistas de profesión. ¿Qué podré agregar, pobre de mí, a esa montaña de erudición y de exégesis, y a esa permanente y alta cátedra de interpretación que han levantado los siglos frente al *Quijote*, así como suele rodearse de antorchas un monumento? Reconozco mi audacia, deploro la facilidad con que acepté vuestra invitación, y reconozco que cuanto he leído en estos días relativo a Cervantes, y la escasa y fragmentaria erudición que he acopiado como consecuencia de esas lecturas, es apenas una celada de cartón que me pongo muy temerariamente para entrar en esta descomunal batalla.

No sólo España sino el mundo entero celebran en estos días el natalicio de Cervantes; y si únicamente España puede reclamar para sí el honor de haberlo engendrado, las demás naciones de la tierra lo sienten tan suyo como si hubiese nacido en sus respectivos territorios. El genio de Cervantes pertenece a la humanidad. Si otros escritores llevan siempre grabado el sello de la propia raza, circuns-

tancia que suele dificultar la total asimilación de su espíritu en países extraños, la novela de Cervantes traspasa sin dificultad las barreras idiomáticas y materiales y se adapta al carácter de las gentes más opuestas al modo de ser español. Este privilegio único, que no comparte ningún otro libro de la tierra, y que no se puede declarar con la misma amplitud ni aun tratándose del mismo Shakespeare, hace del *Quijote* una novela de carácter singular en la producción intelectual de los siglos, le confiere atributos particulares y exclusivos, y la coloca en sitio aparte dentro de los sistemas de la inteligencia, como orbe aislado que recorre trayectoria propia y que, en lugar de recibir influencias extrañas, las imparte poderosamente hasta los más apartados términos del cielo de la inteligencia.

¿A qué se debe esta universalidad del *Quijote*, para resumir en él, de una vez, el genio de Cervantes, y ya que la creación parece haber borrado la figura del creador, a tal punto que la presencia histórica del hijo de Alcalá de Henares resulta desteñida, si la comparamos con la potente humanidad del hidalgo manchego? Voy a atreverme a esta indagación, con ánimo temerario, es verdad, pero confiado en que no atribuiréis mi intento a vana suficiencia sino al honrado deseo de contribuir al esclarecimiento de la inmortal novela, en modestísima medida, y armado tan solo del sentido común que, como lo dijo un colombiano ilustre, sagaz intérprete del *Quijote*, es el mejor instrumento para medir y juzgar las obras del genio.

Dos sistemas se han empleado siempre para interpretar el *Quijote*, y son: el método positivista y el método simbólico. El primero consiste en afirmar que Cervantes, al escribir su obra, no tuvo otro propósito que el de acabar con los libros de caballerías. Este método se funda en las claras, repetidas y categóricas afirmaciones del propio Cervantes en tal sentido. Hay, además, otra prueba, y es el género de crítica de que fue objeto el *Quijote*, no solo en los días de su aparición, sino a lo largo de los siglos XVII y XVIII, durante los cuales a nadie se le ocurrió afirmar que la novela cervantina tuviese significado distinto del expuesto por el autor. Siempre, durante esas centurias, se le consideró como un simple libro de entretenimiento, sin ir más allá de su significación literal. Lope de Vega lo llamó obra «baladí», pero ello podría explicarse como un brote de enemistad personal. Es más grave, todavía, el caso de

Quevedo, quien, en un romance sobre *Don Quijote*, demuestra no haber calado, ni remotamente, en el espíritu trascendental de la obra. El mismo *Quijote* apócrifo es una prueba evidente de que nadie pensaba entonces en el posible simbolismo de la novela, pues es de suponer que Avellaneda, de haberlo sospechado, no esquivara la circunstancia de entrar a competir en el terreno de la inmortalidad, que era precisamente la compenetración filosófica con el pensamiento de Cervantes. Pero si el *Quijote* apócrifo es obra secundaria, débese a que el simbolismo de la novela escapó por completo a la mente del falsificador.

Pero ¿será cierto que Cervantes produjo su obra como un simple autómata, que acertó por casualidad y que se realizó en él la conocida teoría sobre la inconsciencia o irresponsabilidad del genio? De todo esto se ha hablado, y aun se ha llegado a afirmar, por crítico tan autorizado como el hispanista alemán Pfandl, que Cervantes sí comprendió la importancia filosófica de su novela, pero que, o se asustó de la grandeza de su propia creación, o circunstancias sociales y políticas del momento lo indujeron a subestimarla. No es raro, en la historia del pensamiento humano, que ocurra este caso, ya por verdadera modestia de los autores, posiblemente por soberbia, o bien por conveniencia. Del mismo Platón ha llegado a afirmarse que envolvió en símbolos su filosofía para ponerse a cubierto de las asechanzas políticas.

En relación con Cervantes parece imposible que no hubiera adivinado algo, por lo menos, de la trascendencia de su novela. Al plantear el problema de la oposición entre el ideal y la realidad, y desarrollarlo a lo largo de un paralelo sostenido con inquebrantable continuidad, y realzado con contrastes cada vez más violentos, ¿no maliciaría que estaba formulando la definición del hombre, y haciendo la parodia burlesca de la humanidad? Con todo, nada ha quedado que indique, histórica o psicológicamente, esta conciencia lúcida en el autor del *Quijote*, y, para remate, allí está su declaración final, prefiriendo el *Persiles* a la novela que lo ha inmortalizado.

El método simbólico de interpretación del *Quijote* es reciente y se confunde con la crítica alemana de la época romántica. Fueron algunos críticos alemanes del siglo pasado, los mismos que tan sabiamente habían desentrañado el espíritu del drama calderoniano.

quienes, por primera vez, comenzaron a ver en el *Quijote* significaciones simbólicas que traspasaban los términos de aquella crítica positivista e histórica que se había aplicado a la novela. Entonces se abrió el campo a toda clase de sugestiones respecto de ese libro, y llegó a ensayarse el sistema del libre examen y de la exégesis caprichosa, sin más norma que el simple subjetivismo crítico, sin base de erudición ni de historia, ni siquiera con fundamento en los elementos reales de la novela.

Por otra parte, el romanticismo trajo, como consecuencia social, cierta tendencia a ver en las obras del espíritu humano un reflejo de la sensibilidad colectiva, o, al contrario, a considerar las obras de arte como consecuencia del sentimiento popular, quitándoles aquella épica objetividad de las edades clásicas, por virtud de la cual la inteligencia era apenas espejo del universo. Los contemporáneos de Cervantes nunca creyeron ver en el *Quijote* ni un eco de las desgracias nacionales, que ya empezaban a quebrantar aquella poderosa monarquía, ni una reacción sarcástica y tremendamente burlona del espíritu del autor ante el desastre de su propia existencia, trabajada por la miseria y rota a manos del desengaño. Para ellos el *Quijote* era, lisa y llanamente, una parodia de los libros de caballería. ¿Quién iba a ver en ese tejido de aventuras la burla de todo ideal, la filosofía del desengaño, la doctrina del pesimismo universal, desenvuelta a través de la risa, que es la más cruel didáctica del dolor? Y nadie veía esto, ni cosa parecida, porque el ambiente social era todavía de grandeza; y si bien es cierto que ya comenzaban a marcarse los síntomas de la decadencia, y si la destrucción de la Armada Invencible, que tan honda repercusión tuvo en la lira de Cervantes, era motivo para resfriar los espíritus, todavía la fiebre de la gloria y el entusiasmo por las conquistas y descubrimientos con que la raza hispánica había afirmado su soberanía en Europa y más allá de los mares, y el permanente reflejo de las campañas de Flandes, de Italia y de Alemania, que parecían prolongación de la epopeya castellana de la Reconquista, todo eso mantenía el ánimo social refractario a la idea del pesimismo y del desconsuelo. Habría sido ocasión de grande sorpresa para un súbdito de Felipe III manifestarle que aquel libro, el *Quijote*, de cuyas aventuras tomaba tánto regocijo, era la epopeya bufa del pueblo español, el espejo de su decadencia y la ocasión próxima de su ruina. Burlára-

se, de semejante ocurrencia, cualquier español de los que consideraban que, bajo el peso de sus armas, temblaba literalmente la tierra, y que las plumas de su sombrero, desafiando los siglos, iban a servir de penacho a la historia. Y en efecto, nada podían significar las mentidas aventuras y los supuestos combates de un hidalgo loco, ante la portentosa realidad de una epopeya que había durado largos siglos, y ante el empuje de una raza que, después de haber logrado la unidad social de la nación, arrojando al horno candente el metal vivo de las generaciones, se lanzaba a completar la unidad geográfica del globo, y asumía resueltamente el papel de instrumento providencial para que la sangre del Calvario corriese por aquella otra parte de la esfera terrestre que había estado envuelta en las tinieblas de la idolatría.

Fue necesario que el romanticismo, repito, a vuelta de muchos años en que la raza humana cobró dolorosa experiencia de la historia, estableciese una especial vinculación entre el genio del hombre y la historia, para que el *Quijote* viniese a resultar una especie de «Summa» del desengaño universal, y libro donde, tanto pueblos como individuos, leyerán su propia historia, y mirasen reflejados sus semblantes como en un espejo de aguas mudables y profundas. De entonces a hoy las explicaciones del libro maravilloso han sido tantas cuantos lectores reflexivos ha tenido, lo que indica que su simbolismo es tan fecundo como las creaciones de la naturaleza, y que, si hay algo en él de evidente para la crítica, es la existencia de un principio esencialmente humano y universal, que vivifica eternamente esas páginas y les confiere fertilidad inagotable.

Pero antes de entrar a explicar, a mi modo, o tal como yo lo entiendo, ese principio, quiero detenerme un poco en cierto aspecto de la crítica quijotil, muy vulgarizado por los historiadores corrientes. Se trata de aquel que identifica a Cervantes con Don Quijote, y ofrece la novela como reacción del autor ante la sociedad. Ninguna obra de arte puede considerarse tan impersonal que excluya por completo el elemento subjetivo, ni siquiera las invenciones dramáticas; según esto, mucho hay o debe haber en el *Quijote* del alma de Cervantes y de su personal experiencia. Y no me refiero a aquellos pasajes y episodios como el del Cautivo, donde el autor no hizo más que redactar y acondicionar al carácter de la novela, su desventura de Argel, sino al sentido total de la obra, como expresión

del alma de Cervantes ante el fracaso de su vida. Es indudable que hay en el *Quijote* cierto dejo de amargura, templada por el estoicismo, que traduce mucho de la cervantina filosofía pesimista; pero acaso sería mejor y más propio emplear el término «humorismo», que es el nombre del sentimiento con que Cervantes llegó a la vejez, una vez disipadas sus esperanzas. El humorismo era la única posición interior digna de aquel a quien Menéndez y Pelayo llamó el más sereno y equilibrado de los espíritus del Renacimiento. Cervantes, en cuya mente habían dejado honda huella los diálogos de Luciano y los libros de Erasmo, escritor, éste último, que tánto influyó sobre el pensamiento español durante la época libremente pagana del Emperador, jamás renunció a su oficio de crítico de las costumbres, y mucho menos cuando la sombra del Escorial se proyectaba sobre la conciencia de España, con ascética severidad; pero fue crítico, no dogmático ni moralizante, como los autores de las novelas picarescas, sino en forma que podríamos llamar mundana o laica, acaso por influencia del propio Erasmo, que aclimató en España esa manera completamente racional de comprender la ética, como en la *Epístola a Fabio*, con prescindencia de toda base dogmática o evangélica. Esta moral, más propia para adoctrinar las inteligencias que para reformar los corazones, brota abundantemente de la crítica de Cervantes, el menos *predicador* de los escritores del Siglo de Oro, y nos hace comprender que siempre tuvo, para la miseria y flaqueza de los hombres, la sonrisa indulgente y el perdón, un poco irónico, de quien conoce bien la incurable malicia de la especie humana. No olvidemos que Cervantes fue un hombre del Renacimiento, y que el feroz individualismo de esa época justificaba todas las demasías, como brote natural y espontáneo de la persona humana, libertada por fin de la llamada tiranía medieval. Así se explica Maquiavelo, y así se explica la indulgencia con que se disimulaban los arrebatos homicidas de Benvenuto, por ejemplo, no más que por ser una personalidad única en su arte, según expresión de los magnates. No hay que olvidar, tampoco, que Cervantes había vivido en Roma, en Florencia y en Nápoles durante la época dorada de su juventud, y que en las calles de esas ciudades había respirado atmósfera de libertad, y en cada monumento había visto una invitación a la audacia, y en cada fachada un desafío a la muerte, y en los arcos y columnas, los símbolos de la vida

amable y sensual, con invitaciones a esa filosofía horaciana que volvía a despuntar, como una flor de púrpura, por entre las grietas de las canteras góticas. Acaso, aleccionado por el ambiente y hallándose en la isla de Corfú, tierra de Ulises, verdaderamente escuchó Cervantes a las sirenas y completó su ilusión pagana contemplando la juvenil figura de don Juan de Austria, que era una especie de Marte bastardo en cuyo pecho se hubiese encendido la llama de Pedro el Ermitaño, y que luchaba allí, en el mar de la Odisea, por la unidad de Roma.

Con tales enseñanzas, pues, no era posible que Cervantes, crítico de costumbres e historiador del hombre y de los pueblos, asumiese una actitud dogmática frente a sus semejantes, sino de amplísima tolerancia; ni mucho menos que las miserias de su vida y el desencanto de España lo llevaran a la amargura y a la burla despiadada de todo ideal generoso y levantado. Hay fundamentos para creer que Cervantes labró por sí mismo su mala ventura, de manera que ésta no fue resultado directo de la ingratitud de España, como se ha creído, ni de la incomprensión de los gobernantes. El Rey oye a todos, decía Santa Teresa refiriéndose a Felipe II, y recomendaba a sus monjas que, en último caso, se dirigieran a él, pues lo encontrarían siempre como a padre. En su testamento, y con frases que parecen tomadas del código de la Caballería andante, ordena Felipe II a su hijo "que de todo corazón ame la justicia y haya en su protección y amparo las viudas, huérfanos, pobres y miserables personas, para no permitir que sean vexadas ni opresas, ni en manera alguna maltratadas de las personas ricas y poderosas, lo cual es propio oficio de los Reyes, y que la justicia se haga y administre á todos igualmente, y que sea muy humano y benigno a sus súbditos, vasallos y naturales". Yo me resisto a creer que un Rey que se estaba anticipando a Don Quijote en este democrático concepto de la justicia y que, por otra parte, como consta de documentos incontrovertibles, se esmeraba por premiar los méritos personales, con prescindencia de toda idea de padrinazgos o linajes, hubiese denegado real y verdaderamente protección a Cervantes. Posiblemente el glorioso soldado de Lepanto tropezó siempre con secretarios como aquel famoso Mateo Vásquez, a quien Cervantes dirigió su famosa epístola, desde Argel, sin que de ella hubiese tenido nunca conocimiento el Soberano.

Con todo, insisto en que Cervantes debió siempre culparse a sí propio por su infausta suerte. Parece que no tuvo ni constancia ni mucho interés en sus solicitudes, y que a la primera reticencia volvía la espalda, y al primer contratiempo se desanimaba, todo lo cual deduzco de estas hermosas frases que pronuncia Don Quijote, apenas abandona el palacio de los Duques, que él consideraba cautiverio: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no puede igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se debe y puede aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede sobrevenir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía a mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas, de los beneficios y mercedes recibidas, son ataduras que no dejan campear el ánimo. Venturoso aquel a quien el cielo dio un pedazo de pan, sin que le queda obligación de agradecerlo a otro que al cielo mismo». Estas palabras son la más cumplida biografía moral de Cervantes, y explican el llamado fracaso de su vida. No hubo tal fracaso. Sin mayores obligaciones personales, pues su mujer vivía tranquilamente en Esquivias, de una mediana renta que tenía, Cervantes se hallaba muy contento con su oficio de alcabalero, cobrador de impuestos y deudas atrasadas y recolector de diezmos, y por aquello que nosotros solemos compadecerlo y culpar a España era por lo que él, precisamente, daba gracias al Cielo. De lo contrario, habríase apolillado en los despachos burocráticos, o quizás muriera de tedio en esta Santa Fe de 1590, después de haber discutido con alguaciles de Corte, merendado con un fraile historiador, o recorrido, sobre un jamelgo descendiente de los caballos de la Conquista, esta monótona sabana, ante cuyas borrosas perspectivas, y sintiéndose para siempre alejado de aquella Europa del Renacimiento, que tan profundamente sentía, solo hubiese escrito manuales religiosos sobre las vanidades del mundo, si es que antes no forzara las puertas de algún convento de franciscanos. Sí; lo que amaba Cervantes era aquella vida aventurera y libre, que le permitía tratar con pica-

ros y cortesanos al mismo tiempo, entrar en ventas y señoriales mansiones, departir con arrieros y mozas desenvueltas, presenciar escenas de cabreros, visitar pueblucos y perderse por veredas y atajos, tomar parte en los bailes populares, discutir en la taberna, desafiarse en la callejuela, murmurar en las plazas y mercados a par de las comadres y tahures, ir a la cárcel, dormir bajo el puente, penetrar violentamente en graneros y depósitos, oír cuentos de marineros y contar sus propias aventuras como soldado y cautivo, pasear por las calles recitando versos, mezclarse a los grupos de «mosqueteros», y silbar un paso desgraciado de alguna comedia de Lope, trasnochar con los cómicos, rezar con los mendigos en los atrios de las iglesias, asistir a las procesiones, ver alancear reses bravas, en fin, penetrar hasta la entraña de aquella España popular y aristocrática que se desbordaba por todas partes, rugiente de vida, espumosa de picardía, un poco hambreada ya pero siempre bizarra, consciente de su destino imperial y al mismo tiempo convencida de la inutilidad de las conquistas; de esa España que había prestado sólido fundamento a la cátedra jurídica del Rey Sabio, bases inconmovibles a los transparentes muros del castillo de Santa Teresa, hondo cimiento a las mil torres del teatro de Lope, y que preparaba su más profundo suelo para soportar la fábrica del Quijote. Eso era Cervantes y eso fue siempre, es decir, un portentoso conocedor de la vida y de la condición humana, uno de los más grandes psicólogos de la historia, un crítico insuperable de la sociedad y un hombre de genio que, sin más escuela que el mundo, ni más estudios que el conocimiento directo de la naturaleza, desde la cátedra de su siglo inventó la pedagogía de la risa, como resultado de aquella portentosa experiencia.

Y volviendo, ahora sí, a la interpretación simbólica del *Quijote*, tengo para mí que la fecundidad de esa obra resulta de cierta trilogía que encuentro realizada en ella, y que de la obra puede trasportarse a la historia, como explicación del hombre y de la cultura humana. Tres mundos distintos se resumen en la personalidad de Don Quijote: el mundo de la realidad, el mundo de la verdad y el mundo de la ficción. En la historia estos mundos corresponden al hombre, al filósofo y al poeta. Dentro del orden literario pueden definirse como la novela, el drama y la épica. Los tres órdenes se corres-

ponden entre sí, punto por punto, y sumados dan la cabal representación de la cultura humana.

¿Cuál es el mundo de la realidad en el *Quijote?* Con una sola palabra puede definirse: la picaresca. Y no es que el *Quijote* pertenezca a ese género, ni, en general, la producción novelística de Cervantes, salvo algunas de las *Ejemplares*; pero el ambiente picaresco rodea y envuelve al *Quijote* y sirve como de ambiente a la obra. Es necesario, también, entender el término picaresco en un sentido muy amplio, como lo ha estudiado Montoliú, para que, dentro de su acepción, quede comprendida la gran novela de Cervantes. La locura de Don Quijote se afirma sobre ese mundo de la picaresca y de allí saca sus mejores recursos artísticos, por la ley del contraste, que es fuente de comicidad. Si la locura de Don Quijote se estrellase contra obstáculos grandes, o contra fuerzas de la naturaleza confabuladas, sería trágico el resultado, así como si el caballero sufriese daños mortales; pero la actividad caballeresca de Don Quijote y los efectos de su generosa y elevada profesión, reciben el golpe de la realidad en lo que ésta tiene de más vulgar y plebeyo, allí donde la naturaleza parece juntar lo torpe y lo feo, en humillante dualidad. Desde el punto de vista social del yangüés, del ventero y de la maritornes, Don Quijote es un sér tan estrafalario como anacrónico, y bien merece las risotadas y chistes con que es saludada su presencia y la natural incomprensión que semejante plebe opone a sus encumbradas pláticas; pero en el plano de los valores espirituales, la Caballería se eleva y se convierte realmente en una especie de milicia divina, contemplada desde la oscura sordidez de ese mundo de pícaros. De allí que cuando Don Quijote cae bajo los palos y las piedras, lamentemos sólo el quebranto físico que sufre el noble caballero, y la aparente victoria de la canalla, pero sin que se nos ocurra pensar que su ideal ha sido vulnerado o manchado, sino todo lo contrario; la fe de Don Quijote sale fortificada de estas pruebas, y la idea caballeresca se depura en la medida en que pretenden deshonrarla los venteros y los arrieros.

Nada se ha perdido, pues, en el mundo del espíritu, y los sucesivos vencimientos de Don Quijote no son más que episodios de esa eterna lucha del espíritu humano en la conquista del ideal, pues aun cuando es cierto que el fracaso del hidalgo manchego depen-

de de querer resucitar ideales anacrónicos, y de aprestarse a tremendas batallas con medios ridículamente desproporcionados, ello es sólo la manera exterior como Cervantes concibió su fábula para lograr efectos de estupenda comicidad; pero la verdad humana y la exactitud del símbolo están más allá del procedimiento novelístico. Ello es que, aun suponiendo proporción en los medios y posibilidad en el empeño, toda empresa del hombre arroja un saldo de fracaso, de que se aprovechan inmediatamente la burla y el escarnio, para sembrar la desconfianza en todos los caminos de la acción o de la verdad. Los poetas satíricos, los filósofos del odio y de la amargura, los eternos descontentos de la historia, son ese coro de la picaresca universal que rodea al héroe y espera el momento en que éste cae, embestido por la realidad o vencido por designios superiores, para proclamar el fracaso de las ideales aventuras. El molino de viento se interpone en todos los caminos del hombre, y el movimiento de sus aspas regula siempre las relaciones entre el sueño y la realidad, y si deshace la nube de oro, amontona en los suelos de la historia todos los despojos de la experiencia.

Cervantes, al colocar frente a frente la caballería y la picaresca, quiso llevar al proceso humano el mismo problema interno que se plantea en la novela, que es la oposición entre el caballero andante y su escudero. Lo uno es la repercusión social de lo otro. Es la misma antítesis que de los personajes novelescos pasa al ambiente en que se debaten. Más claro: el pícaro es a la caballería lo que Sancho es a Don Quijote. Con todo, la proporción no es del todo exacta, pues el personaje picaresco fue siempre el mismo, y en cambio Sancho se desbasta y aquilata a medida que la novela avanza y, en la segunda parte, se puede asegurar que es el personaje central. Lo que sucede es que la picaresca no tuvo en España un Caballero andante de carne y hueso que la redimiera de su natural vulgaridad. Ni Lope, ni Tirso, ni Calderón, elevaron la dignidad de ese espécimen humano que parece heredar de moros y de judíos el sino andariego y el estigma del menosprecio, y que, si aporta elementos pintorescos a la novela, como realidad social se convierte en estorbo del Estado y en penoso lastre de los siglos de oro. Sancho, en cambio, el Sancho de la segunda parte del *Quijote,* es toda la picaresca purificada de su rusticidad y ordinariez. Don Quijote esculpe el alma de Sancho, arrancando astillas de aquel

informe tronco, hasta dar con la firme veta donde ya su cincel puede trabajar sobre materia eterna. Sancho, el pícaro que se ennoblece un tanto, y Don Quijote, el héroe que se rebaja un poco, confluyen, por opuestos caminos, a darnos la cabal representación del Hombre.

¿Cuál es, ahora, ese mundo de la verdad en que también vive Don Quijote? Pues las doctrinas, ideas, tesis y principios que el hidalgo manchego afirma y sostiene en sus momentos de lucidez, cuando no se halla bajo la obsesión de las fementidas novelas que le sorbieron el seso. Entonces habla con profunda sabiduría y respetable autoridad, sobre las armas y las letras, sobre el teatro y la poesía, sobre los idiomas cultos y los vulgares, sobre el respeto que se debe a la religión y al monarca, sobre las jerarquías sociales y los linajes, sobre la manera de gobernar a los pueblos, y sobre los principios políticos que deben hacer del gobernante el apoderado del bienestar ajeno y el agente de la felicidad pública, sobre los deberes mutuos de príncipes y súbditos, en fin, sobre innumerables asuntos de orden moral, histórico, filosófico y literario, que han hecho decir a muchos que el *Quijote* era una enciclopedia, y Cervantes un sabio universal que lo mismo sabía de náutica como de teología, de magia como de táctica militar. De hecho, estas exageraciones han sido eliminadas ya por la crítica cervantina, pero a nadie puede ocultarse, por otra parte, que es el *Quijote* un depósito de doctrinas cuya exactitud jamás ha sido negada y que, antes bien, hallan cada vez mayor confirmación en los anales de la experiencia humana.

Desde luégo, lo que podríamos llamar sabiduría de Cervantes no rebasó los términos del común saber de su tiempo, según opinión uniforme de la más autorizada crítica, y en puntos concretos de erudición y de ciencia incurrió Cervantes en graves errores, como lo demostró entre nosotros don Sergio Arboleda, gran intérprete del *Quijote;* pero es necesario recordar que muchos escritores e historiadores de aquel tiempo no estuvieron libres de tamañas faltas, y que un teólogo como Fray Luis de Granada admitía supersticiones populares en relación con la virtud mágica de algunas plantas y piedras preciosas. Al hablar de la sabiduría de Cervantes es necesario referirse a una cierta filosofía espontánea que corre por todas las páginas de su maravillosa novela y que, al margen de las aven-

turas, va como sedimentándose, así como se deposita en las riberas de los ríos el oro que arrastra la corriente. El hijo de Alcalá de Henares, amado discípulo del humanista López de Hoyos, lector de los papeles rotos de la calle, sin duda debió mucho a moralistas griegos, poetas latinos y filósofos del Renacimiento; bastante a los pensadores cristianos de la antigüedad y a los místicos de su patria, principalmente a Fray Luis de León, a quien admiraba devotamente, y no poco a León Hebreo, a quien parodia e imita en una célebre página de *La Galatea*; pero lo más íntimo y entrañable de su saber fue elaborado en el silencio de sus propias meditaciones, ante los sucesos de la existencia diaria. De otro modo carecerían las máximas del *Quijote* de ese poder de actualidad que las singulariza, y que les da frescura de sentencias forjadas para casos contemporáneos. Todo es actual en esa obra, desde el punto de vista de la doctrina moral, política y literaria. Los consejos que Don Quijote da a Sancho para el gobierno de la Insula Barataria son el eterno código del buen gobernante, y parecen oponer la honrada llaneza castellana a la tortuosa habilidad del manual de Maquiavelo. Cuanto Don Quijote afirma acerca de las novelas de su tiempo ha sido confirmado por los siglos posteriores, y los propios ataques a Lope se fundaron en razones tan sólidas, que si muchas de las comedias del Fénix han pasado al olvido, débese ello a que los defectos anotados por Cervantes les habían quitado, desde el instante de su concepción, perennidad clásica. Don Quijote traza, en varias partes, la semblanza del hombre de bien con rasgos más enérgicos que los empleados por los moralistas antiguos, y se anticipa a Federico Nietzsche y lo supera, al hacer del Caballero andante una especie de superhombre cristiano. En la pintura de la tranquilidad lugareña y de las faenas domésticas recuerda a Homero por ciertos toques de patriarcal rusticidad, que nos trasladan al hogar de Penélope y hacen del *Quijote* como un compendio de las dos grandes epopeyas helénicas, por lo que hay en él de aliento nacional, y por lo que hay de inspiración doméstica.

Este mundo de la verdad en que vive Don Quijote tiene fronteras bien definidas y son las mismas que, en lo fundamental, limitaban el pensamiento español de ese tiempo. Dios, el Monarca, el sentimiento del honor por el aspecto religioso y político, y por el literario, la adhesión a las normas clásicas como causas de claridad

y orden, y finalmente, sujeción a lo real y objetivo de las cosas. Si, desde el punto de vista del estilo, rechaza los libros de caballería, es porque son imagen del desorden y de la desproporción, en una palabra, anticlásicos. No tuvo Cervantes la enorme cultura universitaria y humanística de un Quevedo, de un Saavedra Fajardo, de un Gracián; pero, como lo afirma Menéndez y Pelayo, por su serena comprensión de la vida y por el equilibrio de su espíritu, dio en la flor del helenismo, mejor que si hubiese sabido recitar de coro a todos los poetas de Grecia. Pues, si para el saber de erudición tuvo Cervantes tan poderoso instinto de asimilación, mucho mayor fue su capacidad intuitiva en lo concerniente a toda esa cultura del Renacimiento, que estaba como difusa en el ambiente, y que permitió al autor del *Quijote* aparecer como docto y escribir como un espíritu profundamente reflexivo, pues tal era, evidentemente, y hacer de su novela una especie de oráculo de los tiempos, y un código de sensatez y de sentido práctico.

Cervantes, por otra parte, concibió su novela esquivando cierta mecánica en que pudo haber incurrido si no distribuye de manera desigual y siempre sorpresiva las manifestaciones de locura y los rasgos de sensatez de Don Quijote, y si no hace otro tanto con Sancho, desde el punto de vista de las ideas contrarias a las del hidalgo manchego. Un Don Quijote completamente loco, y un Sancho vulgar y torpe de una pieza, no habrían tenido ningún interés psicológico, y la novela hubiera fatigado después de las primeras aventuras, pues la locura, por sí misma, no es elemento estéticamente aprovechable sino en narraciones cortas. Cervantes hizo de Don Quijote un loco entreverado de cuerdo, y de Sancho un tonto con rasgos de ingeniosidad, lo que destruye, de hecho, el automatismo psicológico que hubiera resultado, si no apela a ese recurso genial. Y otro tanto ocurriera si la mecánica hubiese existido en las relaciones entre los dos personajes principales de la novela. Si una locura de Don Quijote y una vulgaridad de Sancho, o el idealismo de aquél y el realismo de éste, se correspondieran necesariamente, ningún lector hubiera soportado ese balanceo mecánico de sentimientos e ideas, y la novela se habría reducido a un juego infantil de fuerzas contradictorias. Pero era necesario alternar la razón y la locura para que se destacasen en la novela aquellos dos planos de la verdad y de

la fantasía, en que vive Don Quijote, y que tienen como fundamento el mundo de la realidad.

Véase, ahora, cuál es ese mundo de la ficción a que acabo de referirme, y que no puede ser otro que las caballerías. Afirma Cervantes que Don Quijote enloqueció por leer aquellos libros, los cuales fueron condenados al fuego en el escrutinio que sabemos, y, fuera de eso, vituperados repetidas veces por Cervantes, como mal pensados y peor escritos. Sin embargo, ese ideal caballeresco es el nervio mismo de la novela y el soplo que traslada a Don Quijote al límite de la heroicidad. De allí deriva la patente y majestuosa poesía que respira todo el libro, y el aliento épico de aquellas páginas libremente inspiradas por el genio, más allá del espacio y del tiempo. El ideal caballeresco es la levadura de aquella creación que, de otra manera, no habría pasado de ser una novela picaresca por el estilo de las que entonces se usaban. Lo que la diferencia del *Lazarillo* o del *Guzmán de Alfarache* es ese elemento nuevo que se sobrepone al habitual realismo de las otras narraciones, y le infunde su profundo simbolismo y su fecundidad interior. Don Quijote es el tipo perfecto del Caballero andante, lo que quiere decir que es casto, sobrio, paciente, caritativo, valeroso, cortés y amigo de decir la verdad aunque le cueste la vida. A estas gentiles disposiciones de su persona y virtudes de su ánimo, corresponde la pureza de los ideales que sostiene, como paladín de la justicia, consuelo de los pobres, amparo de las viudas y huérfanos, y soldado, en fin, de la humanidad, con fueros y prerrogativas que derivan de su encumbrada misión. Se apoya en la tierra sostenido por el buen sentido de un escudero tan astuto como bonachón, y hunde la frente en las estrellas para que la imagen de Dulcinea no se contagie de la atmósfera terrestre. Su sueño es grandioso y desorbitado, pero él es soberano de su sueño y se pasea por las comarcas de la fantasía armado de una lanza que parece servir de eje a las constelaciones. Sumadas todas las monarquías de la tierra no igualan en extensión ni en grandeza al dilatado señorío de ese visionario que se siente ministro de Dios, y que quiere hacer descender la justicia del cielo a la tierra, para ser ejecutor exclusivo de ella, peleando a lo humano, así como los santos combaten a lo divino.

Y aquí podríase afirmar el sentido profundamente religioso del *Quijote,* no obstante el ambiente de libertad picaresca que lo envuel-

ve. Pero, ¿quién duda de que Don Quijote no sea una especie de santo laico? Su fe en Dios es absoluta, sus costumbres severísimas, es sobrio como un anacoreta, y su pasión por Dulcinea, a quien jamás ha visto, es una especie de devoción mística que recuerda los amores de San Francisco de Asís con la Pobreza. Además, su evangelio caballeresco ¿no está literalmente calcado sobre las enseñanzas del Divino Maestro? A más de esto, el fondo humano que nos pintan los Evangelistas para destacar las enseñanzas eternas, es una verdadera picaresca. Fariseos hipócritas, escribas y publicanos, criados de Caifás y de Pilatos, mendigos y leprosos, mujeres de vida escandalosa, chusma maleante que prefiere pedir la libertad de Barrabás, jueces cobardes, soldados bufonescos, pretorianos vociferantes, en fin, la hirviente villanía de aquella plebe en medio de la cual se desliza el Nazareno como un rayo de luz sobre un muro manchado con sangre de ajusticiados.

Hay algo, sin embargo, que distancia a Don Quijote de la santidad, y es el apetito de gloria mundana y su ansia devoradora de nombradía. Hé allí lo único que podría corromper su ideal y lo que verdaderamente pone en peligro el espíritu de la Caballería. Esta es la flaqueza del héroe, y lo que nos recuerda que aquel paladín invicto, desafiador de leones, es también un hombre que vive pendiente del concepto de sus semejantes. Ese es el talón vulnerable de ese nuevo Aquiles, tan superior en todo al capitán homérico, y por allí le entra la muerte, lo que constituye una nueva enseñanza de la incomparable novela. Bien sabía Cervantes aquello de las «esperanzas cortesanas», y es natural que quien llevó siempre en los ojos el sol de Lepanto, y de la epopeya descendió a la cautividad, y más tarde se sintió preso en la red de mediocres necesidades, como león impedido por las zarzas, llegase a la postre a un completo menosprecio de las glorias humanas, y a un alto silencio desdeñoso respecto de la crítica que a sus obras se hacía. Creo que sólo la fábrica del Escorial pudo compararse a este soberbio desdén con que Cervantes atravesó por entre la humana miseria de sus enemigos, y por entre la necia jactancia de los poderosos. Si de algo se burla este «raro inventor», este «regocijo de las musas», este soldado «más versado en desgracias que en versos», es de todas esas vanidades demasiado humanas que se han aposentado en el alma de

Don Quijote, y que acaban por caer en tierra arrastrando consigo, si no la idea de la caballería, que permanece invulnerable, si el afán de popularidad que acompaña a esos heroicos intentos.

Tales son los tres mundos en que vive Don Quijote, mundos que en el orden histórico corresponden al hombre, al filósofo y al poeta, y en el metafísico a la realidad, a la verdad y a la fantasía. De todo ello es compendio la figura de Don Quijote, quien, de esta manera, viene a resumir la historia y la cultura, pues éstas son producto de aquellos tres agentes. La historia de la actividad material, que tiene como consecuencia el progreso, pertenece al hombre; la historia de la actividad del espíritu, que trae consigo la creación de la cultura, es propia del filósofo, y la historia de los sueños, como superación del mundo sensible, es atribución del poeta. Tales son los tres cauces únicos por los cuales ha corrido la acción humana; lo que se realiza, lo que se piensa, lo que se sueña; o, en otros términos, un hecho, un pensamiento, una ilusión. Síntesis: Don Quijote de la Mancha. Con la circunstancia de que, ni en la novela ni en la historia, estos hechos aparecen aislados y sueltos, sino correspondiéndose entre sí y sujetos a mutuas influencias. La acción, muchas veces, es el pensamiento realizado y el sueño que toma forma sensible: en el sueño, en la ficción, en la poesía, suele haber potencialmente vigorosos principios de acción; el pensamiento y la filosofía son en parte acción y en parte sueño, de manera que nos hallamos en un mundo de interferencias y atracciones que saca victoriosa la idea de la unidad universal. Asímismo acontece en la novela. Don Quijote, con frecuencia, no está muy seguro de sus visiones, como le acontece con la estupenda aventura de la Cueva de Montesinos. Lo que piensa se le confunde con lo que imagina, como en la aventura del león, donde la temible bestia no deja de ser lo que en realidad es, cuando lo natural es que se le hubiese representado bajo la figura de un dragón, por ejemplo. La filosofía se le convierte en acción, como acontece en el discurso sobre las armas y las letras. La realidad y el sueño se le confunden, como en todas las aventuras de que es víctima en casa de los Duques; y así podríamos seguir enumerando escenas y episodios en que los tres reinos del mundo quijotil entrelazan sus fronteras.

Pero hay algo más: esta correspondencia también se verifica en el orden literario. El *Quijote* es novela, es drama y es poema épico,

puntos que corresponden a la realidad, a la verdad y a la ficción, y dependen del hombre, del filósofo y del poeta. Cervantes cultivó aisladamente, a lo largo de toda su vida, y siempre con resultados medianos, la poesía y el drama. Sólo en el *Quijote* logró concentrar toda la fuerza de su genio para producir una obra que rebasa los términos de la simple novela, como género literario, los supera infinitamente y crea una categoría especial de obra de arte que, si tiene antecedentes genéticos discernibles, como lo ha demostrado un crítico tan docto como Menéndez Pidal, al hacer derivar la concepción primitiva de la novela de un tal *Entremés de los Romances*, obra anónima del siglo XVI, es de todo punto original y nueva como fábula que encierra todos los aspectos de la vida humana. A enorme distancia de esto quedó Cervantes en sus dramas y poemas, que tienen más importancia histórica que literaria, y que denotan, es cierto, facultades excelentes para el cultivo de uno y otro género, pero que no lograron pleno desarrollo bajo su pluma, acaso por las dificultades técnicas que entrañaban. Los versos del autor del *Quijote*, no hay para qué negarlo, son duros e inarmónicos, salvo algunos de brillante ejecución, y se sostienen, más que por su virtualidad lírica, por las circunstancias personales que narran, como es el caso de los tercetos del *Viaje del Parnaso*. El fracaso de sus obras dramáticas, por lo menos de las escritas en la vejez, lo cuenta el propio Cervantes en un prólogo muy comentado por los críticos, y que conoce cualquier persona iniciada en estudios literarios. Este teatro vale relativamente como muestra de lo que era la invención escénica en los días anteriores a Lope; pero, una vez adueñado éste de las tablas, palidecieron los astros precursores de tan grande deslumbramiento. En los *Entremeses*, como lo afirma unánimemente la crítica, sí triunfó Cervantes, pero ese es un género menor, como lo son las *Novelas Ejemplares*, única cosa que puede ponerse al lado del *Quijote* y que, en concepto del gran polígrafo español, es necesario leer entre la primera y la segunda parte de la inmortal novela, para completar el panorama de la vida española durante los siglos de oro. La *Galatea* y el *Persiles* pueden considerarse como obras un poco desligadas del genio de Cervantes, por más que de la primera todavía se acordase el autor en el propio lecho de muerte, ofreciendo su continuación, y de la segunda afirmase que era lo mejor de su pluma y de su ingenio. La crítica contemporánea ha co-

menzado a estimar en su justo valor esta novela, hasta ayer menospreciada, y encuentra que allí logró Cervantes la mejor expresión de su estilo. Las frases del autor de *La Ciencia Española* abrieron el campo para esta nueva y justiciera apreciación de la obra póstuma de Cervantes. Recordémoslas:

«Cervantes sacó todo el partido que podía sacarse de un género muerto, estampó en su libro un sello de elevación moral que le engrandece, puso algo de sobrenatural y misterioso en el destino de los dos amantes, y al narrar sus últimas peregrinaciones escribió en parte las memorias de su juventud, iluminadas por el melancólico reflejo de su vejez honrada y serena. Puesta de sol es el *Persiles*, pero todavía tiene resplandores de hoguera».

Pero si no logró Cervantes sobresalir ni como poeta ni como dramaturgo, cuando cultivó aparte estos dos géneros, en cambio, en el *Quijote* logró reunir el genio de la novela, de la dramática y de la épica en unidad indestructible. La novela está formada en el *Quijote* por todo aquel proceso narrativo que fluye caudaloso y no se interrumpe un solo instante, antes bien va robusteciéndose con numerosos afluentes que hacen del relato una verdadera red de sucesos, cada vez más interesantes. Cervantes se muestra allí como un ingenio inagotable, más fértil en recursos que la naturaleza misma, pues los combina prodigiosamente al calor de su fantasía, y dispone a su capricho del espacio y del tiempo. Sirve de intermediario a este elemento narrativo la amplísima prosa del autor, rica de tonos, inflexiones, matices, sonoridades y timbres, de manera que a cada pensamiento y a cada sensación corresponden, en la novela, expresiones adecuadamente justas. Y podríamos decir aquí: narración, o sea novela, igual realidad, igual hombre. Pero en seguida viene la invención dramática de la obra, que es consecuencia de aquel permanente choque de pasiones, de intereses, de ideales y de caracteres en que están significados todo el nervio, todo el movimiento, toda la vida de la imperecedera novela. Cada capítulo del *Quijote* puede reducirse a una escena dramática de aguda intensidad, y la suma de todas ellas formaría el drama universal del hombre, pues allí no quedaría ni pasión ni afecto sin su correspondiente equivalencia dramática. Hay, sobre todo, un efecto de hondo sentido trágico en el *Quijote*, y es el mismo que le presta su terrible significación a la tragedia griega. Es la presencia de una especie de

fatalidad o de sino que se cierne constantemente sobre la cabeza de Don Quijote, como el Destino sobre la testa coronada de Edipo. Trátase de ese mundo invisible y poderoso de los Encantadores que persiguen al hidalgo manchego, truecan sus planes, mudan las realidades y trastornan las apariencias. Esta concepción fundada en conflictos esenciales del hombre consigo mismo o con el destino superior, o lo que es igual, con fundamento en la conflagración de las ideas, mundo de la verdad, sólo podía ofrecerse a la mente de un filósofo o de un pensador, pues sólo éste percibe aquellos extremos de la verdad que chocan entre sí y de donde resultan, en la vida y en el arte, los trágicos efectos. Y en cuanto a la poesía, ella se encuentra esparcida por toda la novela, que, por este motivo, ha sido llamada más propiamente epopeya de la raza hispánica. No sólo el lenguaje es esencialmente poético a causa de ese ritmo latente que lo vivifica líricamente, y que ha sido extraído de los períodos en prosa para reducirlo a verso, con leves alteraciones de palabras, como lo hizo don Miguel Antonio Caro con el discurso sobre la Edad de Oro, sino en la entraña misma de las aventuras y de los episodios, que tienen un vuelo, una audacia, un arrojo, más propios del genio épico que del talento narrativo. Es esa eterna y juvenil poesía del heroismo y de la locura, de la quimera y del ensueño, que sobrevive a todo porque, dentro de su dinámica vitalidad, se confunde con las energías perennemente creadoras de la naturaleza. Esa poesía flota, como una nube de oro, sobre cada página de la novela, y hace que los mismos rasgos de crudeza naturalista se ennoblezcan y pierdan algo de su intrínseca vulgaridad. Al terminar la novela, queda en el ánimo del lector la impresión de haber asistido a los desposorios de la poesía con el genio del hombre, suceso feliz que se ha realizado varias veces ante la expectativa de los siglos y que siempre ha marcado el momento en que la raza humana, para usar la expresión de Virgilio, se levanta hasta las estrellas.

Ahora, para terminar esta exposición, réstame afirmar que la muerte de Don Quijote, ocurrida en las circunstancias que todos vosotros sabéis, es el triunfo de uno de esos tres mundos de que he venido hablando, o sea, del mundo de la verdad. Cuando el generoso hidalgo se siente desfallecer, ruega que se le conduzca al lecho, donde duerme seis horas seguidas, al cabo de las cuales des-

pierta perfectamente cuerdo. Nadie cree en esta cordura, y tanto Sancho como el Bachiller le pintan los singulares atractivos de la vida pastoril que Don Quijote pensó emprender, después de su vencimiento; le hablan de dos famosos perros que ya han comprado para que ayuden a custodiar el ganado, y Sansón Carrasco apela temerariamente al recurso que cree más eficaz para resucitar la locura en el cerebro del moribundo, asegurando que Dulcinea ha sido desencantada. Don Quijote escucha todo eso y afirma, con solemne serenidad, que en nada de ello cree, antes bien manifiesta su deseo de confesarse, pues, son sus palabras, «en trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma». Han desaparecido, pues, y se han hundido en la nada, el mundo de la realidad representado por esa picaresca que todavía encarnan Sancho y el Bachiller Sansón Carrasco al pie del lecho, y el mundo de la ficción, o sea, la nueva vida pastoril en proyecto que los mismos personajes despliegan ante la lucidez de Don Quijote. Queda triunfante el mundo de la verdad, cuya encarnación es aquel sacerdote que va a perdonarle los pecados a ese cristiano viejo, a ese hidalgo madrugador y amigo de la caza, que siempre fue un intachable caballero y un hombre devotísimo, temeroso de Dios, leal al Monarca, cumplidor del deber y amigo de los pobres, y cuya locura no hizo más que exaltar estos mismos sentimientos hasta la locura y la excentricidad; pero que ahora, próximo a morir, al abrigo del honrado solar en que transcurrió su existencia, entre buenas mujeres que le querían, y pacíficos animales que formaban su escasa hacienda, se afirma solemnemente en todas estas verdades con absoluta sensatez, pues tiene delante la muerte, «y no hay que jugar con el alma», frase que resume todas las empresas del Imperio español. Don Quijote es allí España, la del Cid, la de la Reconquista, la de Isabel, la de Lepanto, la del Concilio de Trento, la que armó caballero a San Ignacio de Loyola e hizo del corazón de Santa Teresa el templo de la raza, la del elocuente Fray Luis de Granada, la del inflamado San Juan de la Cruz, la del sereno poeta de Salamanca, la que le prestó símbolos sublimes a Calderón y fe suficiente a Cervantes para que, después de haber sido cautivo de los infieles, terminase su vida como esclavo del Santísimo Sacramento.

¡Oh, señor Don Quijote, luz de la historia y estrella del universo! Alúmbra este mundo de la realidad en que se debaten las razas

humanas, mundo de sangre y de lágrimas, eterna picaresca de los tiempos, y redíme a yangüeses y arrieros, a Maritornes y Sanchos, trabados perpetuamente en oscura contienda, reflejando sobre ese cuadro de miseria un poco de tu sublime locura. Ház que el mundo de la verdad, el mundo de tu lucidez, mantenga para nosotros las sólidas e inconmovibles bases en que para ti se asentaba, y que después de haber sido estrado de nuestro pensamiento y base de nuestra actividad, se convierta en escabel de nuestro último sueño. Por último, que ese mundo de la ficción y de la poesía del cual recibiste tan poderoso aliento que tus aventuras son la epopeya del hombre, destelle sobre nosotros y sobre el mundo, como el rostro de Dulcinea sobre tus armas, y que sea la Belleza, la de ayer, la de hoy, la de mañana, la eterna y bienaventurada Belleza, la señora de quien podamos decir, después de cada recaída en la torpe vulgaridad, como dijiste tú, ante el Caballero de la Blanca Luna, autor de tu final vencimiento: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no está bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Apriéta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra».

DISCURSO

DEL ACADÉMICO NUMERARIO DE LA HISTORIA DOCTOR MIGUEL AGUILERA

Dijo Francisco Bacon, Barón de Verulamio, contemporáneo de aquel a quien se endereza nuestro homenaje, que la historia de un pueblo que no lleva el complemento de la historia de su literatura, es como el rostro de la estatua de Polifemo al cual le falta un ojo; y atinó en lo dicho, porque si se ofrece la narración de los grandes sucesos que han transformado la estructura de tal pueblo, sin advertir antes por medio de la fábula, del romance o de la novela, la traza y forma de modelarse la inteligencia, el sentimiento y la voluntad de sus hombres, se habrá prestado un servicio digno de la alabanza que paga el esfuerzo, pero incompleto y sin alas para remontarlo a la esfera desde donde la historia perfecta y cabal rige los destinos de la humanidad con sus resortes invisibles, pero poderosos y providentes.

Valga esta advertencia para explicar por qué la Academia Colombiana de Historia se une a la Academia Colombiana de la Lengua en la conmemoración del IV centenario del nacimiento del más fecundo de los ingenios españoles que vieron pero no volverán a ver los siglos. Don Miguel de Cervantes Saavedra no escribió la historia. Acaso ni la amó. Pero preparó espiritualmente la inteligencia de los historiadores para el examen de los caracteres humanos, para el estudio de las costumbres populares, para la ponderación de las virtudes cívicas, y para el escarmiento de los vicios y licencias de la sociedad. No invocó el testimonio de la historia en la medida de sus ilimitadas aptitudes para juzgar las obras de los hombres, pero la definió con tal vigor expresivo que sobrepasó el concepto clásico de Cicerón: «Émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir». Ni fatigó la pluma entonando himnos laudatorios a la memoria de don Rodrigo, ni lacrimosas elegías a don Sancho de Castilla, pero fue contento de poner a la cabeza de la humanidad los dos símbolos que traducen el arrebato de los valientes y esforzados, y el aplomo de los varones prácticos y parsimoniosos: don Alonso de Quijano, y el escudero de la «barriga grande, el talle corto y las zancas largas».

Don Miguel de Cervantes no mentó siquiera la obra del Tito Livio español, Padre Juan de Mariana, ni los libros de Esteban Garibay, Florián de Ocampo y Ambrosio de Morales, donde se esculpieron con letras de bronce los hechos inmortales de los grandes que hicieron la grandeza de su patria; pero trazó la norma que los cultivadores de la narración deben obedecer y cumplir para que su ministerio no ceda un punto de la dignidad conferida. Fue así como esculcando en el Alcaná de Toledo los cartapacios y papeles viejos que un muchacho llevó a vender a la tienda del mercader de sederías, dio con la «Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo», y percatándose de refilón de que el autor omitió los elogios que se deben a tan buen caballero, dijo: «Cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición no les haga torcer el camino de la verdad».

Tan celoso de ésta solía mostrarse, no obstante su devoción por la fábula y el devaneo imaginativo, que perdonaba la calidad del hecho, la condición del personaje y la simplicidad de la trama, a cambio de que no se falsease la realidad de los acontecimientos. Ninguna historia es mala, como sea verdadera, exclamó una vez rebelándose contra quienes, antes o después de él, pensaron o llegarian a pensar que sólo merece referirse a la posteridad lo que es digno de la posteridad. En opinión de este príncipe del idioma no se demanda a quien escribe que pase por el cedazo de lo trascendente los asuntos de su narración, sino que los despoje de vanos ornamentos que pudieran presentarlos como hipotéticos o equívocos, cuando no como absurdos o imposibles. En el Capítulo III de la parte segunda del romance inmortal, bajo el título «del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sansón Carrasco», se esboza, burla burlando, la más sana doctrina acerca de la moral histórica, puesta unas veces en la boca diserta del ex-estudiante salmantino, otras en los labios sentenciosos y punitivos de Don Quijote, y algunas escasas sobre la lengua pachorruda de Sancho. El coloquio se suscita a propósito de Cide Hamete, sin que el ardid de la farsa disminuya la dignidad del pensamiento, ni menoscabe la sensatez de la intención que anima a los que en él intervienen. En cuanto atañe al más autorizado de la junta, se ve que no acierta del todo en lo que conviene a la historia de las hazañas heroicas de su institución, puesto que supone que, como no sea escrita por escudero vil o por enemigo, por fuerza ha de ser grandílocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Aseguro que no acierta del todo, como que rechaza la sencillez y la naturalidad a trueque de subir hasta el sol con el adalid que aventuró su corazón en lance de vida o muerte. Empero, el justador indomable, como para compensar este inocente alarde de vanidad, corona su concepción de la historia con el atributo resplandeciente de la verdad. Verdad escueta, verdad desnuda, verdad dominadora.

Objetador y sutil el bueno de Sancho halló reparo digno de glosa y corrección que en los apuntes se tratase de Doña a quien apenas era conocida, en muchas leguas a la redonda, por la señora Dulcinea del Toboso. «Y ya en esto anda errada la historia» comentó el escudero, anticipándose dos o tres siglos, a la escuela de los críticos inexorables que no perdonan que al mariscal de campo le re-

bajen a la calidad de general, o que al villorrio le traten de ciudad, o que confundan la merced con la señoría. El propio Sancho, áspero y amargoso como la corteza de un árbol viejo, al saber que Cide Hamete, el historiador árabe, incorporó dentro de la biografía de Don Quijote la novela del Curioso Impertinente, juró, entre ofendido y satisfecho, pero siempre pragmático y soez: «Yo apostaré que ha mezclado el hideperro berzas con capachos», como para censurar la mezcla, sin la debida discriminación, de la verdadera historia documental, con la leyenda o tradición.

Cuanto a la suerte de los que escriben, y con escribir alcanzan fama y nombradía, dijo el Bachiller ensayando un pinchazo en la piel del aspirante a la gobernación insular: «Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre o las más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos sin haber dado algunos propios a la luz del mundo».

Para la mente lúcida de Cervantes la noción de la historia cobra tal altura y reclama tal gravedad, en cuanto ha de cumplir un objeto en el orden de las cosas creadas por Dios y gobernadas por El y por los hombres, que no vacila en reivindicar para la augusta ciencia una sede aledaña al campo infinito de la Providencia. Y se vale de la voz de Don Quijote, afinada en el yunque de los buenos propósitos y en la honestidad de los medios, para expresar lo que siente en negocio de tánto volumen y autoridad: «La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera; y donde está la verdad está Dios, en cuanto a verdad; pero no obstante esto hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos».

La indignación que se apodera del Caballero de la Triste Figura cuando se percata de que hay letrados que emboban a las gentes con falacias y embustes so capa de historia, es apenas un relámpago de la tempestad que se desata dentro del cráneo cervantino en circunstancias similares: «Los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados como los que hacen moneda falsa».

Apenas don Miguel de Cervantes eligió un motivo íntegramente histórico para dar de sí lo que se esperaba. Y cuando lo hizo escribiendo su comedia *El Cerco de Numancia*, qué gallarda sorpresa, qué patriótico ardimiento, qué derroche de amor por su España abuela aunque pagana. Abrevado en las crónicas de Appiano, Vale-

rio Máximo y Ambrosio de Morales, el ligero y albicante alazán de su fantasía saltó el foso de los sitiadores, rastrilló en los guijarros y baldosas de las callejas, piafó de rabia encima de los muros, espumajeó sobre las lanzas centelleantes de Escipión, y esguazó la corriente del Duero, mitad agua, mitad llanto de madres, viudas, novias y huérfanos, para contar a la posteridad de lo que fueron capaces las legiones numantinas de héroes dispuestos a entregar la vida y el amor y la fortuna antes que resignarse a soportar el yugo oprobioso de la servitud. Poesía épica, poesía filosófica, poesía descriptiva, vaciada sobre el molde melodioso de la octava real y de la redondilla, y templada con el rigor austero de la narración histórica, *El Cerco de Numancia* es la patente fidedigna de la pasión del que se niega a sí propio, para afirmarse en el corazón de la patria.

Empero, si puede medirse la enormidad de Cervantes por su sincera adhesión a la verdad histórica, se calcula mejor ella por el aporte que llevó al pensamiento general en valores idiomáticos. Y con mayor ventaja y privilegio para la literatura histórica, que tánto funda su honra en la noticia que acoge, como en la galanura de estilo con que aquélla se expone. Antes del Manco incomparable la lengua de Castilla se arremolinaba en torno de las ideas morales, filosóficas, jurídicas y teológicas, bajo el imperio de las plumas árbitras de los dos Luises, del Marqués de Santillana, de Santa Teresa de Jesús, de Castillejo, de Pérez de Oliva y de cien más que no aspiraban a ensanchar los términos del idioma. Después de él, y gracias a la inventiva ubérrima de su genio, las formas literarias se multiplicaron, los giros adquirieron movimiento no soñado, el neologismo elegante hizo incursión discreta por la puerta principal del palacio de la expresión, y las tonalidades del verbo asumieron proporciones más finas, superiores a las de las otras lenguas romances. Fue entonces cuando la reminiscencia hispana, resucitando las perfecciones latinas en la *Galatea*, importando tropos aprendidos en las guarniciones argelinas para adorno de los entremeses, y adoptando dichos de tierras itálicas para algunas novelas ejemplares, cobró nuevos bríos y se apartó del resabio senequista que bajo las apariencias de sentencioso laconismo dejaba atrás los jeroglíficos egipcios, según la opinión del retórico Capmany.

Al hacer eterna la memoria de Don Quijote de la Mancha, Cervantes hizo historia sin valerse de la historia, no por las noticias de

los doscientos personajes que con aquél se mientan, sino por enseñar lo que en el lenguaje moderno se insinúa como nueva técnica de la literatura histórica. Con voces de enfática reconvención clamó por el respeto a la verdad en ejercicio del ministerio historial, y con el hermoso ejemplo de su estilo llano, sonoro y persuasivo, enseñó a las generaciones que le siguieron, un arte que apenas se adivinó en las que le antecedieron. Que no se excede mi sentimiento en esta interpretación puramente literaria, lo acreditan egregios preceptistas de todos los tiempos, quienes para ilustrar el parecer unánime, emprestan para las páginas de sus tratados famosos, sentencias, frases y figuras concebidas por la frondosa imaginación del clásico superno.

Pero hay más aún: la novela de Don Quijote no es mero exponente del género narrativo, ni muestra de un procedimiento que trazó rutas desconocidas para los literátos de su siglo; sino modo eminentemente científico de estudiar a la humanidad en todos los matices impuestos por las clases sociales diferenciadas, en la aparatosa variedad de sensibilidades, en la extensa escala de ambientes desavenidos, sobre la cual ascienden y descienden los intereses antagónicos de los hombres, y en la dilatada categoría de los parajes donde los hechos, unos ciertos y otros fantásticos, se desenvuelven. Accidentaciones son ellas inherentes al tráfago sustancialmente histórico, según lo enseñan los principios preconizados sabiamente por esa ubicua rama del conocimiento, citada de manera singular bajo la denominación de filosofía de la historia. Esto justifica aquel escarceo interpretativo de don Miguel de Unamuno, que erige las portentosas hazañas de Hernán Cortés, Gonzalo Jiménez de Quesada y Simón Bolívar en manifestaciones de genuino e imperturbable quijotismo.

La conquista de un ideal, contrapesado por los rigores de la naturaleza física y por la asustadiza condición de Sancho, impulsó la flaca y ceñeña figura del Caballero Andante, hasta conseguir, en la medida de su resolución, el objeto ambicionado; y la conquista de otro ideal, menos teórico que el de don Alonso Quijano, fue el motor que empujó a nuestros descubridores y a nuestro Libertador a la realización de dos empresas que, si contrarias en la intención, participaron de coraje análogo, de dinámica espiritual gemela y de riesgos similares.

El que desfacía agravios y dirimía querellas de vecinos, y el que narraba sus lances con copia de pormenores nimios, predicaban, con la lanza en astillero y la adarga antigua el uno, y con la tesonera pluma el otro, el evangelio de la justicia y del derecho, con el mismo ardor y arrogancia con que los próceres y caudillos de los pueblos defendieron los fueros de la independencia y de la libertad, cuando los vieron amenazados por la codicia despótica de los poderosos. Fue así como en el umbral de las centurias anudaron sus manos trémulas la historia verosímil de la Caballería sacrificada y la novela inverosímil del heroísmo sacrificador. No es esto un *flatus vocis*, o juego jactancioso de palabras, pues el testimonio de las naciones, ni temerario ni sutil, lo pregona con evidencia que da en los ojos con la solsticia claridad de un mediodía del trópico.

Hasta aquí, señores, lo que la Academia de Historia de Colombia alaba como mérito insigne de don Miguel de Cervantes Saavedra, a propósito de su contribución estética a la estructura de la historia general escrita y por escribirse en lengua castellana. Resta ahora el homenaje que el dilatado Continente indoamericano le debe al recuerdo del soldado que por honrar la casta y la idea, derramó su sangre en Lepanto, probó su acero en la jornada de Túnez, soportó vejámenes en tierras del Gran Turco, y padeció ludibrio en el propio solar paterno. No le fue dado participar de la aventura que tántos otros de sus contemporáneos corrieron desde la patria de Guatimocín hasta los playones áridos de Caupolicán. Pero lo deseó, y lamentándose de la repulsa de su ingrato gobierno, dio muestras de lo que hubiera sido su alborozo, si, como lo demandó con derecho absoluto, se le hubiese enviado a Santa Fe de Bogotá como contador de la Real Audiencia, a Cartagena como Contador de galeras, a Soconusco de Guatemala como Gobernador, o a La Paz de los Incas como Corregidor del lugar. Tanto más cruda fue la prueba a que le sometieron los favoritos del rey, cuanto la solicitud iba mejor a aliviarle de los quebrantos morales ocasionados por la discordia doméstica, que a satisfacer ansias de la fortuna que otros menos impetuosos y decididos habían atesorado en el curso de breves años. Y en este punto me aparto del parecer inicuo de quienes se tachan de ambicioso porque en algunos de sus entremeses, en los o tres novelas ejemplares, y aun en el mismo *Quijote*, deja ver Cervantes cierta melancólica admiración por las riquezas de las Indias Occi-

dentales. Hasta de la posible influencia ejercida por los fastuosos encomenderos sobre la potestad pontificia, de que habla en *La Entretenida*, infieren malévolamente el anhelo de obtener gracias canónicas que le librasen de la coyunda matrimonial, mediante piadosos obsequios de oro, esmeraldas y perlas que a la sombra de alguno de los cuatro cargos apetecidos, pudiera haber acumulado a la vuelta de pocos años de servicio. Tamaña cavilación no se compadece con lo que de la vida aventurera de Cervantes se conoce. No palpitaban sus pulsos por el contento de la numerata pecunia, que más le atraía el sosiego de una existencia como la que soñara para sí Fray Luis de León antes de que el encono cortesano se moviese contra él.

Ciertos baldones y desabrimientos que el gran don Miguel soltó en *El Celoso Extremeño*, contra españoles que alcanzaron licencia para venir a territorio indiano, fueron sacudidas de explicable resentimiento por la iniquidad obrada contra él, testigo de las patrañas de tahures y truchimanes que, valiéndose de ardides, lograron filtrarse en las listas de favorecidos por la Casa de Contratación que, conforme a las Leyes de Indias, funcionaba en la ciudad de Sevilla. Cervantes, que observaba desde su posición de abastecedor de las flotas que se daban a la vela con rumbo occidental, denunció con gesto retozón en la novela de *Rinconete y Cortadillo* las triquiñuelas gastadas por sujetos raheces para acercarse a la aduana del señor Monipodio y burlar la guardia de los alguaciles reales, mientras a caballeros de pro y de insospechable conducta se les condenaba a trámites dilatorios que concluían en una negativa tan rotunda, como flagrante era la desvergüenza de los que pululaban de la Pescadería a la plaza de San Salvador, y de ésta a los acantilados del Guadalquivir.

Señal manifiesta de que los desahogos del dueño de la lengua de Castilla arrancaban de un fondo resentido, es el férvido elogio con que saludó, desde el Canto de Caliope, inserto en la *Galatea*, algunos años antes de despacharse desfavorablemente su demanda, los hechos hazañosos de varones como Alonso de Ercilla, Diego Martínez de Rivera, Pedro de Alvarado, Rodrigo Fernández de Pineda, Enrique Garcés y tántos otros que, inspirados por su ciencia y movidos por la palanca de su valor intrépido, dilataban en América la grandeza y poderío de España. También en su viaje del Par-

naso, escrito cuando ya nada esperaba del mundo, repitió la alabanza de algunos de los poetas que habían realizado su obra en tierras recién halladas, o que a ellas habían ido en cumplimiento de algún designio real.

Señores Académicos:

Convienen todos los expositores de derecho público y de sociología política en que son tres los elementos que definen con mayor precisión, sobre un territorio, el alma nacional: la raza, el idioma y la religión. Tenemos los colombianos de común con los españoles una fuerte impregnación de lo primero, y una correspondencia estricta de lo segundo y de lo tercero, luego nos vemos a canto de proclamar un interés común y general, a pesar de los océanos que nos separan; y así lo que es honor y prez de la Madre Patria, es también para nosotros causa de satisfacción y orgullo; lo que a ella conmueve, también a nosotros, que somos vástagos de ese árbol, nos conmueve y llena de zozobra. Los luminares de la España de antes y de siempre guían nuestros pasos en el rodeado camino de la cultura ibérica, de igual modo que los astros del sistema en que nos movemos, Caldas, Bello, Caro, Suárez, Cuervo, Carrasquilla, Isaacs, Silva, proyectan sus rayos sobre el pórtico grandioso tras el cual se guarda, como en su propio hogar, la mentalidad española. Cervantes es tan nuéstro como si Alcalá de Henares fuese el remanso de cualquiera de las provincias del Nuevo Reino de Granada, y la cripta de las Trinitarias que alojó sus despojos se hallase bajo el camarín de Nuestra Señora del Campo en la iglesia de San Diego de la ciudad de Quesada. Y más lo fuera si las maquinaciones palaciegas no se hubieran interpuesto en la órbita de sus puros ideales.

Vosotros, los que montáis la guardia para proteger el arca santa del idioma, le rendís el homenaje que obliga a quienes heredaron el caudal divino de la palabra, bajo encargo perentorio de preservarlo contra el moho de la rutina y contra el soplo funesto de las revoluciones del pensamiento. Tendió el Creador un puente entre su conciencia infinita y la inteligencia de la criatura para hacer rodar sobre él los soles y los mundos. Ese puente es la lengua que vosotros cuidáis con abnegación sin par.

Nosotros, centinelas del pasado, vigías del futuro, furrieles de la tradición, cribadores de la leyenda, escardadores del surco histórico, le consagramos el tributo de nuestro reconocimiento en nombre de nuestra sangre y de nuestra fe, porque salpicada con aquélla se ven aún las piedras de Sagunto y de Numancia, y las murallas caribes de Cartagena, y con sangre de españoles e indoespañoles se escribieron las epopeyas de la reconquista y de la independencia, respectivamente.

¡Salud, memoria egregia de nuestro gran señor don Miguel, gloria del mundo, abismo insondable de la sabiduría y ornato perilustre de la especie humana!

El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes

Por GUSTAVO OTERO MUÑOZ

Largo tiempo se discutió sobre el lugar del nacimiento de Cervantes, como había acontecido con Homero. Gloriosa oscuridad de origen que al cabo pudiera resolverse en esta feliz conclusión: el genio no tiene patria, y poco importa el lugar material en donde, por azares en que para nada interviene la voluntad del hombre, surge aquél en la tierra. Parece comprobado, sin embargo, que vino al mundo en Alcalá de Henares, la vieja ciudad castellana enverdecida por el honroso sedimento de los siglos. Dato que tiene en su apoyo no sólo la afirmación misma del interesado, en un papel de 1580, sino la partida de bautismo— documento precioso que conserva la ciudad complutense—, en la que consta que fue bautizado en la parroquia de Santa María, el 9 de octubre de 1547.

Su padre era un médico nombrado don Rodrigo Cervantes, de sobrenombre «El sordo», por padecer de esta dolencia, y la madre se llamaba doña Leonor de Cortinas. Miguel fue el sexto de siete hermanos, que distaron mucho en celebridad y talento del que sería gloria de su familia y de su raza. El apellido Saavedra, de parientes lejanos, fue adoptado, sin duda, por Cervantes, a causa de parecerle sonoro y de rancio abolengo.

Lo que más se destaca en la vida de aquel ingenioso hidalgo, desde su infancia hasta su muerte, es su constante y terrible pobreza, que confinó con la miseria. Así es que, dado lo numeroso y pobre de la prole de don Rodrigo y doña Leonor, no es de suponer que Cervantes realizara estudios pagados, que eran privilegio de las clases pudientes. Viviendo tan cerca de la famosa Univer-

sidad de Alcalá, no hay dato fidedigno de que estudiara en ella; pero sí lo hay de que lo hizo en Sevilla, en la Escuela de Humanidades de los Jesuítas, y más tarde en Madrid, en dónde recibió las enseñanzas de Gramática, con Francisco del Bayo y Juan López de Hoyos. Es fácil advertir, en su copiosa producción, que su cultura era vastísima; aunque ciertos descuidos de cita y errores de referencia, acusan una preparación desordenada y poco académica, propia del autodidacto que debe su obra al esfuerzo personal. Por su mismo testimonio sabemos que era un lector infatigable, que llegaba hasta recoger los fragmentos de papel que hallaba en las calles, para enterarse de su contenido.

Su maestro, el presbítero López de Hoyos, lo califica de «muy caro y amado discípulo», en una colección de versos recogidos por él con motivo de la muerte y exequias de la reina doña Isabel de Valois, la primera e infortunada esposa de Felipe II. Allí figura una elegía de Cervantes, que lo da a conocer desde entonces (1568) como eximio poeta. Parece que en el estudio de Hoyos dio clases de Gramática; pero pronto abandonó la profesión docente para lanzarse a las aventuras del mundo.

Se cuenta, en efecto, que por esta época tuvo una cuestión con un tal Antonio Segura; que se fueron a cuchilladas, y por unas heridas que infirió a su rival, se dictó contra él una sentencia aflictiva. Para esquivar la acción de la justicia se suma como camarero al séquito del Nuncio Apostólico, Cardenal Acquaviva, que viajaba entonces hacia Italia; pero en cuanto llegó a Roma, deja el servicio del joven diplomático y se alista como soldado en el ejército español.

A este período pertenece su intervención en la batalla naval de Lepanto, en donde combatió desde la galera *Marquesa*, comportándose con valor ejemplar. Sufre allí dos heridas: una en el pecho y otra en el brazo izquierdo, que le inutilizó la mano correspondiente —sin cortársela, como generalmente se ha creído—, lo cual fue causa de que recibiera el mote glorioso de *Manco de Lepanto*. Estuvo también en el ataque de La Goleta, en Túnez; y su valiente proceder fue objeto de honrosos testimonios, en cartas del propio don Juan de Austria para el rey Felipe y el duque de Sessa, cuando Cervantes pide una licencia, deseoso de volver a España.

Embarca en la galera *Sol*, que zarpa de Nápoles para Barcelona el 20 de septiembre de 1575. Seis días después, tres embarcaciones corsarias argelinas, tras rudo combate, apresan, frente a la desembocadura del Ródano, a las españolas que iban con la de Cervantes. El, con su hermano menor Rodrigo, cae prisionero de los moros piratas, que le llevan cautivo a Argel. Cinco años de terrible esclavitud sufre en aquella tierra hostil, entre hombres de condición bárbara y cruel. Varias fueron sus tentativas de evasión, y hasta se habla de que pretendía provocar una sublevación general de cautivos, para poner a Argel bajo el dominio del rey español. Ello pudo inferirse de ciertos tercetos que enderezó a un secretario de Felipe II, la *Epístola a Mateo Vásquez*, en que sugiere la idea de que España extendiera su poder por el norte de Africa. Lo cual no parece sino pura literatura y cuando más un destello de la sagacidad política de que hay tan fecundas muestras en su libro inmortal.

Mientras que él trataba por todos los medios de alcanzar la libertad, su familia realizaba toda clase de gestiones para reunir el dinero del rescate; mas sólo consigue la cantidad necesaria para obtener la libertad de Rodrigo. Debió, al fin, la suya, a una circunstancia fortuita. Su dueño se obstinaba en pedir mil escudos de oro por Miguel, lo mismo que por otro cautivo de alta alcurnia llamado Jerónimo Palafox. Los frailes trinitarios querían libertar de preferencia al último, pero para ello sólo llevaban quinientos escudos. Ante la insistencia de los religiosos, Azán Bajá conviene en ceder a Cervantes por dicha suma, quedándose con Palafox.

Regresa a España en noviembre de 1580, con grandes esperanzas de encontrar la anhelada fortuna. Pero no fue así: como tántos otros «pretendientes», se dio cuenta de lo efímero de las «esperanzas cortesanas». Se dirige entonces a Portugal, cuando el duque de Alba y don Cristóbal de Moura habían terminado la conquista de aquel país para el rey don Felipe. Recibe una comisión secreta para llevar unos pliegos a Orán, que desempeña rápidamente. Se atribuyen a esta estancia en Lisboa sus amores con Ana Franca, de la que tuvo su única hija, doña Isabel de Saavedra. Se asegura también que en 1582 se alistó de nuevo, y que estuvo en la expedición contra las Islas Terceras, dirigida por don Alvaro de Bazán. Consta que en 1583 estaba en Madrid, por haber empeñado

en esa fecha a un prestamista genovés unas telas de su hermana Magdalena, lo que prueba que seguían sus dificultades económicas. Y en 1584 contrajo matrimonio con doña Catalina Palacios Salazar, natural de Esquivias, un lugarejo próximo a Madrid, en donde ella tenía algunas fincas.

En aquel mismo año publica su novela pastoril *Los seis libros de Galatea*, pensando que podría obtener grandes recursos de ella, dada la gran boga de que por entonces disfrutaba aquel género de literatura, gracias a Jorge de Montemayor con su *Diana*. Con el matrimonio le aumentan las cargas familiares y la situación de Cervantes se hace cada vez más angustiosa. Pasa a Sevilla, en donde un amigo le presta quinientos ducados por un plazo de medio año, sin interés alguno. Y *La Galatea* le produjo bien poco: mil trescientos treinta y seis reales, que le abonó al impresor Blas de Robles.

Fue entonces cuando le ocurrió escribir para el teatro, hacia el cual sentía gran atracción: pero también en este nuevo esfuerzo por conquistar la veleidosa fortuna, paladea las hieles del fracaso. A pesar del aplauso público, de que él mismo se ufana, tiene que abandonar el campo, porque ya *el Monstruo de la Naturaleza*, el gran Lope de Vega, se había hecho dueño y señor de la escena española.

A partir de este desengaño, cuatro lustros pasan en la vida de Cervantes sin que produzca literariamente nada de importancia, salvo algunos sonetos, entre ellos el que lleva estrambote, citado en todas las antologías. Estos veinte años son de amargura sin fin. En 1585 muere su padre; dos años después es encargado de unas cobranzas reales, y luégo se le nombra comisario para acopio y aprovisionamiento de víveres, con destino a las armadas y flotas para las Indias. Ello le obliga a viajes constantes por los pueblecillos de la región andaluza; pero no era semejante destino para el que tan alto lo merecía, y creyendo candorosamente que sus méritos le bastaban, solicitó del rey, en memorial del 21 de mayo de 1590, alguno de los oficios vacantes que sabía existir en el Nuevo Reino de Granada, Cartagena de Indias, Guatemala y La Paz. La solicitud pasa al Consejo de Indias, y el 6 de junio decreta el ponente, doctor Núñez Morquecho: «Busque por acá en qué se le haga merced».

Volvió los ojos al arte literario, y de él, a su eterna obsesión: el teatro. Empero, todos los escenarios los ocupaba su rival eterno, y era un sueño tratar de arrebatarle una migaja de su festín espléndi-

do. Fracasado de nuevo, ve morir en la miseria a su madre, en 1593. Al año siguiente, sus amigos le proporcionan un nuevo empleo, el de Oficial ejecutivo para cobrar tercias reales y alcabalas en Granada. Cobra algunas cantidades y hace un giro a Sevilla, por conducto de un negociante, que a los pocos días se declara en quiebra. Cervantes pasa grandes apuros; se le piden cuentas por un descubierto de dos mil seiscientos reales. Un juez de la Real Audiencia de Sevilla le hace prender. Esta parte de su vida es bastante oscura. Por los escasos datos conservados, se sabe que viajó por toda la Mancha, pero las leyendas de sus dificultades en Argamasilla de Alba no han podido ser corroboradas. Para unos, allí estaba la cárcel en donde se engendró el *Quijote;* para otros, como Rodríguez Marín, esa cárcel fue la de la calle de las Sierpes, en Sevilla; y aun hay alguien para quien la frase de Cervantes debe tomarse en sentido metafórico, considerando como tal cárcel la vida y sus dolores.

El 26 de septiembre de 1604 concede el rey licencia para imprimir *Don Quijote.* Por diciembre del mismo año puede calcularse la puesta a la venta de la primera edición. Tiene un éxito inmediato nunca visto. Dentro del año de 1605 se hacen seis ediciones, y tres clandestinas en Lisboa, por lo que autoriza al editor para perseguir a los culpables. En ciertos aspectos, es indudable que la obra iba dirigida contra Lope de Vega. Empieza entonces la lucha, no por sorda menos terrible, entre las dos grandes figuras; los amigos de Lope respondieron con la segunda parte apócrifa, que atribuída a un tal Fernández de Avellaneda, apareció en 1614, si bien ya ambos se habían reconciliado, dos años antes, aunque sin llegar nunca a una gran efusión, con motivo de su encuentro en la Academia de Selvaje, fundada por don Diego y don Francisco de Silva, en el palacio de Pastrana. Avellaneda, el hijo infame del despecho y de la envidia, acumuló en su falso *Quijote* una serie de soeces ataques contra Cervantes, quien nunca logra conocer al que se esconde bajo el supuesto nombre.

Los últimos años de su vida son de gran producción literaria. En 1613 negocia con Francisco de Robles la venta de sus *Novelas ejemplares.* Firma una escritura concediéndole el privilegio de la impresión. Profesa, a su vez, en la Orden Tercera de San Francisco. Visita a Alcalá de Henares. Publica en 1614 *El viaje al Parnaso,* en que hace un elogio de Lope. La reconciliación se completa. Participa en

un concurso de poesías en honor de Santa Teresa, organizado por las Carmelitas para el 12 de octubre. Lope es presidente del jurado, y concede el premio a Cervantes, leyendo él mismo la canción premiada, en prenda de amistad. Termina en febrero de 1615 la *Segunda parte del Don Quijote de la Mancha*, que da a la estampa, con aplauso unánime y brillante elogio del censor, licenciado Márquez de Torres. Fue dedicada al Conde de Lemos. En el mismo año publica *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos*, entre los que sobresalen *Pedro de Urdemalas* y *El retablo de las maravillas*.

Enfermo de hidropesía, se traslada, en la primavera de 1616, a Esquivias, por consejo facultativo. Pero vuelve en seguida a Madrid y termina su última obra *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, que dedica también al Conde de Lemos en la forma tan conocida, con el pie ya en el estribo de la muerte, puesto que lo hizo el 19 de abril de 1616. Allí le dijo, en términos risueños y conmovedores: «Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo esto. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir; y quisiera yo ponerla coto hasta besar los pies de Vuestra Excelencia, que podría ser fuese tanto el contento de ver a Vuestra Excelencia bueno en España, que me volviese a dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa Vuestra Excelencia este mi deseo».

Cuatro días después, el 23 de abril, don Miguel de Cervantes dejó de existir, a la edad de sesenta y ocho años y medio. Su pobre entierro fue poco concurrido, a tal punto que se olvidó hasta el sitio en que reposaron sus huesos en la iglesia de las monjas Trinitarias de Madrid, en donde pidió que lo sepultasen. España siguió gozando el placer que le proporcionaba la lectura de la admirable fábula inventada por el genio de Cervantes, de igual modo que los campos gozan de las influencias benéficas del sol, sin dar muestras de agradecerlas. Mas al fin llegó un día en que su nombre se colocó junto al de Homero, y el *Quijote* ocupó un noble lugar entre las obras inmortales.

"El Quijote", poema épico del mundo español

Por CARLOS RESTREPO CANAL

Alta y singular ocasión ofrece el cuarto centenario del nacimiento del príncipe de los ingenios españoles para hablar del *Quijote*, considerándole por uno de sus aspectos más importantes para los pueblos hispanoamericanos: es decir, como poema de la raza, de todo el mundo español. Esta cualidad de la obra máxima de Cervantes fue la tesis que expuso don Miguel Antonio Caro en su famoso estudio sobre el *Quijote*, publicado en 1874. Demostró allí que Cervantes, habiendo producido muchas novelas y comedias, sólo había escrito un poema, y gran poema, pues tal conceptúa que es el *Quijote*. Para probar las cualidades que forman su mérito, señala primeramente nuestro insigne humanista cuáles son las características de un verdadero poema, libro que moralmente debe pertenecer a la humanidad, históricamente a una nación y literariamente a un escritor. Entra luégo a probar que el *Quijote* es un libro que interesa no sólo a la nación a cuya literatura pertenece, sino a la humanidad misma, explicando en seguida en qué consiste el *humanum* del famoso libro. A todos los argumentos de tan erudita demostración bien pueden agregarse para ampliarla, en términos tan vastos como se quiera, cuanto los críticos castellanos y extranjeros han dicho para elogiar o comentar las excelencias del libro de Cervantes, y basta indicar la popularidad mundial de este poema y aducirla como prueba de excepción del carácter de universalidad que él tiene. Allí el contraste entre el ideal generoso, batallador y justiciero de Don Quijote, y lo versátil del genio de Sancho Panza, que tiene unas veces, al decir de su amo, simplicidades que le confirman por bobo, otras, malicias que le condenan por bellaco, y no pocas se muestra tan discreto y agudo que parece hombre leído y cultivado, aunque es su natural sensatez la que le hace hablar discretamente; allí aquella

mancomunidad de locura de los dos personajes, de la que habló don Marco Fidel Suárez en su discurso sobre el *Quijote*, destinado a conmemorar la muerte de Cervantes, y en donde hace notar que era aquella mancomunidad «lo que hacía pensar al discreto licenciado que los dos estaban forjados en una misma turquesa y que las locuras del uno sin las necedades del otro, no valían un ardite»; allí la expresión de los propios y secretos pensamientos del autor y la aspiración suya a una señorial libertad que nunca le fue dado disfrutar, porque el desventurado genio de las letras españolas siempre se vio atenido al ajeno arbitrio; allí, por fin, la crítica de los libros de caballería, hecha no con el propósito de ridiculizar el espíritu caballeresco, sino con el más trascendente de acendrarle de toda la vil escoria que las fábulas incoherentes, inverosímiles y monstruosas, habían acumulado sobre él, y el deseo de mostrarle ennoblecido y sublimado en la persona del hidalgo manchego, poseído de genial locura. Porque tal era en realidad el pensamiento de Cervantes, y así lo hicieron notar don Marcelino Menéndez y Pelayo en su discurso sobre *Cervantes y la elaboración del «Quijote»*, pronunciado el 8 de mayo de 1905 en la Universidad Central, para celebrar el aniversario de la obra más excelsa del ingenio nacional, como él dijo, y don Antonio Gómez Restrepo en el discurso leído en la Academia Colombiana en 1916, al conmemorarse el tercer centenario de la muerte del glorioso Manco de Lepanto. «Lo que había de alto y perenne en aquel ideal —dice el primero de ellos— necesitaba regeneración y transformación; lo que había de transitorio se caía a pedazos y por sí mismo tenía que sucumbir, aunque no viniesen a acelerar su caída ni la blanda y risueña ironía del Ariosto, ni la parodia ingeniosa y descocada de Teófilo Folongo, ni la cínica y grosera caricatura de Rabelais, ni la suprema y trascendental síntesis humorística de Cervantes». Y agrega más adelante: «La obra de Cervantes, como he dicho en otra parte, no fue de antítesis, ni de seca y prosaica negación, sino de purificación y complemento. No vino a matar un ideal sino a transformarle y enaltecerle. Cuanto había de poético, noble y hermoso en la caballería, se incorporó en la obra nueva con más alto sentido. Lo que había de quimérico, inmoral y falso, no precisamente en el ideal caballeresco, sino en las degeneraciones de él, se disipó como por encanto ante la clásica serenidad y la benévola ironía del más sano y equilibrado de los ingenios del

Renacimiento. Fue de este modo el *Quijote* el último de los libros de caballerías, el definitivo y perfecto, el que concentró en un foco luminoso la materia poética difusa, a la vez que, elevando los casos de la vida familiar a la dignidad de la epopeya, dio el primero y no superado modelo de la novela realista moderna.»

Don Antonio Gómez Restrepo comentó el punto en estos términos: «Escribió Cervantes el *Quijote*, según reiterada declaración suya, para poner en descrédito la absurda afición a los libros de caballerías; pequeño motivo, según observan los críticos, para escribir tan grande obra. Es indudable que Cervantes tenía especial inquina a esa necia literatura, entre otras razones, porque consideraba que tales engendros desacreditaban un género por el cual sentía él no disimulada simpatía y que consideraba digno de ocupar la atención de grandes ingenios. De ahí la saña con que ridiculiza a Esplandines y Belianises, como profanadores de algo que a él le inspiraba admiración y respeto. En cambio, puso sobre su cabeza a Amadis de Gaula, abuelo espiritual de Don Quijote. Entre sus íntimos anhelos estuvo, sin duda, escribir un verdadero libro de caballerías, para dar en rostro con una obra de arte a tánto forjador de estúpidas invenciones. Todo esto se colige de aquellas palabras del Canónigo, en cuya boca puso Cervantes sus propias opiniones literarias».

Se refiere el señor Gómez Restrepo a aquella conversación que pasó entre el Canónigo y el Cura, que llega hasta el final del capítulo cuarenta y siete de la primera parte, y continúa en el siguiente. Allí el Canónigo, disertando sobre los libros de caballerías, dice que a pesar de cuanto mal había dicho de tales libros hallaba en ellos una cosa buena, y era el sujeto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiera mostrarse en ellos, pues daban ancho y espacioso campo por donde pudiese correr la pluma describiendo sucesos y pintando personajes con tal verdad que llegara a crear una obra artística de tal perfección y hermosura, que lograra el mejor fin que deben perseguir los escritos, «que es enseñar y deleitar juntamente; porque la escritura desatada de este libro —añade, y es concepto importante para nuestro propósito— dé lugar a que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que la épica también puede escribirse en prosa como en verso».

Don Antonio Gómez Restrepo, que tan acertadamente cita este pasaje, lo comenta con estas palabras, que no podemos menos de trasladar también aquí, porque vienen como anillo al dedo para corroborar la tesis que vamos exponiendo: «¿No es este el programa completo del *Quijote?* ¿No podría con razón sostenerse que este libro es una novela de caballerías, elevada a la dignidad de la poesía épica y convertida en el poema nacional de los españoles, como calificó al *Quijote* nuestro insigne Caro en uno de sus mejores estudios?» La conclusión es irrefutable, y estas autorizadas opiniones que corroboran la tesis de Caro, indirectamente refutan las opiniones de don Manuel de la Revilla sobre la aversión que él quiso ver en Cervantes por el espíritu caballeresco, y que son a todas luces inaceptables.

Demostrada la primera de las condiciones del poema, señala el señor Caro cómo el *Quijote* pertenece a España como libro que refleja las características del pueblo español, libro en que actúan personajes netamente españoles, creados por el genio del autor, tan verdaderos y tan bien caracterizados como los propios españoles de carne y sangre de la época de Cervantes y de todos los tiempos. Dice que pintó a España añadiendo a la verdad de la pintura, y para amenizar la narración, todas las galas del estilo caballeresco y todos los aliños propios de la ficción adoptada. Y coinciden en este punto la afirmación de Caro y la de don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien, en su discurso citado anteriormente, dijo que no sólo había llegado el *Quijote* a ser la representación de la vida nacional, total y armónica, «en su momento de apogeo e inminente decadencia, sino la epopeya cómica del género humano, el breviario eterno de la risa y de la sensatez».

Las palabras del señor Caro parecen escritas para dar respuesta a la pregunta que cada escritor en particular suele hacerse sobre cuál es el auténtico poema de la gente hispana, cuestión largamente debatida en la república de las letras y autorizadamente resuelta por él. "Se ha notado —dice Caro— que España no tiene un poema nacional, cuando otros pueblos poseen los suyos; y Quintana en su *Introducción a la musa épica*, admite con dolor el cargo, siendo lo más singular, dice, 'que no se sabe a qué atribuír este vacío de nuestras letras, bien extraño por cierto, por cualquier aspecto que se le considere'. «Yo creo que el *Quijote* es el poema de los españoles;

y para demostrarlo basta observar que este libro es a España, y en grado eminente, lo que son a otros pueblos sus grandes epopeyas. Llevando a la exageración este mismo principio, colocó M. Nasard a Shakespeare en el número de los épicos, por cuanto creó, y representan sus obras, una literatura nacional. Pero no es lo mismo una colección de obras dramáticas, que un libro que reúne las unidades propias del poema. Se objetará que éste es *sui generis;* nada más natural: España es el pueblo más original del mundo, y el libro que le retrata ha debido ser en alto grado original».

Al entrar a numerar por su orden y en forma compendiada el modo como halla realizados en el *Quijote* los tres caracteres ya enumerados, que distinguen a los grandes poemas, es decir, «el pensamiento que interesa a la humanidad; aquellos peculiares en que se abrevia una nación, y aquel estilo propio, en fin, con que el poeta viste su obra», agrega este importantísimo concepto: «Al comparar el *Quijote* con la *Ilíada* cometió don Vicente de los Ríos el error de cotejar y pretender reducir a una misma *especie* dos producciones de un mismo *género.* El *Quijote* es un poema, pero debe examinarse en sí mismo porque forma especie aparte, y es en su especie único individuo».

Deduce luégo el insigne humanista, y después de señalar que el *Quijote* posee en grado eminente la tercera de las cualidades épicas exigidas, es decir, que allí se halla el estilo propio de Cervantes y todas las galanuras con que el poeta viste sus obras, que en ésta más que en otra alguna brillan y deleitan; deduce, decimos, que «siendo el *Quijote* el libro más genuinamente español y no teniendo los americanos un poema nacional y popular, sigue aquél copiando por anticipación nuestras costumbres y caracteres con más exactitud que ningún otro; y por cuanto es el libro de nuestra raza, es también el libro de nuestros pueblos de América».

Y cómo si lo es; vale añadir para probarlo que en el Nuevo Mundo se difundió hasta agotarse la primera edición del *Quijote,* como lo anota Alfonso Junco, y se agotan cuantas nos ofrecen las prensas españolas o americanas.

«Varias ciudades nuéstras, sigue Caro, se disputan la sepultura de Don Quijote; tenemos Sanchos de carne y hueso, y pícaros que les roben los rucios». Observa luégo que a cada paso encontramos en nuestros pueblos, en sus diversas clases sociales, personajes

que nos recuerdan a los del *Quijote*, escenas que parecen trasunto de las del famoso libro y casas de traza castellana y polvorientos caminos que nos recuerdan los que recorrió el hidalgo manchego, y más aún cuando topamos en ellos con alborotadas ventas, como aquella inolvidable de la Mancha donde pasan tántos y emocionantes sucesos. Y realmente, ¿quién no cree a veces, al pasar ante alguna de tales ventas, dar con aquella donde Don Quijote peleó singular batalla con unos cueros de vino tinto, que él tomó por descomunales gigantes cuya sangre inundaba el aposento; en donde sufrió las puñadas del vil arriero, a quien tomó por mago encantador, o donde Sancho fue manteado, o donde su amo fue atado de su noble diestra por menguadas y atrevidas maritornes? Y no menos que todo ello nos traen a la memoria los lugares por donde anduvo Don Quijote, las casonas señoriales que en sus antiguas haciendas alzaron los hidalgos de antaño y en que aún parecen vagar sus sombras. Unas se nos asemejan, según su aspecto, a la del Caballero del Verde Gabán, don Diego de Miranda, modelo de señores de pro; otras, las más ricas, en esas épocas, al palacio de los Duques, en donde el buen humor de éstos honró al Andante Caballero entre bromas y veras, y le dio ocasión para que, en sus consejos a Sancho, cuando éste se aprestaba para encargarse de su gobierno de la ínsula Barataria, demostrara su gran sentido político y buen criterio de gobernante, y al mismo escudero pie para demostrar su astucia y sagacidad para resolver embrollados casos de justicia, y luego, buen sentido para desechar las honras mundanas que roban el sueño y la tranquilidad.

Las torres de las iglesias y las plazas y calles aldeanas, por su traza española, nos representan al Toboso, y aun llegamos a extrañar, cuando contemplamos las clásicas portadas, las tapias, bardas y añosos tejados rurales, no descubrir juntamente con ellos los molinos de viento, cuyas airosas aspas, que fueron para el Caballero de la Triste Figura gigantes de largos brazos, se destaquen sobre nuestras llanuras, y volteadas del viento, como tal vez sucedió en otros lejanos tiempos, hagan andar la piedra que trocó en blanca harina el recién cosechado trigo candeal o trechel, llegado de los campos de Castilla, granero de España, a las vírgenes campiñas del Nuevo Mundo.

Pero más que todo ello nos confirma en que alienta en el áureo libro de Cervantes la vida de nuestra raza y de nuestra nacionalidad, el majestuoso idioma castellano que con toda la pureza y opulencia con que se ostenta en las páginas del *Quijote* se oye en todos los labios americanos, y aún conserva en ellos, y en boca del pueblo colombiano especialmente, la traza clásica del Siglo de Oro.

Qué singular riqueza, qué tan no soñado y opulento tesoro de tradiciones de nobleza, de brillante y caballeresca historia, envidia de otros pueblos y gloria familiar de los nuéstros, se encierran en nuestra preciosa lengua, imperial y armoniosa, dulce, grave o rotunda, creada para hablar con Dios en los más subidos y divinos deliquios místicos, para expresar los más nobles sentimientos del corazón, la ternura como la energía, las palabras de las cunas como las voces de mando, las gallardas de la elocuencia, las aladas y musicales de la poesía y las de aquellos inenarrables coloquios que pasan en el castillo interior del alma.

Esta es nuestra lengua materna, la de nuestros más remotos antepasados, aquellos que fueron miembros del pueblo español y que como sangre de su sangre, carne de su carne y hueso de sus huesos, lucharon para reconquistar con las armas cristianas y españolas el suelo patrio en aquellos grandiosos ocho siglos de cruzados y andantes caballeros del ideal más puro que animó a los pueblos de la cristiandad. En esa gesta el idioma se saturó de tal espíritu idealista, se hizo viviente archivo de él, y cuando pasadas esas ocho centurias, que concluyeron ante los muros de Granada, en cuyas almenas brillaba la Cruz redentora y flotaba el pendón de Santiago, el idioma se abrió campo a través del océano para llegar al Nuevo Mundo y vivificarle, extendiendo por todo él, con la gallardía de sus cláusulas y el señorío de su forma, la tradición histórica que guarda, y con ella aquel espíritu de idealidad, frenesí, heroísmo y locura hidalga, caballeresca y andante deseoso de llenar el mundo con su denodada voluntad de justicia, de perfección moral y fraternidad humana e inspirado en la pura y santa doctrina cristiana católica de nuestra fe.

Y este ideal cristiano, caballeresco y español, es el que ha recorrido nuestras tierras y ha impreso en ellas y en nuestros pueblos de América su sello indeleble y nobilísimo; este es el ideal caballeresco cuya grandeza espiritual, aquende y allende los mares, no re-

para en los medios necesarios para realizar sus aspiraciones, y confiado, como el hidalgo manchego, en su propio heroísmo y personal dignidad, capaz, como éste decía, de tomárselas con el mismo Satanás en persona, alcanza no pocas glorias y sufre también dolorosos reveses en su pugna mundial con los desaforados gigantes, yangüeses y galeotes, mas resultando siempre vencedor, pues por su misma perfección moral no llega a ser abatido jamás.

Este es el ideal que ha ungido y consagrado nuestros campos y nuestras ciudades, nuestra historia y nuestra vida, y por ello nosotros cuando recorremos la mística Sabana, donde el espíritu católico misionero, caballeresco, andariego y cruzado, sentó los reales de Santafé de Bogotá, nos parece que sobre esos campos flota aquel espíritu, aquel genio de España, aquel ideal de la más acendrada caballería, aquel fuego de la mística que se expande en amor de todas las humanas criaturas, aquel anhelo de justicia, de perfección, de orden y aun de santidad que Cervantes sentía y que supo concentrar en el ingenioso hidalgo manchego, personaje lleno de vida y de realidad a los ojos de su creador, y que por lo mismo que lo era tornóse a los nuéstros como símbolo y alegoría de la raza entera, de la hispanidad misma. Y por eso, como acontecerá a otros hispanoamericanos en cada región, sobre la extensa llanura de la Sabana parécenos ver que cruza el Caballero de la Triste Figura, jinete en su fláccido rocín y seguido de su bueno y sensato escudero; parécenos ver a Don Quijote, embrazada la adarga y enhiesto el lanzón, en cuya punta se quiebran los rayos del sol; sereno y altivo el semblante, abiertos los ojos a esa idealidad de la caballería, con la expresión marcial y señera a la vez, como la del enigmático caballero que copió el Greco cuando retrataba en Toledo a los hermanos espirituales de Cervantes y de Don Quijote, como aquellos otros hijos de Pelayo y del Cid, que señorearon el Nuevo Mundo y echaron en él los cimientos de las nuevas Españas. Y entonces hallamos el sublime sentido épico de la epopeya cervantina, porque aquel imaginario caballero vive realmente en el mundo, en medio de este cataclismo universal, y él mantiene en ambos lados del mar Atlante, porque él es la hispanidad misma, la ideal pureza de la moral, de la justicia y de la fraternidad y el sentido cristiano de la auténtica caballería española y cervantina, que tántos lauros ha ganado también en América.

Recuerdos del ingenioso hidalgo

CAPITULOS DE UN LIBRO INEDITO

Por JULIÁN MOTTA SALAS

EL SENTIMIENTO DE LA HONRA EN EL «QUIJOTE»

Descubríos, que quien ha salido por la puerta del corral de su casa en esta madrugada de uno de los calurosos días del mes de julio, es nadie menos que Don Quijote de la Mancha, la luz, el espejo, el norte, la guía, la espuma, la flor y la nata de la andante caballería. El gozo le revienta por las cinchas de su caballo Rocinante, y en ese regocijo le acompañan todos los seres de la creación: el perfumado ambiente campesino, el pío-pío de los pájaros, el aura que pasa gárrulamente entre las cañas, el canto de las fontanas y el rubicundo Apolo, que ya ha empezado a tender sobre la vasta llanura castellana «las doradas hebras de sus hermosos cabellos». Todo en esta mañana esplendorosa es nuncio de la alegría con que recibe la tierra al más flamante de los caballeros del ideal que, en pos de aventuras y de gloria, ha iniciado una larga peregrinación por las estepas del mundo. Amplia es la Mancha, ancha es Castilla, dilatados los horizontes de la tierra aragonesa y sin confines que se toquen los de la comarca catalana hasta cuya playa trágica vamos a seguir a Don Quijote; por aquella tierra manchega ha empezado a andar el caballero sin segundo con la más sublime ambición que vieron los siglos después de la del caballero divino de Galilea, porque va a enderezar tuertos, a acorrer doncellas, a recuestar viudas, a amparar desvalidos, a socorrer menesterosos, a levantar caídos, a esforzar amilanados, a animar corajudos y valerosos, a domeñar soberbios, a castigar bellacos, a apalear belitres, a azotar traidores, y a hacer que reinen la paz y la justicia allí donde antes andaban, señoras, la guerra y la iniquidad, y a volver por los fueros del bien y de la verdad donde se lozaneaban la malicia y la pi-

cardía. ¡Mirad si es grande ese hombre que va cabalgando por el soleado campo de Montiel!

Va Alonso Quijano sobre Rocinante esperanzoso y resuelto, cantando al par de la mañana un romance de alegría que surge lleno de entusiasmo en su corazón, un himno de júbilo que brota, más que del pecho, del cerebro de aquella testa épica, como diría Proust, en que se va tramando la epopeya de la vida y de la acción. Diríase que el sol, que va alargando sobre la llanura la enmagrecida facha del paladín, se ha encargado de hacerle aparecer en toda la expresión de la grandeza: su escuálida anatomía es tanto más procera cuanto más avanza hacia el horizonte infinito que aguarda a aquel caballero que va cantando himnos de gloria y cantos de esperanza y de triunfo. Hasta el concertado trotar de Rocinante en la llanura parece que va marcando el compás a los sueños de gloria que bullen en el cerebro del caballero y como redoblando en sonoros atambores. Cuán marcial su apostura, cuán erguida la frente, cuán fijos los ojos en el horizonte iluminado por el sol, y cuán firme sobre la silla el caballero, la mano izquierda sobre la rienda, apretando la derecha la lanza que reposa en la cuja, y las piernas ceñidas a los flancos del cuartago. Todo anuncia la epifanía de la victoria en la jornada que le espera. Como el Cid en su Babieca, va Alonso Quijano airoso en Rocinante, ¡soñando en conquistar el mundo! Sueños de gloria que van a par con la augusta esplendidez de la mañana.

No parece sino que está loco de atar el que ha salido a pelear por esas que podríamos llamar vanas sombras, si no alcanzásemos que ellas forman el patrimonio del espíritu y ese mar sin riberas de las divinas ilusiones del alma, por la cual tanto más subimos en grandeza cuanto más tocamos con la frente las estrellas. No parece sino que no sabe del mundo ni la vida quien espera trocar, de la noche a la mañana, los bandidos en santos, los rufianes en señores, los gañanes en caballeros, los pícaros en hombres de bien. Pero eso lo hacen aquellos hombres privilegiados que, como los santos o los héroes, ejecutan las más nobles hazañas luchando por lo que el mundo tiene por sandez o por locura. Y así le avino al señor Quijano cuando «le pareció conveniente, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a

buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravios, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama» (I, 1.ª).

Ese es el móvil que ha hecho salir de los términos de su solar a tan buen caballero: la fama y, con ella, el honor y la gloria. Por ellos peleará sin flaquezas ni cobardía desde su primera aventura hasta que, vencido en la playa de Barcelona por el Caballero de la Blanca Luna, pronuncie aquella frase sublime, digna solamente de Esquilo, y que dijo el aporreado Don Quijote, tendido de espaldas, con los labios ungidos por la más bella inspiración: «Apriéta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra». La honra, la fama, la gloria y también el servicio de su república. Que todas estas cosas son las que llevan a los héroes a la cima de la inmortalidad. Y así, cuando antes de salir a campo traviesa camino de sus aventuras piensa que el caballero andante debe ser enamorado y que debe buscar una dama ante la cual vayan a presentarse los vencidos por el poder de su brazo, vuelve a pensar en lo que le desvela, que es la fama, y por ella la honra, pues ha de decir el caballero a la dama a quien se rinde: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante». (I, 1.ª).

Por la honra y por la fama se arroja el soldado, en mitad de las más opuestas suertes y peligros, al abismo en que le espera la muerte, tanto más gloriosa y honrosa para él cuanto mayor haya sido la osadía y temeridad con que jugó la vida por su patria y su bandera; por la honra y por la fama se aquistan títulos, se buscan dineros, se afrontan peligros, se acometen hazañas increíbles; por la honra y por la fama el malo se hace bueno, y éste procura hacerse excelente en todo género de virtudes y de acciones; por la honra y por la fama se escalan las alturas y llega el hombre a los más empinados alcázares de la grandeza; por la honra y por la fama la doncella guarda su virtud, el caballero su probidad y su hidalguía, el juez su conciencia y el imperio de la justicia y del deber, el magis-

trado cumple las leyes y el simple ciudadano procura ser ejemplo de virtuosos y de buenos ante la sociedad y ante la patria.

¿Qué cosa más bella que el honor que sigue al soldado cuando puesta o hincada la bandera en la propia trinchera de los enemigos, cae acribillado de heridas, resplandecientes como el sol a mediodía? Por eso dice Cervantes en el *Persiles*: «Más hermoso parece el soldado muerto en la batalla que saño en la huída. Dichoso es el soldado que cuando está peleando sabe que le está mirando su príncipe. La honra que se alcanza por la guerra, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es más firme que las demás honras». Con esa honra que le viene por haber muerto o sido acuchillado en el campo de combate, le llega también la fama ante la posteridad, más envidiable que todos los tesoros de la tierra porque, como continúa diciendo Cervantes:

«Una onza de buena fama vale más que una libra de perlas, y esto no lo puede saber sino el que comienza a gustar de la gloria que da el tener buen nombre. El pobre, a quien la virtud enriquece, suele llegar a ser famoso; como el rico, si es vicioso, puede venir y viene a ser infame».

Igualmente dice, por boca de Don Quijote:

«Las feridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan». (XV, 1.ª).

¿No había de sentir Cervantes que los envidiosos de su fama y de su buen nombre le hubiesen echado en cara los años pasados en servicio de su patria y de su rey cuando, en medio de la armada turquesca, perdió la libertad, pero ganó la honra y la gloria?

«Lo que no he podido dejar de sentir, dice en el prólogo de la segunda parte del *Quijote*, refiriéndose a Lope, es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que muerto en la fuga; y esto es en mí de manera que si agora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella

facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años».

Eso es lo que acicatea a Quijano aquella luminosa mañana del mes de julio en que sale determinado a llenar el mundo de sus gloriosas acciones. Cuando aún no ha llegado el sol a esclarecer las sombras de la noche, va pensando consigo mismo y rumiando la sabrosura de la gloria. «Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera: "Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel"». (II, 1.ª).

Y no porque vaya Alonso Quijano hueco sobremodo y lleno de orgullo es por lo que piensa andar en estampa o en boca de las gentes, o acaso cantado por los poetas, sino porque ese sentimiento del honor y de la gloria lo abrigan solamente los pechos nobles y generosos, que al menguado o al que tiene cerrado y con sombras el horizonte del alma no le mueve nada. «Quiero decir, le dirá más tarde a Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó a Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? ¿Quién abrasó el brazo y la mano a Mucio? ¿Quién impelió a Curcio a lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón a César? Y con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los vale-

rosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mesmo mundo, que tiene su fin señalado».

Y dando a su escudero una hermosa lección de cristianas acciones y de auténtica grandeza moral, que no excluye el sueño por la gloria en medio de la humildad de quien no se enquillotra por nada, continúa:

«Así, ¡oh Sancho! que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana, que profesamos. Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama». (VIII, 2.ª)

Esa fama por la cual lucha el caballero es cosa que le trae tan ocupado pensando en ella, que no echa de ver que todos la buscan y la hallan por contrarios caminos, unos por la brillante senda de las letras, otros por la de las armas, otros por la de las dignidades eclesiásticas o los títulos de hidalguía, y todos por haberse señalado en trances de varia posición y fortuna, como será, por ejemplo, la de aquellos que se hicieron famosos por los caudales o hacienda que lograron en el comercio o por la herencia. Arrogante Don Quijote con el ejercicio de las armas a que ha dedicado su vida, quizá anda un poco injusto con don Lorenzo de Miranda, esclarecido con la lumbre de las letras y de la poesía:

«No sé, le dice, si he dicho a vuesa merced otra vez, y si lo he dicho lo vuelvo a decir, que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar a la inaccesible cumbre del templo de la Fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar a una parte la senda de la poesía, algo estrecha, y tomar la estrechísima de la Andante Caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas» (XVIII, 2.ª).

Qué bienes los que se consiguen, qué honra la que les viene a los caballeros cuando se ven como sublimados y remontados a los mismos cuernos de la luna por los que saben sus hechos heroicos, por ricos y pobres, por señores de título y por damas y princesas llevándoles a los palacios y teniéndolos como oro en paño, allí alabados, allá acogidos con amor y recibidos bajo arcos de triunfo, más allá enlabiados por preciosas doncellas y hermosas dueñas! En cuya comparación no es nada lo que gozan los reyes porque los caballeros gloriosos o que se han hecho insignes por la fama, viven en palacios encantados donde todo son perfumes y músicas suavísimas y galas y letificantes donaires. Por lo cual dice Don Quijote que «es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere a la corte de algún gran monarca ya sea el caballero conocido por sus obras; y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen, dando voces, diciendo: "Este es el caballero del Sol, o de la Sierpe, o de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas. Este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno, de la gran fuerza; el que desencantó al gran Mameluco de Persia del largo encantamento en que había estado casi novecientos años". Así que, de mano en mano, irán pregonando sus hechos, y luego, al alboroto de los muchachos y de la demás gente, se parará a las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino, y así como vea al caballero, conociéndole por las armas, o por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: "Ea, sús! Salgan mis caballeros, cuantos en mi corte están, a recibir a la flor de la caballería, que allí viene". A cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora

reina, adonde el caballero la hallará con la infanta, su hija, que ha de ser una de las más fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra a duras penas se pueda hallar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa más divina que humana, y, sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán, sin duda, a algún cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde, habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manto de escarlata, con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche cenará con el rey, reina e infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola a furto de los circunstantes, y ella hará lo mesmo, con la mesma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará a deshora por la puerta de la sala un feo, y pequeño enano, con una fermosa dueña que, entre dos gigantes, detrás del enano viene, con cierta aventura, hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará luego el rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada, además, por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es que este rey, o príncipe, o lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos días que ha estado en su corte) licencia para ir a servirle en aquella guerra dicha. Darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortésmente las manos por la merced que le face. Y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardín que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la había fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fiaba. Sospirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho, porque viene la mañana, y no querría que fuesen descubiertos, por la honra de su señora; finalmente, la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las

besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos o malos sucesos, y rogarále la princesa que se detenga lo menos que pudiere; prometérselo ha él con muchos juramentos; tórnale a besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida. Vase desde allí a su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase a despedir del rey y de la reina y de la infanta; dícenle, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta y que no puede recibir visita; piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazón, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera delante, halo de notar todo, váselo a decir a su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero, y si es de linaje de reyes o nó; asegúrala la doncella que no puede caber tánta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sujeto real y grave; consuélase con esto la cuitada; procura consolarse, por no dar mal indicio de sí a sus padres, y a cabo de dos días sale en público. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve a la corte, ve a su señora por donde suele, conciértase que la pida a su padre por mujer, en pago de sus servicios; no se la quiere dar el rey, porque no sabe quién es; pero, con todo esto, o robada, o de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque se vino a averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa. Muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero en dos palabras. Aquí entra luégo el hacer mercedes a su escudero y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado: casa a su escudero con una doncella de la infanta, que será, sin duda, la que fue tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal». (XXI, 1.ª).

Aquí ha llegado el caballero al fastigio extraordinario de la fama porque se ha casado con la hija de un rey. Con razón pelea Don Quijote por la fama y por mantener la honra y el brillo del nombre, que es cosa que debe desvelar, no que a un caballero, sino a todo el que sienta que le hierve en el corazón la sangre hidalga. Por la

honra pelea Marco Gutiérrez en el cerco del castillo de Aguilar, cuando acometido por Alfonso IX de León el año de 1177 y entrado por fuerza de guerreros encuentran desmayado de tánto menear las manos con coraje a su heroico defensor, que no se rinde sino porque le flaquean las fuerzas del cuerpo, que no la voluntad ni el espíritu alejandrado. Por la honra se repina hasta la inmortalidad aquel actuoso y gallardo defensor de Tarifa que, viendo a su hijo atado por los moros para degollarle si no entregaba la plaza que tenía por España y por el rey, exclama como lo cuenta el romance castellano:

No porque matéis mi hijo
Me tendré por deshonrado,
Antes con mayor esfuerzo
La defenderé doblado;
Que el buen alcaide no suele
La villa que el rey le ha dado
Entregársela a los moros,
Sin quedar despedazado.
Si queréis joyas de oro
Yo os las daré de buen grado,
Y si hay algún caballero
Que salga conmigo al campo,
Uno a uno, dos a dos,
Tres a tres o cuatro a cuatro.
Entraredes en Tarifa
Cuando me la hayáis ganado;
Y si le queréis matar
Véis ahí el puñal dorado.
Y diciendo estas razones
De los muros se ha quitado
Y después de poco tiempo
Grandes voces están dando:
Pensó que entraban los moros,
Que era caso desastrado.
Mirando por las troneras
Vio a su hijo degollado,
Que estaba ya casi muerto
Entre su sangre temblando;
Dícele desde la cerca,
Con semblante no alterado:
—Envidia te tengo, hijo,
En ver cuán pronto has llegado
A merecer tánta honra

Como hoy has alcanzado,
Por tu patria y por tu rey
Dejándome tan honrado.
Todos te alaben, mi hijo,
Que no debes ser llorado,
Sino envidiada tu muerte
Pues vas a eterno descanso.
Y diciendo estas razones,
De los muros se ha quitado.
Los moros que aquesto vieron
Sus reales luégo han alzado.

Guzmán el Bueno acrecienta su honra por el juramento que había prestado al rey de ser fiel a la patria y su bandera. Se cumple en él aquel hermoso concepto del *Romancero*:

Harto hace el caballero
Que guarda lo encomendado,
Y muere en la fortaleza
Donde lo han juramentado!

Infinitas son las historias que han dado alas a la pluma y a la fantasía de los poetas para declarar lo que vale la honra, como se podría probar si fuese yo a transcribir lo que ellas cuentan, ora de casos referentes a la guerra o de sucesos acaecidos en la paz, pues el honor llevaba a los caballeros a escenas en veces tan terribles como las que se leen en el *Romancero General*, donde se pondera como se debe lo que es el honor y los fueros que merece:

Gallarda empresa es la honra
No queráis más alto precio,
Pues donde aquesta se estima
No hay empresa de más precio,

dice uno de aquellos romances. Y otro afirma que

Del que vive deshonrado
Se debe tener pesare.

Y así

Más vale morir por buenos,
Que deshonrados vivir.

También dice Cervantes que «el hombre sin honra peor es que un muerto».

Fiel siempre a los dictados del honor y a los de la caballería, y resuelto a morir por ellos, Don Quijote es el símbolo y la esencia de

ese gran sentimiento que constituye la nobleza del hombre. Porque por la honra es uno bueno, y es liberal, y bien criado, y noble, y leal, y generoso, y valiente, y animoso, y todo cuanto puede hacerlo semejante a los dioses, quiero decir, que el hombre que aprecia la honra no se hallará jamás en los abismos porque vivirá en el ápice de la gloria. Y eso es lo mejor del alma de Don Quijote, el cual dice con orgullo: «Inclinado de mi estrella voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra».

Que, como el mismo Cervantes dice:

Marcela—La desventura mayor,
más espantosa y temida,
es la de perder la vida.
Don Antonio—Primero es la del honor.
(*La Entretenida*).

Conque, considerado el honor como la presea mejor que puede tener el hombre ante propios y extraños, así ante sus conterráneos como ante los que sólo de oídas conocen sus acciones, veamos ahora cómo supieron guardarlo nuestros padres. Aún parecen resonar en el bronco metal de las trompetas castellanas del siglo XII los versos con que en el poema de Mio Cid se narra la afrenta que hicieron los infantes de Carrión a las hijas del campeador y la solemne reparación y venganza que tomó éste de aquellos descastados por su honor y el de sus hijas mancillado.

Tal era el punto de honra que por sustentarla llegaban los caballeros a extremos de nobleza y generosidad que iban contra la propia seguridad de los que manifestaban tan altas virtudes, como aconteció en aquel hecho asombroso del Condestable don Alvaro de Luna que pinta tan al vivo las costumbres caballerescas del tiempo y que, relatado por Quintana, dice así:

«Solía el infante don Pedro, como mozo poco advertido, salir a una de las buitreras del castillo a tirar desde ella a los buitres. Algunos de la hueste del Condestable se determinaron a meterse en la buitrera por la noche, y allí atacar al infante a tiros de ballesta, y matarle si podían. Dijeron su pensamiento al Condestable antes de ponerle en ejecución, en la creencia de que quien con tanto ahinco deseaba combatir con los infantes tendría gusto en que de cualquier modo pereciesen. "No permita Dios, contestó él, que en la

hueste que yo gobierno se haga una alevosía semejante, y perezca por ello hijo de tan noble rey como fue el Rey don Fernando de Aragón. No penséis en tal cosa, y sabed que si las leyes de caballería permiten tomar venganza de sus enemigos en público rigor de batalla, no así por asechanzas cautelosas, donde la fuerza es salteada y la virtud no puede defender al que la posee". Con tales razones los despidió, y al punto envió, según se dice, a avisar al infante que tuviese más recato con su persona». (*Vidas de españoles célebres*).

Este acto de generosidad y de hidalguía es idéntico al que trae Tácito en el Libro II de sus *Anales*, donde dice que ha hallado escrito ante los escritores y senadores de aquellos tiempos que se leyó en el Senado una carta de Adgandestrio, General de los Cattos, en la cual prometía la muerte de Arminio si se le enviaba el veneno para ejecutarla; a lo cual le fue respondido que no era por el fraude ni por medios ocultos como el pueblo romano acostumbraba vengarse de sus enemigos, sino abiertamente y por las armas. *Reperio apud scriptores senatoresque eorumdem temporum, Adgandestrii, principis Cattorum, lectas in senatu litteras, quibus mortem Arminii promittebat, si patrandae neci venenum mitteretur; responsumque esse «non fraude neque occultis, sed palam et armatum populum Romanum hostes suos ulcisci»*. (Ann. Libro II, LXXXVIII).

Y en las campañas en que interviene el gran Capitán don Alonso Fernández de Córdoba son célebres los encuentros singulares de caballeros franceses y españoles que todo lo arrostran por mantener los fueros del nombre y la alteza de la fama, pues todo eso constituye el honor. «El Duque de Nemours, confiado en la superioridad de sus fuerzas, pensaba hostigar continuamente a los nuestros; y el hostigado era él mismo, teniendo que sufrir el desabrimiento de ver a los suyos casi siempre inferiores en las escaramuzas y reencuentros parciales que tenían, ya sobre forrajes y mantenimientos, ya sobre la posesión de los pueblos inmediatos a Barleta. Pero lo que más alentó los ánimos de los nuestros y abatió a los franceses, fueron los dos célebres desafíos que sucedieron entonces. El primero fue entre españoles y franceses. Confesaban los enemigos que el español les era igual en la pelea de a pie; pero decían al mismo tiempo que era muy inferior a caballo; negábanlo los españoles, y decían que en una y otra lucha llevaban ventaja a sus contrarios, como se estaba experimentando en los encuentros que dia-

riamente ocurrían. Vino la altercación a parar en que los franceses enviaron un mensaje a Barleta, proponiendo que si once hombres de armas españoles querían hacer campo con otros tantos de los suyos, ellos estaban prestos a manifestar al mundo cuán superiores les eran. El mensaje vino un lunes 19 de septiembre (1502) y se aplazaba para el día siguiente, con la condición de que los rendidos habían de quedar prisioneros. Aceptóse el duelo al punto: diéronse rehenes de una y otra parte para la seguridad del campo, y el puesto se señaló en un sitio junto a Arani, a mitad del camino entre Barleta y Viselo. Escogiéronse de los nuestros once campeones, entre los cuales el más célebre era Diego García de Paredes, que a pesar de tres heridas que tenía en la cabeza quiso asistir a aquella honrosa contienda. Diéronseles las mejores armas, los mejores caballos; nombróseles por padrino a Próspero Colonna, la segunda persona del ejército, y ya que estuvieron aderezados, el gran Capitán hízolos venir ante sí, y delante de los principales caudillos les dijo, que «no pudiendo dudar de la justicia de su causa y de cuán buenos y esforzados caballeros eran, debían esperar con certeza la victoria; que se acordasen que la gloria y la reputación militar no sólo de ellos mismos, sino la del ejército, la de la nación y la de sus príncipes, dependía de aquel conflicto, y por tanto peleasen como buenos, y se ayudasen unos a otros, llevando el propósito de morir antes que volver sin la gloria de la batalla».

«Todos lo juraron animosamente, y a la hora señalada salieron acompañados cada cual de su paje de armas, al lugar del desafío. Llegaron antes que sus contrarios, y luégo que estuvieron al frente unos de otros, los padrinos les dividieron el sol, y las trompetas dieron la señal del combate. Arremetieron furiosámente, y del primer encuentro los nuestros derribaron cuatro franceses, matándoles los caballos; al segundo los enemigos derribaron uno de los españoles, que cayendo entre los cuatro franceses que estaban a pie, y asaltado de todos ellos a un tiempo, le fue forzoso rendirse. A este punto un español mató a un francés de una estocada, y otro rindió a su contrario. Los dos que se habían rendido de una parte y otra se separaron fuera de la lid; cayó otro francés del caballo, y por matarle o rendirle todos los españoles cargaron sobre él, y todos los franceses arrebatadamente a defenderle. Heríanse de todos modos, con las hachas, con los estoques, con las dagas; la sangre les corría

por entre las armas, y el campo se cubría con los pedazos de acero que la violencia de los golpes hacía saltar en la tierra. Estremecíanse los circunstantes y esperaban dudosos el éxito de una lucha que tan tenazmente se sostenía. En esta tercera refriega los españoles mataron cinco caballos de sus enemigos, y éstos dos de los nuestros. Quedaban siete franceses a pie y dos a caballo, mientras que los españoles, siendo ocho a caballo y dos a pie, parecía que nada les quedaba ya sino echarse sobre sus adversarios para ganar la victoria. Acometieron pues a concluír la batalla; mas los franceses, atrincherándose entre los caballos muertos, flanqueados de sus dos hombres de armas que les quedaban montados, y asiendo de las lanzas que había por el suelo, esperaron a sus contrarios, cuyos caballos, espantados a la vista de los cadáveres, se resistían a sus jinetes y se negaban a entrar. Varias veces embistieron y otras tantas tuvieron que retroceder; entonces García de Paredes a voces les decía que se apeasen y acometiesen a pie, que él no podía hacerlo por las heridas que tenía en la cabeza; y al mismo tiempo arremetió con su caballo a aportillar la trinchera, y solo por gran rato estuvo haciendo guerra a sus enemigos. Estos se defendieron de él, y le hirieron el caballo tan malamente, que tuvo que retirarse por no caer entre ellos. Mientras él peleaba así, los franceses movían partido y confesaban que habían errado en decir que los españoles no eran tan diestros como ellos, y que así podrían salir todos como buenos del campo. A los más de los nuestros parecía bien este partido; mas Paredes no admitía ningún concierto: decía a sus compañeros que de ningún modo cumplían con su honra sino rindiendo a aquellos hombres ya medio vencidos; y mal enojado de que no siguiesen su dictamen, herido como estaba, perdida la espada de la mano y no teniendo a punto otras armas, se volvió a las piedras con las que se había señalado el término del campo, y empezó a lanzarlas contra los franceses. Parece al leer esto que se ven la lucha de los héroes en Homero y Virgilio, cuando, rotas las lanzas y las espadas, acuden a herirse con aquellas enormes piedras que el esfuerzo de muchos no podía mover de su sitio. Apeáronse, en fin, los españoles; y los franceses, viéndolos venir, volvieron a ofrecer el partido de que la cosa quedase así, y ellos saliesen del campo, quedándose en él los nuestros, y recogiendo para sí los despojos que estaban esparcidos por el suelo. Había durado la batalla más de cinco ho-

ras; la noche era entrada, y Próspero Colonna aconsejó a los españoles que su honor quedaba en todo su punto aceptando este partido. Hiciéronlo así, canjeáronse los dos rendidos uno por otro, y los franceses tomaron el camino de Viselo, los nuestros el de Barleta. Los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles más esfuerzo, y los franceses más constancia. Entre éstos se señaló mucho el célebre Bayardo, a quien se llamaba el "caballero sin miedo y sin tacha"; entre los nuestros los que más bien pelearon fueron Paredes y Diego de Vera». (*Vidas de españoles célebres*).

Tal parece estar leyendo no solamente a Homero y Virgilio, sino los mismos libros de caballerías y el mismo *Quijote* que nos habla por boca de su insigne manchego del inmortal Diego García de Paredes. Eran los tiempos en que éste desafiaba solo a un batallón de enemigos y en que un Fernando de Illescas, «habiéndole llevado una bala la mano derecha, cogió la bandera con la izquierda, y llevada ésta también, cogió la insignia con los codos, y así se mantuvo hasta que Gonzalo dio la señal de recogerse», hazaña sólo igualada entre los americanos por Abdón Calderón, el héroe de Pichincha.

Para que se vea a lo que obliga la honra será bueno recordar, en las guerras en que se hizo célebre Roger de Lauria, aquella acción extraordinaria, igual a la de Guzmán el Bueno, en que tanto como éste ganó fama de bravo y de leal el gran Roger de Sangeneto, pues «escarmentados y reducidos muchos pueblos y fortalezas, y arrojado de allí (Gaeta) el Conde de Artois, que había con un grueso ejército querido hacer frente a los nuestros, don Jaime se dirigió a la playa de Belveder para combatir el lugar, que era muy fuerte. Hallábase allí el señor de él, Roger de Sangeneto, que, habiendo sido antes prisionero del rey de Aragón, por medio del Almirante había conseguido sú libertad, haciendo homenaje de reducirse él y sus castillos a la obediencia del Rey, y dejando en rehenes para seguridad dos hijos que tenía. Pudo más con aquel caballero la fe jurada a su primer señor que el amor de sus hijos, y al punto que se vio libre siguió haciendo toda la guerra que podía desde sus posesiones. Fue pues combatido con el mayor tesón el castillo de Belveder; pero Sangeneto se defendía valerosamente, y con una máquina bélica que tenía en la muralla, dirigida contra la parte del real

donde se hallaba el rey, hacía en los sitiadores un estrago terrible. El Almirante, que asistía a don Jaime en toda aquella expedición, acudió entonces a uno de los medios condenados en todos tiempos por el derecho de gentes, y abominados de la humanidad y de la justicia. Armó una polea con cuatro remos, y puso en alto sobre ella al hijo mayor de Sangeneto, haciéndole blanco de los tiros de la máquina. Todos los triunfos de Roger de Lauria no bastan a cubrir la mancha que deja en su carácter semejante atrocidad, y todo su heroísmo se eclipsa delante de la entereza de aquel infeliz padre, que, sordo entonces a los gritos de la sangre, mandó esforzadamente que la máquina siguiese su ejercicio. Cayó el mozo inocente a la violencia de un tiro, que le dividió en dos partes la cabeza, y parece que su desgracia despertó en el bárbaro Roger algunos sentimientos de virtud. El cadáver, cubierto con una rica vestidura, fue enviado al padre; y don Jaime, no queriendo perder más tiempo delante de aquella fortaleza, levantó el sitio y envió a Sangeneto el otro hijo que tenía en su poder». (*Vidas de españoles célebres).*

Esto, como lo de Guzmán el Bueno, puede mostrar increíble sangre fría; mas ¿qué no puede el caballero cuando está por medio el honor que hace que así se enflaquezcan y debiliten los sentimientos humanos y se huelle la misma sangre de los hijos cuando la manda el cumplimiento del deber? ¿Y por qué no, si como dice Carducci, todo tiene remedio, menos la deshonra? *A tutto si remedia, fuor che al disonore. (Confessioni e bataglie).*

Igual a estos hechos heroicos de Guzmán el Bueno y Roger de Sangeneto es el sublime en que se señaló con lumbres de gloria ante la posteridad el gran General don José Moscardó e Ituarte en la última guerra civil española, cuando sitiado el Alcázar de Toledo por las fuerzas de los Generales Pozas, Riquelme y Rojo, es conminado por teléfono el heroico defensor del Alcázar para que lo entregue so pena de que, si así no lo hace, sea sacrificado su hijo don Luis Moscardó Guzmán, que se halla en poder de las tropas rojas. Día grande para la patria española es ese 23 de julio de 1936 en que el hijo sacrificado por el honor de España aparece tan grande como su padre. Mas como sea mejor dejar hablar al héroe, transcribo sus palabras y el diálogo que pasó entre los protagonistas de

uno de los dramas más espantosamente sublimes, si es lícito emplear esa aparente paradoja, de la historia del mundo:

«El día 23 de julio por la tarde sonó el teléfono, pidiendo hablar conmigo. Me pongo al aparato, y resulta ser el Jefe de Milicias de Toledo, quien, con voz tonante, me dijo: "Son ustedes responsables de los crímenes y de todo lo que está ocurriendo en Toledo, y le doy un plazo de diez minutos para que rinda el Alcázar, y, de no hacerlo, fusilaré a su hijo Luis, que lo tengo aquí a mi lado".

Contesté: "No creo".

Jefe de Milicias.—"Para que vea que es verdad, ahora se pone al aparato".

Hijo.—"¡Papá!"

Yo.—"¿Qué hay, hijo mío?"

Hijo.—"Nada; ¡que dicen que si no te rindes me van a fusilar!".

Yo.—"Pues encomienda tu alma a Dios y muere como un patriota, dando un grito de ¡Viva Cristo Rey! y ¡Viva España!"

Hijo.—"Un beso muy fuerte, papá!"

Yo, al Jefe de Milicias.—"Puede ahorrarse el plazo que me ha dado y fusilar a mi hijo, pues el Alcázar no se rendirá jamás!"»

Ambos héroes, padre e hijo, entran a las páginas de la historia, y el mundo se ilumina de inmortales resplandores mientras en los sótanos del Alcázar suenan cantos de triunfo mezclados al llanto corajoso del padre, al par que se oyen los gemidos de los niños que han nacido allí de madres que les muestran al alumbrarles al mundo los fastigios de la gloria!

Esa es la honra, pues como dice hermosamente Ruiz de Aguilera,

> No arrojará cobarde el limpio acero
> mientras oiga el clarín de la pelea,
> soldado que su honor conserve entero.

¿Qué cosa más agobiadora, pregunta Bacon en sus *Ensayos*, que la mala fama? E, igualmente, ¿quién puede ver peores días que el que, viviendo aún, se ve obligado a presenciar los funerales de su propia reputación? *What is more heavy than evil fame deserved? Or likewise, who can see worse days, than he that yet living doth follow at the funerals of his own reputation?* (*Bacon, Essays*, página 25).

Por eso dice ese libro divino, como inspirado por la misma Sabiduría infinita, que se llama *El Eclesiástico*: «Tén cuidado de tu

buena reputación, porque ésa será tuya, más establemente que mil grandes y preciosos tesoros». «La buena vida se cuenta por días; pero el buen nombre permanecerá para siempre». (*Curam habe de bono nomine: hoc enim magis permanebit tibi, quam mille thesauri pretiosi et magni. Ecclesiastici,* c. XLI, v. 15. *Bonae vitae numerus dierum: bonum autem nomen permanebit in aerum.* Ibíd, v. 16. Que es el buen nombre, según dice la misma Escritura Sagrada, a la manera de un ungüento fragante: *Nomen bonum instar unguenti fragantis.*

Así que quien salió al campo a combatir y tuvo la honra por meta de sus acciones, ese tal llegó a la cumbre de la fama y de la gloria, pues, como dice Cervantes: «La honra y las virtudes son adornos del alma». Y para volver a emplear las palabras divinas, dice el Sabio en el *Eclesiastés:* «Más vale la buena reputación que los más preciosos perfumes» (*Melius est nomen bonum, quam unguenta pretiosa.* C. VII, v. 2). Y también en los *Proverbios:* «Vale más el buen nombre que muchas riquezas: la buena reputación es más estimable que el oro y que la plata». (*Melius est nomen bonum, quam divitiae multae: super argentum et aurum, gratia bona. (Proverb.* CXXII, v. 1).

Es el buen nombre como un prado cencido y apacible en que se regodea la vista con la amenidad y vario color de las flores y el sentido se goza con la suavidad de los perfumes. Tal la vida del hombre a quien sigue, como a la flor, la fragancia exquisita del buen nombre, que no se adquiere sino por hechos heroicos o acciones honradas o virtudes. Muchas cosas podría agregar a las que trae la Escritura Divina, sino que temo hacerme fastidioso. Recordaré solamente que, según Guevara, «las cosas que tocan a la guerra, halas de determinar el rey; las que tocan a la república, la ley; las que tocan a la conciencia, el confesor; las que tocan a la hacienda, la justicia; mas las que tocan a la honra, no otro sino la lanza; porque si es justo que los pecados se lloren, no será injusto que los testimonios se castiguen». (*Epístolas familiares*). Así sentían nuestros padres el punto de honra, pues para ellos, como para Diego de San Pedro, «las cosas de honra deben ser claras», porque, según afirmaba también el gran Quevedo, «aquel hombre que pierde la honra por

el negocio, pierde el negocio y la honra» (Quevedo, *Marco Bruto).* Y Cadahalso opina igualmente que «entre ser hombre de bien y no ser hombre de bien, no hay medio; si lo hubiera, no sería tánto el número de los pícaros» (*Cartas Marruecas).*

De ahí que luchasen como valientes prefiriendo morir en la demanda antes que perder la honra, por lo cual decía Tirso:

> Cuando la reputación
> Corre riesgo, en su defensa
> La vida ha de aventurarse.
>
> *(Privar contra su gusto).*

Ese es el honor que caracteriza todos los tiempos de la historia de España y, especialmente, el siglo de oro de su literatura, según puede verse, por no citar sino el teatro, en las comedias de Lope como *El castigo sin venganza, El toledano vengado, Los comendadores de Córdoba, La locura por la honra, Siempre ayuda la verdad,* de Tirso; *El pintor de su deshonra, A secreto agravio secreta venganza, El médico de su honra,* de Calderón, y otras de los mismos autores como *Fuente Ovejuna, El mejor Alcalde el Rey, Peribáñez* y *El Comendador Mendoza, El Alcalde de Zalamea, El Príncipe Constante,* etc.

Pues ¿qué no ha hecho Cervantes por exaltar el honor? Aún pasea los perfumados vergeles del *Quijote,* aún vaga por aquellas selvas de Sierra Morena, en compañía de zagalas, llena de encantos y de gracias la hermosa, la bella, la discreta, la sin par Marcela, por quien andaba perdido de amores y por eso se suicidó el pastor Crisóstomo, al cual desamó ella porque no era deseosa de amar, «¿Por qué queréis, les dice a los pastores que la escuchaban, que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decía que me queréis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más, que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo: que, tal cual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa: que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado o como la espada aguda: que ni él quema ni ella corta a quien

a ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intención de aquel que, por sólo su gusto, con todas sus fuerzas e industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos; los árboles destas montañas son mi compañía; las claras aguas destos arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Crisóstomo, ni a otro alguno, en fin, de ninguno dellos, bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad. Y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada a corresponder a ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad, y de que la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: ¡mirad ahora si será razón que de su pena se me dé a mí la culpa! Quéjese el engañado; desespérese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas; confíese el que yo llamare; ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elección es excusado.... Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres?.... La conversación honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera». (XIV, 1.ª).

No se puede dar nada más bello para que aún siga robándonos el corazón, aunque nos mate, la ceñosa pastora Marcela. ¿Y no se hace amar también, a su modo, doña Clara de Viedma, la hija del Oidor Ruy Pérez de Viedma, que con su padre venía a las Indias a la Audiencia de Méjico, tan recatada y discreta por la honra a pesar de sus pocos años y tan amada hasta el delirio por don Luis? Hasta la misma Claudia Jerónima, la desposada con Vicente Terrellas, que va a buscar el amparo y defensa de su honra ante el propio Roque Guinart, nos mueve a amarla. Todas esas doncellas pasan ante nosotros en las páginas del *Quijote*, calla callando, pero hablándonos, sin embargo, con un lenguaje tan elocuente, que nos parece verlas y sentirlas a nuestra vera con sus solazosos donaires.

Pero volviendo a Don Quijote, él vive siempre luchando por el imperio del honor, pues dice: «Soy enemigo de que se quite la honra a nadie». (XVII, 1.ª). Por eso no quiere quitársela a Maritornes contando que vino a verle la noche de la amorosa cuita que la llevaba a vistas con el arriero, sino que apenas tuvo entre sus brazos a una altísima princesa; y por eso, encandecido sobremanera al decir Cardenio que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba abarraganado con la reina Madásima, vuelve por el honor vilmente ultrajado de aquella señora, diciendo: «La reina Madásima fue muy principal mujer, y no se ha presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco» (XXIV, 1.ª). Y hablando después con Sancho le dice: «A fe que si tú supieras, como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madásima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron. Porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat que el loco dijo fue un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico a la reina; pero pensar que ella era su amiga es disparate, digno de muy gran castigo».

Volvía en esto Don Quijote por la honra de una dama, que es cosa que no tienen en cuenta algunos descastados que entran a saco en la reputación de las señoras y de las doncellas abajando su buena fama y dando muestras sólo, ellos los echacantos y deslenguados, de su condición plebeya y desalmada. Que si hay algo que debemos

tener en precio es el honor de la mujer, fuente de la vida, consuelo en nuestros pesares, arrimo de nuestro corazón, tesoro de delicias, manantial de alegrías y piélago de todas las dulzuras, porque, si hemos tenido madre, eso quiere decir que hemos tenido el cielo y la felicidad en la tierra. De ahí que Don Quijote, tan gentil como caballero y tan buen caballero como señor, dijera en frase que será eterna: «Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero a volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean». (XXV, 1.ª). Nunca por nunca debe el hombre poner lengua en el honor de la mujer, porque nació de ella, que del juzgamundos y hablanchín todos deben huír como se huye de una sierpe venenosa.

Consejos tales sobre el honor son los que escucha el escudero de labios de su señor, ora sea cuando éste se opone a que trueque Sancho su asno por el que había dejado el vencido barbero que, en opinión de Don Quijote, llevaba el yelmo de Mambrino, ora cuando en medio de las asperezas de Sierra Morena encuentran una maleta con escudos de oro y dice Don Quijote: «Vente ahora tras mí poco a poco, o como pudieres, y haz de los ojos lanternas; rodearemos esta serrezuela: quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual, sin duda alguna, no es otro que el dueño del hallazgo. A lo que Sancho respondió: Harto mejor sería no buscarle; porque si le hallamos y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituír; y así, fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor; y quizá fuera a tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacía franco. Engáñaste en eso, Sancho —respondió Don Quijote—; que ya que hemos caído en sospecha de quién es el dueño, cuasi delante, estamos obligados a buscarle y volvérselos; y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese. Así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que a mí se me quitará si le hallo» (XXIII, 1.ª).

Si alguna vez parece contradecir la conducta de Don Quijote a los dictados del honor es aquella en que se sale de la venta sin pagar el valor de la posada; mas si se consideran los fueros de la andante caballería y los agasajos y preeminencia debidos a los caballeros, vendremos a entender que no se apartó un punto Don Quijote de los menesteres de la honra, pues no se salió de la venta a hurtadillas,

sino en presencia del ventero y después de haberle dado las gracias por el alojamiento y díchole como sigue: «Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo a agradecéroslas todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar en faceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden y vengar a los que reciben tuertos, y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla; que yo os prometo por la orden de caballería que recibí de faceros satisfecho y pagado a toda vuestra voluntad. — El ventero le respondió con el mesmo sosiego: —Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen. Sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus bestias como de la cena y cama.—Luégo ¿venta es ésta? —replicó Don Quijote.—Y muy honrada —respondió el ventero.—Engañado he vivido hasta aquí —respondió Don Quijote—; que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es ansí que no es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por agora es que perdonéis por la paga; que yo no puedo contravenir a la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, a pie y a caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos a todas las inclemencias del cielo y a todos los incomodos de la tierra. —Poco tengo yo que ver en eso—respondió el ventero—; págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías; que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.—Vos sois un sandio y mal hostelero—respondió Don Quijote.—Y poniendo piernas a Rocinante y terciando su lanzón, se salió de la venta, sin que nadie le detuviese, y él, sin mirar si le seguía su escudero, se alongó un buen trecho». (XVII, 1.ª).

Bien es verdad que pagó el ablandabrevas de Sancho, con la pesada zumba del manteamiento, lo que había dejado de pagar su se-

ñor, y Don Quijote se fue con el honor incólume en virtud de los privilegios de la caballería, y siguió conservándolo todos los días de sus maravillosas aventuras hasta el de su muerte, porque, aunque vencido por el Caballero de la Blanca Luna en la aciaga playa de Barcelona con ocasión de ponerle éste la lanza sobre el rostro para que confesase que Casildea de Vandalia era más hermosa que la misma emperatriz de la Mancha, respondió, resuelto a que le matase, de esta manera: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: apriéta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra». (LXIV, 2.ª).

Frase solamente igualada por esta otra de Esquilo: «Si ha de venir el desastre, que sea sin mengua de la honra: que el honor de un hombre es la sola ganancia que le queda en la muerte, pues no dirás que hay gloria en lo que, siendo una desdicha, constituye además una vergüenza».

Hé aquí la honra, y la honra que lleva hasta la muerte, hasta la gloria, hasta la inmortalidad.

Tal parecería a quien no considerase la grandeza de ese caballero tendido de espaldas en la arenosa playa, que en él ha muerto la esperanza o que, con la confesión de su derrota, habrá de entregarse a la melancolía como quien, destituído de todo humano socorro, privado de toda luz, ve que el cielo se le cubre de sombras y se le pone el sol de la alegría cuando más necesitado estaba de su luz y su calor. Mas no es ese Don Quijote de la Mancha, sino el caballero del esfuerzo y del ideal, el cual ha de decirle a la muerte misma: ¡oh muerte, seré tu muerte porque me darás la vida! Así, la muerte que se cierne sobre la cabeza del hombre grande no es sino la vida que le espera. Ella es el heraldo de una feliz resurrección.

EL TRIUNFO DEL IDEAL EN EL «QUIJOTE»

Voy a entonar ahora un himno de júbilo, un epinicio al ideal de Don Quijote, al triunfo de su espíritu, a Don Quijote vencido y reducido por un momento a la impotencia, pero luégo vencedor de sí mismo, porque tendido está de espaldas, cara al sol, en aquella playa de Barcelona, con el enemigo encima que le ha puesto la lanza

sobre el rostro para hacerle confesar lo que no lograrán todos los enemigos ni el mismo infierno que se lo mandase, es a saber: que Casildea de Vandalia es más hermosa que Dulcinea del Toboso.

Ha caído el insigne manchego en una pasajera acometida de la mala fortuna, pero ha caído con honra aunque crea que la perdió; que no ha sido así porque cayó en la refriega sosteniendo lo que hasta ahí ha dicho: que en punto de hermosura y gentileza, en lo tocante a gracias y perfecciones, ninguna otra mujer ha podido compararse jamás a la excelsa reina del Toboso. Si pide al vencedor Caballero de la Blanca Luna que le quite la vida, pues le ha quitado la honra, es porque no ha caído en la cuenta de que sucumbió manteniéndola, pues más triunfos, más coronas merece el caballero que luchó por ella hasta la muerte que no el que salió corriendo por cobarde.

«Eso no haré yo, por cierto —dijo el Caballero de la Blanca Luna—; viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla». (LXIV, 2.ª).

Y pues Don Quijote ha peleado por la honra, quiere ahora seguir en la demanda cumpliendo por ella y su palabra de caballero las condiciones del armisticio.

Tal como se ha presentado ese momento de la amarga realidad de la vida, en la cual hay horas dulces y felices al par de otras que son cerrazón de dolores y amarguras, parece que hubiese perdido la esperanza y que sólo tuviese campo abierto para el abatimiento y para el llanto. Mas no es así, como luégo lo veremos. Hay momentos en que el cielo se nubla y el horizonte no muestra una ceja de luz; en que la tierra se abre bajo nuestros pies como si quisiese tragarnos; en que ya no suenan músicas festivas sino tristes endechas o cantos funerales; en que los ríos no llevan sus linfas cristalinas ni los pájaros cantan sus mejores trinos, ni las serenatas expresan versos de amor, ni las fuentes corren con su líquida plata, embelesando el oído con su murmurio, ni la naturaleza nos regocija con su pompa, porque todo se pára triste y como sombrío, y hasta el cielo, que antes nos favorecía y suavizaba con su rocío, nos llue-

ve con lanzas de furia. Son los instantes de la contradicción en que todo parece que conspira para abatirnos y vencernos, desde los amigos y compañeros que antes partían migas con nosotros, hasta las propias guijas del camino que parece que vuelan en el aire para apedrearnos. Y la contradicción, la amargura y el dolor se experimentan entonces por todo lo que nos rodea: ya son los enemigos que estrechan más el cerco al real y castillo de nuestras esperanzas, ya los envidiosos que quisieran vernos por los suelos, ora los ansiosos de gloria y distinción que pugnan por pasar sobre nosotros como si fuésemos despojos de la vida o de la suerte, ora los simples mohatreros o caballeros de industria, o los pelagallos y zurriburris que por doquiera nos buscan, ora los yangüeses que nos salen al paso, como si hubiésemos de medirnos con ellos y no con los señores y gentes de bien. Tal como se aparece entonces el cielo nos provoca escondernos a su luz e irnos a los profundos abismos para rumiar nuestra melancolía. Mas eso lo harán los necios y parapoco, que no los que han nacido para llevar enhiesta la cabeza sobre los hombros, el pecho erguido y el ánimo altanero y la voluntad más tiesa que una lanza, puesta siempre la mira en las alturas y en la augusta grandeza de las cumbres. De pechos mezquinos es abatirse en las desgracias o reveses de fortuna; de almas grandes y corazones valientes el pararse mejor sobre las ruinas para levantar el alcázar majestuoso de las ilusiones. Yo sólo sé que cuanto más agudos sean los dardos que se me lancen, más fuerte habrá de ser la coraza de bronce de mi pecho y el escudo de mi voluntad para resistirlos, y que sobre el tropel de enemigos andará más flamante, meciéndose a los vientos, el airoso penacho de plumas de mi almete guerrero; que no nací para llorar como Boabdil la pérdida de ninguna Granada, ni para podar desconsuelos llorándolos, sino para enfrentarme como mi legítimo tatarabuelo por la línea materna de mi padre, don Sebastián de Benalcázar, a las flechas de los enemigos y para abrirme campo, tras los huracanes y el aquilón desatados, hacia El Dorado de mis ilusiones y hacia los cielos azules del espíritu. Que si no fuese porque llevo la mente con centelleos de lumbres infinitas me abatiría llorando con los menguados los golpes de la vida sin pararlos con el alma más recia que un acero toledano para luchar, para resistir el temporal y para vencer.

Así, pues, quien haya caído, levántese; quien se mire en mil bajíos, no se descorazone; quien se vea humillado, ensoberbézcase, que ante sólo Dios ha de andar el hombre pecho por el suelo; quien se considere pobre créase rico y potentado de gracias espirituales siquiera; quien vea el cielo negro sepa que luégo ha de brillar el sol más esplendoroso, y quien tema la muerte crea que tras ella está la vida perdurable. Yo sólo sé que aun en aquel trance terrible he de mirarla, ni sé si con ojo zahareño o retador, pero en todo caso sin miedo a sus dolores, porque más allá de sus riberas me estará mirando una estrella, que es la Virgen de las vírgenes, y un sol que es el de mi Dios, el sol de mi esperanza. Así que ni en la muerte debemos rendirnos; que si ella fuese realmente la muerte, estaríamos perdidos y no habría esperanza de resurrección; mas no será sino la vida y la inmortalidad, con el auxilio de Dios.

Grandeza, valor, energía, entusiasmo, acción, coraje, esfuerzo y bizarría es lo que necesita el hombre para llegar a las alturas, y no pequeñez, ni bajeza, ni ruindad, ni debilidad, ni inacción, ni cobardía, ni apocamiento, que con esto no logrará salir del abismo en que se halle.

Hé aquí la lección que va a darnos el caballero manchego después de su vencimiento por el de la Blanca Luna. Lección de grandeza y de los más bellos ideales, lección de valor y de coraje para seguir luchando en la vida por la más brillante lumbre del espíritu.

Los primeros días, como suelen ser todos los que siguen al momentáneo eclipse y apagamiento de las ilusiones, se pone el sol de la alegría en el espíritu de Don Quijote y todos sus sueños se deshacen como el humo, pues llevado en silla de manos a la ciudad, porque no se podía mover a causa de la violencia del golpe que había recibido, estuvo seis días en casa de don Antonio Moreno, su huésped, acostado en el lecho, «marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento» (LXV, 2.ª).

A buena ventura no le falta en esa congoja la voz cariñosa de su escudero, que le alienta y consuela diciéndole:

«Señor mío, alce vuesa merced la cabeza y alégrese, si puede, y dé gracias al cielo que, ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al

médico (pues no lo ha menester para que le cure en esta enfermedad), volvámonos a nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidoso, aunque es vuesa merced el más mal parado. Yo, que dejé con el gobierno los deseos de ser más gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey, dejando el ejercicio de su caballería; y así, vienen a volverse en humo mis esperanzas.

—Cálla, Sancho, pues ves que mi reclusión y retirada no ha de pasar de uñ año; que luégo volveré a mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane, y algún condado que darte.

—Dios lo oiga —dijo Sancho—, y el pecado sea sordo; que siempre he oído decir que más vale buena esperanza que ruin posesión» (LXV, 2.ª).

Lo único que consuela en esos momentos al caballero es pensar que la suspensión de sus andanzas y aventuras no ha de pasar de un año para volver con más ánimo y con sangre nueva a buscar el camino por donde se hizo famoso, aunque, si bien se mira, todo será acicate a su dolor mientras dure el tiempo de su prisión, que por tal ha de tenerse el hallarse inactivo en medio de una ciudad que le incita y convida al esfuerzo y a la lucha. Así, cuando al salir de Barcelona vuelve los ojos a mirar el sitio donde había caído, dice: «¡Aquí fue Troya! Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse!»

Pero también aquí toma la mano la misma cordura —pues ahora no la tiene Don Quijote— para decirle, por boca de Sancho, lo siguiente:

—Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de a pie, no estoy triste; porque he oído decir que esta que llaman por ahí Fortuna es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo, ciega, y así, no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba, ni a quién ensalza.

—Muy filósofo estás, Sancho —respondió Don Quijote—; muy a lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es

que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos, y de aquí viene lo que suele decirse: que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía; pero no con la prudencia necesaria, y así, me han salido al gallarín mis presunciones; pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme, en fin; hice lo que pude; derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder, la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y agora, cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos a tener en nuestra tierra el año de noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca por mí olvidado ejercicio de las armas» (LXVI, 2.ª).

Un año que se irá conversando con los parroquianos será un año muerto para las promesas de la caballería; en cambio, cuántas ilusiones se abrirán como flores nuevas en los prados del pensamiento y en los vergeles de la fantasía! ¡Qué lumbre nueva va a encenderse ahora en el pensamiento hazañoso de Don Quijote! La luz de un ideal apacible y tranquilo, que rimará con el rumor de las fontanas y se solazará con la compañía de los árboles del bosque y con las frondas del soto y la verdura de los campos amenos y conversará con los habituales pobladores de las sombrías florestas y los ríos sonorosos.

Cuando va todavía camino de su pueblo le salen al paso, en un lugar donde llegan, a la puerta de un mesón, algunas gentes que allí se estaban holgando, para proponerle una cuestión que Sancho resuelve a su manera; pero Don Quijote declara que no puede detenerse un punto porque pensamientos y sucesos tristes le obligan a parecer descortés, él que es la flor y nata de la cortesía, y a caminar más que de paso. Más adelante se encuentra con el lacayo Tosilos, a quien había vencido en la estacada del castillo de los Duques, no hace caso de lo que el mozo le dice y, entre pensamientos desastrados y pesarosos que lleva por su vencimiento, le avienen otros dulces como el de creer que le había amado Altisidora; y

cuando llega al mismo sitio en que le habían atropellado los toros, dirigiéndose a Sancho le dice:

«Este es el prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar e imitar a la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, a cuya imitación, si es que a ti te parece bien, querría, ¡oh Sancho!, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo *el pastor Quijotiz*, y tú *el pastor Pancino*, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, a pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos» (LXVII, 2.ª).

Mirad cómo Don Quijote, vencido y acobardado por la que había reputado pérdida de su honra, busca ahora el camino del triunfo cambiando transitoriamente el ideal de sus aventuras por otro u otros que cautiven su corazón y le hagan ver el alcázar de la ilusión. Aquí es donde podemos ver cómo, perdido un ideal para el hombre grande, fracasado su amor a una empresa, los busca en otra por donde cree que ha de hallar la paz y bienandanza del alma.

Duro y trabajoso es el camino de la gloria; quien no la consiguió por un camino ha de intentarlo por otro, sin desmayar, que por éste o por aquél, ahora salga con la suya, ahora fracase, ya ande alegre, ya contribulado, será el esfuerzo y la tenacidad su mérito y corona. De esa manera hemos de considerar que si una puerta se nos cierra otra se nos abrirá muy ancha quizá para conducirnos a la meta ambicionada. El toque está en tener el ánimo sereno, alteza de intenciones, energía de voluntad, que aunque acometieren endragonidos follones y salieren al paso vestiglos y llovieren contradicciones y se esforzaren los envidiosos y pugnaren por abarrajarnos los enemigos, al cabo, al cabo habremos de sujetarlos a todos

y ponerlos bajo nuestro arbitrio y poderío. Mucho puede la envidia y mucho la mala intención; mas el brazo fuerte y el pecho valeroso se abren camino por entre las mismas huestes apretadas de los más resueltos contrarios.

He aquí la provechosa lección que nos da el inmortal Cervantes en su héroe y caballero manchego: que vencido en una empresa resucita a la postre de sus morriñas y pesadumbres y mira hacia lo alto, donde resplandecen las estrellas de las divinas ilusiones, y ve, rodeado de vergeles y jardines, un nuevo castillo de ensueño que será el ejercicio pastoril.

¡Qué vida la que va a presentarse para la actividad y entusiasmo del caballero! El cual no se llamará ya Don Quijote de la Mancha, ni el Caballero de la Triste Figura, ni el de los Leones, sino *el pastor Quijotiz*, su escudero *el pastor Pancino*, el coscón o socarrón de Carrasco *el pastor Carrascón* o *Sansonino*, el barbero Nicolás *el pastor Niculoso* y hasta el cura que habrá de acompañarles por las florestas *el pastor Curiambro*, sin que sea mengua para ellos que les siga también la mujer de Sancho con el nombre de *la pastora Teresona*, con ese aumentativo, a causa de ser un tanto gorda, carirredonda y de flojas mantecas. Mas todos cantarán sus ilusiones al son de rústicos albogues y caramillos, o de alegres panderos, o entonados rabeles, y tendrán amores y enlabiarán a sus damas, si no el cura que, por ser persona sagrada, les dirá la misa ante los troncos de las encinas o les hará rezar de cuando en cuando, tras una endecha o una silva, o una canción desesperada como la de Crisóstomo, devotas oraciones al caer la tarde tras los cerros lejanos, con lo que saludarán en aquella hora mortecina de la luz, a la estrella que anuncia el imperio de la noche, o acaso por las mañanas cuando suba Febo radiante por la comba del cielo azul y sin nubes. Y todo será paz, todo alegría, todo felicidad, todo músicas y cantares, orillas de los ríos cristalinos donde saldrán a acompañarles las náyades y dríadas, o bajo la espesa techumbre de la arboleda en que perecerán de amores los faunos y los sátiros viendo cuán hermosas doncellas no pueden ellos recuestar porque han de ser de aquellos afortunados pastores que las tienen como lelas y desmayadas al blando aliento de sus amorosas canciones. Allí será el danzar sobre el verde césped de los prados florecidos, entrelazadas las manos con las de sus pastoras, como en los mismos coros de

las Gracias, alternando con pie igual y cantando el epinicio de la vida y de la juventud, ora sea a la luz del mediodía o ya bajo la luna llena cuando, como dice Horacio, conduce Venus Citerea sus coros, y las Gracias bellas, unidas a las ninfas, bailan golpeando la tierra cadenciosamente:

Jam Cytherea choros ducti Venus, inminente luna,
Junctaeque Nymphis Gratiae decentes
Alterno terram quatiunt pede.....

(Hor. *Ad. Sestium*, 5-7).

Ponderará algún zagal la belleza de su ninfa poniéndola en boca de todas las deidades de las campiñas, como lo hace Plácido de Aguilar en los *Cigarrales de Toledo*, de Tirso, de esta manera:

Cuantos árboles guardan hamadryas,
Bosques dríades, hénides los prados,
Náyades de cristal las fuentes frías,
Napeas fugitivas los collados,
Oréades las granjas y alquerías,
Potámides los ríos desatados,
Envidian de la ninfa la belleza,
En quien se desveló naturaleza.

Por aquellos campos no habrá tristezas, salvo acaso que algún pastor se lamente de desdenes o de ausencia de su Galatea, sino risas, juegos, alegrías, deliciosas verbenas y zahoras y moragas sobre la muelle alfombra de los prados, baños en las frescas aguas de los ríos para pesar de sátiros envidiosos, cuentos más sabrosos y menos maliciosos que los del *Decamerón*, ingeniosos acertijos y joviales zumbas, como los piden los mozos y los han menester las inocentes zagalejas. Todo allí al par de los trinos de los pájaros y del zumbar de las abejas, será ruido y algazara y constante zambra donde soltará las lenguas y alborozará los corazones el vino añejo de los toneles para contento y entusiasmo de Baco, el cual ha de andar por allí coronado de pámpanos y yedra como en los versos de Anacreonte.

Templará entonces su rabel un pastor y se pondrá a cantar, recordando los hexámetros de Teócrito, sobre el amor de aquel que cuenta los hechizos de su Amarilis: «Ahora conozco el amor, que es dios poderoso; pues se alimentó a los pechos de una leona y le nutrió su madre en las florestas y él me consume y penetra hasta el

fondo de los huesos. ¡Oh hermosa ninfa de las cejas negras, abráza a tu cabrero para que él te bese! ¡Que hasta en los vacuos besos hay una encantadora dulzura!»

Y tal vez, en medio del gusto de esas locas orgías, se oirá la voz del viejo Anacreonte; de quien dice Horacio que lo que él escribió como jugando no lo borró el tiempo; porque aún respira el amor de la poetisa de Eolia y aún viven los fuegos que ella confió a su lira:

Nec, si quid olim lusit Anacreon,
Delevit aetas; spirat adhuc amor
Vivuntque commissi calores
Aeoliae fidibus puellae.
(Hor. Od. IX, *Ad Lollium*, 9-12).

«Si estoy destinado a morir, ¿de qué me sirve el oro? He nacido para beber un dulce vino, para parlar con mis amigos y en muelle lecho finar con Afrodita».

«Bebamos un suave vino y cantemos al divino Baco».

«Antes que llegue la muerte jugaré, reiré, bailaré con el hermoso Lieo».

«Cuán bello es vagar por las verdes praderas donde suspira el aura del Céfiro, ver los sarmientos de la vid, reclinarse bajo sus hojas teniendo una tierna muchacha que toda respira amor».

«Amo los coros del festivo Dioniso, quiero pasar la noche tocando la lira en compañía de efebos complacientes, pero más que todo jugar con las doncellas entrelazando a sus sienes coronas de jacintos; mi corazón no conoce la envidia asesina; huyo el dardo inane de la lengua del hombre maldiciente; odio las querellas que se suscitan por el vino. Una vida de lascivos convites, de fiestas y banquetes, con florecientes muchachas, danzando al son de la lira, será la vida agradable que llevaré».

«Mezclemos con vino la rosa de los amores; bebamos sonriendo y adaptando a las sienes la rosa de los amores».

Se acordará algún otro pastor de Horacio y recitará entonces estos versos: «Así, oh Planco, acuérdate, como sabio, de poner fin a la tristeza y a los trabajos de la vida con un vino dulce».

.....sic tu sapiens finire memento
Tristitiam vitaeque labores
Molli, Plance, mero.....
.....
(Hor. Od VI, *Ad Munatium Plancum*, 17-19).

«¡Oh varones fuertes que habéis sufrido a menudo conmigo peores pruebas, arrojad ahora con el vino los cuidados!».

O fortes pejoraque passi
Mecum saepe viri, nunc vino pellite curas.

(Id. 30 31).

«Guárdate de investigar lo que haya de suceder mañana y considéra como una ganancia cualquier día entre los que te dé la fortuna; mientras que seas joven no desprecies los dulces amores, ni las danzas, mientras que esté lejos de ti, en el verdor de tus años, la tarda canicie».

Quid sit futurum cras, fuge quaerere, et
Quem fors dierum cumque dabit, lucro
Appone, nec dulces amores
Sperne puer neque tu choreas,
Donec virenti canities abest
Morosa.....

(Hor. Od. VIII, 13-18).

«Dáme una copa, esclavo, y derráma en ella un vino delicioso».

«Cuando viene Baco se calman los pesares y me parece que tengo las riquezas de Creso; quiero cantar bellamente, reclinarme coronado de yedra y poner todas las cosas bajo mis plantas. ¡Listo, esclavo, que voy a escanciar! Tráeme una copa, esclavo, pues quiero reposar bebido más bien que muerto».

«Cuando yo bebo vino, un dios alegre empieza a calentar mi corazón. Cuando bebo vino, se arrojan las penas, los cuidados, a los vientos que azotan el mar. Cuando bebo vino, Baco toca entonces la lira, me sacude en la orgía lleno de gozo y hace venir la primavera colmada de flores. Cuando bebo vino, tejiendo coronas de flores las pongo sobre mi cabeza o me anego en un mar de vida la más tranquila. Cuando bebo vino, sumergido el cuerpo en bálsamo fragante, canto a Venus teniendo entre mis brazos una muchacha. Cuando bebo vino, navegando mi espíritu en copas rebosantes, me deleito con la alegre tropa de las muchachas. Cuando bebo vino, es mi única ganancia que, guardándola, me llevaré, pues la muerte viene después de todo».

«¿Por qué me enseñas las leyes y la lógica de los oradores? ¿Qué a mí de tales palabras que de nada me sirven? Enséñame más

bien a escanciar una copa de suave Lieo; más bien enséñame a jugar con la dorada Afrodita».

«Coronarán los cabellos grises mi cabeza. Dáme agua, derráma vino, esclavo; y déja que mi alma quede estupefacta».

«Dáme rosas. Quiero coronarme con ellas. Haciendo a un lado la blanca senectud, bailaré como joven entre jóvenes».

..... Dissipat Evius
Curas edaces..... .....

(Hor. II, Od. VIII. *Ad Quinctium Hirpinum*, 16-17).

Pero a esto, que es puro paganismo y vedada fruición de placeres que no corresponden a un cristiano, levantará su voz grave el pastor *Curiambro* para decirles a aquellos mozos que la vida no está en el goce de los sentidos, sino en la contemplación de alegrías puras, de verdades serenas y goces verdaderos en que se abisma la mente y se aplace y regala el corazón. Para lo cual habrá de recordarles quizá el terceto de la *Epístola Moral:*

Esta nuestra porción, alta y divina,
a mayores acciones es llamada
y en más nobles objetos se termina.

Se hallará conforme con esa monición el pastor *Quijotiz* que se pica de fiel amador de su señora Dulcinea y no admitirá otra cosa que no sean honestos pensamientos, sin mengua de la castidad en que deben ser extremados los caballeros que tienen entregada el alma a sus señoras. Aceptarán, aunque a regañadientes, los mozos tan saludables consejos del pastor *Curiambro* y volverán a resonar montes y prados con los más cordiales acentos de las voces y las más concertadas músicas de laúdes y rabeles. De esa manera habrán de cumplirse los deseos de Don Quijote, que dice: «Válame Dios, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar a nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabeles! Pues ¡qué si entre estas diferencias de músicas resuena la de los albogues! Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales». (LXVII, 2.ª). Y por sobre esas músicas «hanos de ayudar mucho al parecer en perfección este ejercicio el ser yo algún tanto poeta, como tú sabes, y el serlo también en extremo el Bachiller Sansón Carrasco. Del Cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y co-

llares de poeta; y que las tenga también maese Nicolás, no dudo en ello, porque todos, o los más, son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascón, de desdeñado; y el cura *Curiambro* de lo que él más puede servirse, y así, andará la cosa, que no haya más qué desear». (LXVII, 2.ª).

Si a desdenes vamos quizá oirán antes las voces apasionadas de Licio con que, amartelado hasta los tuétanos de su Galatea, la convida, como en la *Diana Enamorada* de Gil Polo, a aceptarle estas lisonjas:

Vén conmigo al bosque ameno
y al apacible sombrío
de olorosas flores lleno,
do en el día más sereno
no es enojoso el estío.
.....
Vén a la dulce floresta,
do natura no fue escasa:
donde haciendo alegre fiesta
la más calurosa siesta
con más deleite se pasa,

para escuchar luégo las desamoradas palabras de la perseguida pastora:

Licio mucho más le hablara
y tenía mas que hablalle,
si ella no se lo estorbara,
que con desdeñosa cara
al triste dice que calle.

Volvió a sus juegos la fiera
y a sus llantos el pastor,
y de la misma manera
ella queda en la ribera
y él en su mismo dolor.

También el pastor *Quijotiz*, dando vado a los recuerdos que le roen el alma, le pedirá a *Pancino* que vuelva a azotarse por el desencanto de Dulcinea tan rigurosamente como antes en medio de las hayas y olivos del monte. Así pasarán, entre músicas y danzas, suspiros y amores, entre esperanzas y desdenes, los días que el cielo fuere servido de concederles de vida mientras pasa el año del penar para tornar al ejercicio de la caballería andante.

Mas observo que empecé por donde debí terminar, pues estaba primero el referir en qué otras ocasiones, que no fuese la siguiente al vencimiento de Don Quijote, mostró el ideal que alumbraba y dirigía su espíritu en los lances de la caballería. Para esto será fuerza recurrir a las primeras aventuras del famoso hidalgo y a sus hechos y pensamientos, que son luz y espejo para todos. ¡Cómo se le inflama el pensamiento en arrebatadoras fantasías y cómo lo ve todo con rútilos colores que no le hacen sentir la realidad de la vida! Cuando llega a aquella venta en que se hallaban a la puerta unas marifrancas, las llama doncellas; toma esa venta por castillo, al ventero le tiene por castellano, considera a Maritornes una princesa, y cuando oye sonar el cuerno de un porquero le parece que es la señal de algún enano por su llegada. Y con qué gracia y cortesía, como en los viejos romances, se dirige a las coimas y traídas y llevadas que le desarmaban, imaginando que serían algunas principales señoras o damas del castillo:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera Don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas cuidaban dél;
princesas del su rocino.

Ante las servidoras de la casa llana se llama él Don Quijote, a secas, sin añadir otro calificativo y sin subirse a mayores porque aún no había recibido la orden de la caballería andante; pero cuando ya se le ha otorgado de manos del ventero la pescozada y el espaldarazo, se le abrasa la mente en fuego de ideales! Caído y molido a palos por el mozo de mulas de los mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia, no se queja amargamente como los villanos, sino recita bellos romances y recuerda a su señora Dulcinea en medio de dolientes suspiros y trayendo a las mientes la memoria de don Rodrigo de Narváez, el Alcaide de Antequera que prendió y llevó cautivo a su Alcaidía al moro Abindarráez. Desesperábase el labrador que había acudido a valerle y subirle sobre su jumento, porque le conocía como vecino que era en el mismo pueblo de Don Quijote, oyéndole decir tántas necedades y citas de romances de que el pobre labriego no se curara, y por eso le dijo: «Mire vuestra merced, señor, pecador de mí, que yo no soy don Rodrigo

de Narváez, ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana». «Yo sé quién soy —respondió Don Quijote—; y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías». (V, 1.ª).

¿No es esta la voz del ideal? El hombre que se acoquina no llegará a la cúspide; pero el que tiene una ilusión y lucha por ella, ha de hacerse famoso. Tal es Don Quijote. «Yo sé quién soy», dice, porque ha oído una voz misteriosa que le llama a mayores hazañas, y por eso dice que puede ejecutar las más grandes de los famosos caballeros, a las cuales sobrepujarán las suyas. No arguye eso falta de humildad, ni presunción o arrogancia, sino conocimiento de lo que el hombre puede llevar al cabo ayudándole la fortuna o no oponiéndosele y saliendo con la suya malignos encantadores; pero ahí está la corona que se depara a los que saben luchar por el honor y por la gloria. ¿Es acaso arrogante y presuntuoso el que espera llegar a la aureola del paraíso por más que reconozca que como el vil gusano va hollando con el vientre la tierra? En modo alguno, pues sabe que si tiene flaquezas y anda como las sabandijas por el suelo, puede por el espíritu alcanzar el trono mismo del Altísimo. Lo mismo hace el caballero que reconociendo que vive en un mundo de ruindades, sabe que puede llegar por el ideal que le dirige a la más subida grandeza. Y eso es lo que asienta el caballero molido a palos por el mozo de mulas cuando dice que puede llegar a eclipsar a los más grandes caballeros. Precioso ideal que le hace pensar en que por dondequiera que vaya le ha de cortejar la fama y han de salirle a su encuentro las aventuras, aun cuando otra cosa piense su escudero que siempre ha de oponerle el espantajo de la realidad: «Mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no sólo no traen celadas, pero quizá no las han oído nombrar en todos los días de su vida —Engáñaste en eso—dijo Don Quijote—; porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos más armados que los que vinieron sobre Albraca, a la conquista de Angélica la Bella». (X, 1.ª).

Y así sucedió porque después de haberse encontrado con unos cabreros que les acogieron en su majada y le dieron motivo a Don Quijote para improvisar el famoso discurso sobre la edad de oro, se hallaron con la estupenda aventura de las manadas de ovejas y carneros que tomó Don Quijote por ejércitos de enemigos que venían a embestirse y a romperse en mitad de la espaciosa llanura en que estaban. «Porque tenía, dice Cervantes, a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba, o hacía, era encaminado a cosas semejantes». (XVIII, 1.ª).

Cuán grande aparece el ideal de nuestro caballero en esa llanura en que avanzan, entre nubes de polvo, las manadas de ovejas y carneros, pues no otra cosa piensa sino las atinentes al ejercicio de la misión que tienen los caballeros, que es la de combatir por la equidad y la justicia! Temeroso Sancho, pregunta: «Señor, pues ¿qué hemos de hacer nosotros? —¿Qué?—dijo Don Quijote, favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos». Generoso ideal, sublime locura la del caballero que no piensa sino en ejercitar la caridad que no conocen los hombres!

Ahora empiezan a bullir en el cerebro de Don Quijote. los recuerdos de mejores caballeros cuyos nombres había leído en sus deleitables libros de caballerías. Por una parte, Alifanfarón, señor de la grande Insula Trapobana; por otra, Pentapolín del Arremangado Brazo, porque siempre entraba en las batallas con el brazo derecho desnudo. «Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, le dice a Sancho estupefacto, que trae en el escudo un león coronado, rendido a los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros giganteos, que está a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuélve los ojos a estotra parte, y verás delante y en la frente destotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la Nue-

va Vizcaya, que viene armado con las armas partidas a cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice: *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miaulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe; el otro, que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique; el otro, que bate las ijadas con los herrados carcaños a aquella pintada y ligera cebra y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte*». Y así iba nombrando los jefes de los ejércitos que se aproximaban y diciendo lo siguiente: «A este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto; los que pisan los montuosos masílicos campos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas al dorado Pactolo; y los númidas, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los scitas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los eliseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra». (XVIII, 1.ª).

Todas estas cosas veía el caballero cuando empiezan los balidos de las ovejas y le da voces Sancho para que se vuelva y no vaya a embestir cometiendo una locura; pero Don Quijote sigue en sus trece sobre que son ejércitos de enemigos y acomete por todas partes revolviendo su lanza y desbaratando las pobres ovejas, visto lo cual por los cabreros y ganaderos que las llevaban comienzan con sus hondas a llover piedras sobre el desventurado caballero hasta derribarle de Rocinante mal herido y con dos costillas sepultadas en el cuerpo.

¡Válame Dios! ¡Cuánta es la mala ventura! Que por el triunfo de un ideal como el que llevaba Don Quijote se vea el hombre sometido a las peladillas de arroyo y a los insultos de los gañanes. ¡Y cómo es la vida! Antes había estado en la venta el ingenioso hidalgo, en altas horas de la noche, sosegado el castillo y durmiendo todos sus moradores, con una princesa con quien no pudo holgar a su sabor, porque también, como a todo el que persigue una sombra, le acometieron endriagos y gentes sin conciencia, de esas que no pueden ver que triunfen los buenos ni las gentes de pro. «Sabrás, le dice a Sancho, que poco ha que a mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¿Qué te podría decir del adorno de su persona? ¿Qué de su gallardo entendimiento? ¿Qué de otras cosas ocultas que, por guardar la fe que debo a mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio? Sólo te quiero decir que, envidioso el cielo de tánto bien como la ventura me había puesto en las manos, o quizá (y esto es lo más cierto) que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dónde venía, vino una mano pegada a algún brazo de algún descomunal gigante y asentóme una puñada en las quijadas, tal, que las tengo todas bañadas en sangre; y después me molió de tal suerte que, estoy peor que ayer cuando los arrieros, que, por demasías de Rocinante, nos hicieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí». (XVII, 1.ª). ¡Oh malicia de los demonios y hostiles encantadores! Os hubiera debido bastar para colmo del agravio, el privar a Don Quijote de los en-

cantos de tan hermosa doncella como Maritornes y no mancharos con poner manos aleves sobre el rostro del mejor caballero que ciñó espada en el mundo. Pero obráis de acuerdo con vuestra bajeza y villanía: que donde no pudisteis quitar la honra ni oponeros a un sueño de amor, os rebajasteis hasta las acciones en que sois maestros consumados. En Dios y en mi ánima que sois unos belitres y se os debe condenar a exicial olvido.

Viviendo Don Quijote en el mundo de los sueños no piensa en nada que pueda tener sabor de codicia o de interés, según lo prueba el hecho de que andando por las soledades de Sierra Morena, donde quedó en porreta por Dulcinea, se encuentra con la maleta que había dejado olvidada Cardenio. Abriéndola, empieza a buscar algún indicio que le dé noticias del que él creía un caminante descaminado que debió de pasar por aquellas sierras, y lo primero que halla es un librillo de memoria y escrito en él como en borrador, aunque de muy buena letra, un soneto de amores que Don Quijote lee regocijado porque, así como es caballero andante, también se le entiende de achaque de trovas, pues «todos o los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, o gracias, por mejor decir, son anexas a los enamorados andantes» (XXIII, 1.ª). Hojeaba Don Quijote el librillo y no hallaba sino versos y cartas, aquéllos con lamentos, quejas, desconfianzas, sabores y sinsabores; Sancho, «en tanto que Don Quijote pasaba el libro, pasaba la maleta, sin dejar rincón en toda ella, ni en el cojín, que no buscase, escudriñase e inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habían despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento». De manera que mientras el escudero se satisface con los escudos, que fue ventura la más de provecho que pudo hallar, Don Quijote anda solo por las cumbres del espíritu y del ideal, pensando en los amores de aquel caminante a quien va a buscar para que le cuente su vida.

Todos son, pues, sueños y fantasías, ora sea en la peligrosa caída que da ante los molinos de viento, ora cuando queda apedreado por los galeotes, ya cuando vela las armas en aquella noche en que, acabado el cuento del cabrero, se le pasa «lo más de ella en sabrosas memorias de su señora Dulcinea, a imitación de

los amantes de Marcela», ya cuando le dice a Cardenio que le podrá dar más de trescientos libros que son el regalo de su alma y el entrenimiento de su vida, o cuando conversa con don Luis de Miranda sobre cosas concernientes a la poesía, o cuando defiende ante el canónigo la verdad indubitable de los libros de caballerías que únicamente conoce el que, a la manera del Caballero del Lago Ferviente, no se arredra considerando el peligro a que se pone, sino que sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, «encomendándose a Dios y a su señora, se arroja en mitad del bulliente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa. Allí le parece que el cielo es más transparente, y que el sol luce con claridad más nueva; ofrécesele a los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra a la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan; acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra a lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el Arte, imitando a la Naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo o vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro; las almenas, de diamantes; las puertas, de jacintos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que, con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación su hechura. Y ¿hay más que ver, después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora a deciros como las historias nos los cuentan, sería nunca acabar, y tomar luégo, la que parecía principal de todas, por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del

rico alcázar o castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luégo untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un mantón sobre los hombros que, por lo menos, dicen que suele valer una ciudad, y aún más? ¿Qué es ver, pues, cuando os cuentan que, tras todo esto, le llevan a otra sala donde halla puestas las mesas con tánto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Qué el verle echar agua a manos, toda de ámbar y de olorosas flores distilada? ¿Que el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué el traerle tánta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito a cuál debe de alargar la mano? ¿Cuál será oír la música que en tanto que come suena, sin saberse quién la canta ni a dónde suena? ¿Y, después de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar a deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar a darle cuenta de qué castillo es aquél, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero y admiran a los leyentes que van leyendo su historia?» (L, 1.ª).

¿No es esto soñar despierto y vivir como en los palacios de los cuentos de hadas y de las *Mil y Una Noches* para que no sienta el hombre la amargura de este mundo de miseria en que vivimos, en el cual, si nos encontramos con la fea bajeza de algunas acciones humanas, podemos resarcirnos de ellas y pasar entre flores y morar como en la estratoesfera poniendo el ápice de la imaginación en la fuente misma de los deleites soberanos, que es el palacio de los sueños? ¿No es verdad que cuando experimentamos acaso la felonía de los hombres y nos vemos heridos con sus saetas envenenadas, cuando nos sentimos acosados de las zorrerías y malicias de sus malvadas intenciones y cuando topamos a veces con la cerdosa piara de los rufianes, querríamos no haber despertado jamás del sueño que arrullaba nuestro corazón en medio al alcázar de las ilusiones?

Entonces podríamos decirles a nuestros perseguidores, perdonándoles, lo que Don Quijote al primo y a Sancho después de salir de la Cueva de Montesinos: «Dios os lo perdone, amigos; que me

habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, o se marchitan como la flor del campo». (XXII, 2.ª).

Porque son cosas admirables las que ha visto o soñado el caballero! Prados florecidos, palacios o alcázares de transparente y claro cristal fabricados, y en ellos a caballeros insignes como el venerable Montesinos, el grave Durandarte, preciosas doncellas y una cejijunta dueña, la señora Belerma, de quien sabe Don Quijote minuciosidades y cosas tan mínimas y aun escondidas, que causan admiración a quien oye referirlas. Pero lo que más suspende es el haber visto, cuando se la mostró Montesinos, entre otras dos labradoras «que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras», a la encantadora Dulcinea del Toboso. «Pregunté a Montesinos si las conocía; respondióme que no; pero que él imaginaba que debían de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos días había que en aquellos prados habían perecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos, encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocía él a la reina Ginebra y su dueña Quintañona escanciando el vino a Lanzarote,

Cuando de Bretaña vino. (XXIII, 2.ª).

Pero, ¡oh desilusión!, que aquí viene el perverso Sancho con su sentido práctico y con ese conocimiento de las cosas del mundo que era tal que a leguas sabía, por el vaho de una olla podrida, si era de vaca o simplemente de cabra, a hacer fisga del pobre caballero o a morirse de risa por lo que había dicho, pues habiendo sido Sancho el encantador de Dulcinea, sabía bien que estaba en el Toboso aechando sus hanegas de trigo como cualquiera moza de cocina, y así no había tales encantamientos, por lo cual le dice:

«En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuesa merced, caro patrón mío, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le había dado, hablando sentencias y dando consejos a cada paso, y no agora, contando los mayores disparates que pueden imaginarse».

A lo cual responde Don Quijote con ese otro sentido encumbrado y henchido de nobles pensamientos y de perdón para los que,

aunque se pican de conocer si echada una llave con su cordobán en una cuba de vino sabe éste a pellejo o sabe a acero, no andan por las estrellas, como los hombres superiores, en cosas de exquisitas fantasías: «Como te conozco, Sancho, no hago caso de tus palabras. —Ni yo tampoco de las de vuesa merced —replicó Sancho—, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que he dicho, o por las que pienso decir si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced, ahora que estamos en paz, —continúa picándole—; ¿cómo o en qué conoció a la señora nuestra ama? Y si la habló, ¿qué dijo, y qué le respondió?—Conocíla —respondió Don Quijote— en que trae los mesmos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Habléla, pero no me respondió palabra; antes me volvió las espaldas, y se fue huyendo con tanta priesa, que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera, si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y más, porque se llegaba la hora donde me convenía volver a salir de la sima. Díjome así mesmo que, andando el tiempo, se me daría aviso cómo habían de ser desencantados él, y Belerma, y Durandarte, con todos los que allí estaban; pero lo que más pena me dio de las que allí vi y noté, fue que, estándome diciendo Montesinos estas razones, se llegó a mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz me dijo:—"Mi señora Dulcinea del Toboso besa a vuesa merced las manos y suplica a vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está; y que, por estar en una gran necesidad, asímismo suplica a vuesa merced cuán encarecidamente puede sea servido de prestarle sobre este faldellín que aquí traigo, de cotonia, nuevo, media docena de reales, o los que vuesa merced tuviere: que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad". Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos, le pregunté: "¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad?" A lo que él me respondió: "Créame vuesa merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adondequiera se usa, y por todo se extiende, y a todos alcanza, y aun hasta a los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envía a pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos: que sin duda debe de estar puesta en algún grave aprieto". "Prenda no la tomaré

yo —le respondí—, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales. Los cuales le di (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna a los pobres que topase por los caminos), y le dije: "Decid, amiga mía, a vuesa señora que a mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos; y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversación, y que le suplico cuán encarecidamente puedo sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle también que cuando menos se lo piense oirá decir cómo yo he hecho un juramento y voto, a modo de aquel que hizo el Marqués de Mantua de vengar a su sobrino Valdovinos, cuando le halló para expirar en mitad de la montaña, que fue de no comer pan a manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar, y de andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el Infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla".—Todo eso, y más, debe vuesa merced a mi señora—, me respondió la doncella.—Y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el aire. "¡Oh, santo Dios! —dijo a este tiempo dando una gran voz Sancho— ¿Es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Oh señor, señor; por quien Dios es que vuesa merced mire por sí, y vuelva por su honra, y no dé crédito a esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido!—Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera —dijo Don Quijote—; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa». (XXIII, 2.ª).

El sentido práctico, en el cual era maestro Sancho, hace ver las cosas como son sin que pueda el hombre abismarse en la contemplación de otros mundos; el sentido fantástico o de la ilusión, que es el de Don Quijote, tiene a gala despreciar las cosas groseras de la

vida para vivir como en un castillo amurallado donde no alcanzan a quien lo habita las saetas del odio, ni los tiros de la envidia, ni los golpes, por más crueles que sean, de la fortuna. Todo el nervio de nuestras grandezas espirituales está en soñar y más soñar, siquiera tengamos que arrepentirnos a veces de haber soñado demasiado, como lo hizo Don Quijote después, cuando habiendo contado Sancho tántas cosas que había visto por los cielos yendo montado en Clavileño, de las cuales no había ninguna verdadera, le dijo Don Quijote: «Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más». (XLI, 2.ª).

Todo está en soñar con tiento, pensando que si tocamos con la frente las estrellas, por fuerza hemos de andar con los pies por el lodo; esto es decir, que procuremos conciliar a Ariel con Calibán, porque mientras estemos en el mundo hemos de encontrarnos, tras los palacios encantados y los jardines apacibles, los precipicios, los despeñaderos o las secas estepas donde no veremos nada que pueda recrearnos y contentarnos el alma y los sentidos. Mas si tras el castillo resplandeciente de luces y sonoroso de músicas y fiestas halláremos la negra sima y el vórtice insondable, no perdamos la esperanza, verdadera guía, verdadera luz, ni apaguemos la lámpara de nuestras ilusiones con la que iremos con pasos firmes, entre sombras y tristezas.

Loor, pues, a Don Quijote por sus sueños y por sus ideales, que en ellos está el goce de la vida. Y ésta suele ser dulce y amable para los que la pasan soñando.

ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

PERIODO 1947 — 1948

Presidente: don EDUARDO RODRIGUEZ PIÑERES

Vicepresidente: don JOSE RESTREPO POSADA

Secretario Tesorero: don ROBERTO CORTAZAR

Bibliotecario: don GUSTAVO OTERO MUÑOZ

Inspector del Museo y Biblioteca: don DANIEL ORTEGA RICAURTE

"BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES"

Director: don LUIS AUGUSTO CUERVO

Redactores: don JOSE MARIA RESTREPO SAENZ

don ENRIQUE OTERO D'COSTA

CONDICIONES

Número suelto .....$	0.40
Número atrasado	0.80
Suscripción anual (doce números)	4.00

Edificio de la Academia Colombiana de Historia—Calle 10, Nº 8-95—Apartado de correos Nº 37—Teléfono 40-88.

INSINUACION

La Academia Colombiana de Historia se permite insinuar a los colombianos que posean documentos históricos de alguna importancia, originales e inéditos, se sirvan remitirlos, si no tuvieren inconveniente, a la Secretaría de la Corporación o a la Dirección del BOLETIN, con el fin de estudiarlos y de darles publicidad, si fuere el caso. Con esta medida podrán enriquecerse los anales patrios y salvarse de pérdida definitiva documentos de interés general para la historia del país.

PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

Biblioteca de Historia Nacional:

Volúmenes.

I—**La Patria Boba,** por Caballero, Vargas Jurado y Torres. (Prólogo de Eduardo Posada).

II—**El Precursor.** Documentos sobre el General Antonio Nariño. (Prólogo de Eduardo Posada).

III—**Vida del General Pedro Alcántara Herrán,** por Eduardo Posada y Pedro María Ibáñez.

IV—**Los Comuneros.** (Prólogo de Eduardo Posada).

V—**Recopilación Historial,** por fray Pedro de Aguado. (Prólogo de Eduardo Posada).

VI—**La Convención de Ocaña,** por José Joaquín Guerra.

VII—**El Tribuno de 1810,** por Adolfo León Gómez.

VIII—**Relaciones de Mando de los Gobernantes del Nuevo Reino de Granada.** (Prólogo de Eduardo Posada).

IX—**Obras de Caldas,** recopiladas por Eduardo Posada.

X—**Crónicas de Bogotá,** por Pedro María Ibáñez, tomo I.

XI—**Crónicas de Bogotá,** por Pedro María Ibáñez, tomo II.

XII—**Crónicas de Bogotá,** por Pedro María Ibáñez, tomo III.

XIII—**El 20 de julio,** por Eduardo Posada.

XIV—**Biografía de José María Córdoba,** por Eduardo Posada.

XV—**Cartas de Caldas,** recopiladas por Eduardo Posada.

XVI—**Bibliografía Bogotana,** por Eduardo Posada, tomo I.

XVII—**Vida del doctor José Ignacio de Márquez,** por Carlos Cuervo Márquez, tomo I.

XVIII—**Vida del doctor José Ignacio de Márquez,** por Carlos Cuervo Márquez, tomo II.

XIX—**Antonio Villavicencio,** por José Dolores Monsalve, tomo I.

XX—**Páginas de Historia Diplomática,** por Francisco José Urrutia.

XXI—**Vida de Miranda,** por W. S. Robertson. (Traducción de Diego Mendoza Pérez).

XXII—**Epistolario del doctor Rufino Cuervo,** por Luis Augusto Cuervo, tomo I.

XXIII—**Epistolario del doctor Rufino Cuervo,** por Luis Augusto Cuervo, tomo II.

XXIV—**Epistolario del doctor Rufino Cuervo,** por Luis Augusto Cuervo, tomo III.

XXV—**Ricaurte y sus impugnadores ante la crítica,** por Luis Orjuela.

XXVI—**Ferrocarriles colombianos,** por Alfredo Ortega. (Prólogo de Eduardo Posada), tomo I.

XXVII—**Biografía de Salvador Córdoba,** por Alejandro Mesa Nicholls.

XXVIII—**Monografías,** por Rufino Gutiérrez. (Prólogo de **Diego Mendoza** Pérez), tomo I.

XXIX—**Antonio Villavicencio,** por José Dolores Monsalve, tomo II.

XXX—**Monografías,** por Rufino Gutiérrez, tomo II.

XXXI—**Los Fundadores de Bogotá,** por Raimundo Rivas. (Prólogo de Eduardo Posada).

XXXII—**Crónicas de Bogotá,** por Pedro María Ibáñez, tomo IV.

XXXIII—**Congreso de las Provincias Unidas,** por Eduardo Posada.

XXXIV—**Congreso de Angostura** (actas), por Roberto Cortázar y Luis Augusto Cuervo.

XXXV—**Congreso del Rosario de Cúcuta** (actas), por Roberto Cortázar y Luis Augusto Cuervo.

XXXVI—**Bibliografía Bogotana,** por Eduardo Posada, tomo II.

XXXVII—**Congreso de 1823** (actas), por Roberto Cortázar y Luis Augusto Cuervo.

XXXVIII—**Mujeres de la Independencia,** por José Dolores Monsalve. (Prólogo de Eduardo Posada).

XXXIX—**Apostillas a la Historia de Colombia,** por Eduardo Posada.

XL—**Actas de la Diputación Permanente del Congreso de Angostura,** por José Dolores Monsalve.

XLI—**Memorias Histórico-Políticas,** por Joaquín Posada Gutiérrez, tomo I.

XLII—**Memorias Histórico-Políticas,** por Joaquín Posada Gutiérrez, tomo II.

XLIII—**Memorias Histórico-Políticas,** por Joaquín Posada Gutiérrez, tomo III.

XLIV—**Memorias Histórico-Políticas,** por Joaquín Posada Gutiérrez, tomo IV.

XLV—**Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada,** por Basilio Vicente de Oviedo. (Prólogo de Luis Augusto Cuervo).

XLVI—**Congreso de 1824, Senado** (actas), por Roberto Cortázar y Luis Augusto Cuervo. (Prólogo de Enrique Otero D'Costa).

XLVII—**Ferrocarriles Colombianos,** por Alfredo Ortega. (Prólogo de César Julio Rodríguez), tomo II.

XLVIII—**Comentos críticos sobre la fundación de Cartagena de Indias,** por Enrique Otero D'Costa.

XLIX—**Las guerras de Bolívar,** por Francisco Rivas Vicuña, tomo I.

L—**El andante caballero don Antonio Nariño.** (La juventud), por Raimundo Rivas. (Introducción de Tomás Rueda Vargas).

LI—**Las guerras de Bolívar,** por Francisco Rivas Vicuña, tomo II.

LII—**Las guerras de Bolívar,** por Francisco Rivas Vicuña, tomo III.

LIII—**Las guerras de Bolívar,** por Francisco Rivas Vicuña, tomo IV.

LIV—**Memorias sobre la vida del Libertador,** por Tomás Cipriano de Mosquera.

LV—**Semblanzas colombianas,** por Gustavo Otero Muñoz, tomo I.

LVI—**Semblanzas colombianas,** por Gustavo Otero Muñoz, tomo II.

LVII—**Los Fundadores de Bogotá,** por Raimundo Rivas (segunda edición), tomo I.

LVIII—**Los Fundadores de Bogotá,** por Raimundo Rivas (segunda edición), tomo II.

LIX—**Causas célebres a los precursores,** por José Manuel Pérez Sarmiento y Luis Martínez Delgado, tomo I.

LX—**Causas célebres a los precursores,** por José Manuel Pérez Sarmiento y Luis Martínez Delgado, tomo II.

LXI—**Crónica del muy magnífico Capitán don Gonzalo Suárez Rendón,** por Nicolás García Samudio.

LXII—**Neiva en el siglo XVII,** por Joaquín García Borrero.

LXIII—**Gobernadores y próceres de Neiva,** por José María Restrepo Sáenz.

LXIV—**San Dionisio de los Caballeros de Tocaima,** por Alejandro Carranza B.

LXV—**Congreso de 1824, Cámara de Representantes** (actas), por Roberto Cortázar y Luis Augusto Cuervo.

LXVI—**Las ciudades confederadas del Valle del Cauca en 1811.** (Documentos). (Introducción de Laureano García Ortiz).

LXVII—**Archivo Epistolar del General Domingo Caycedo,** tomo I. (Edición al cuidado de Guillermo Hernández de Alba, Enrique Ortega Ricaurte e Ignacio Rivas Putnam).

LXVIII—**Archivo Epistolar del General Domingo Caycedo,** tomo II.

LXIX—**Andrés María Rosillo y Meruelo,** por Horacio Rodríguez Plata. (Exordium, por Enrique Otero D'Costa).

LXX—**Colaboradores de Santander en la organización de la República,** por Eduardo Acevedo Latorre.

LXXI—**Documentos sobre el doctor Vicente Azuero.** (Recopilados y publicados por Guillermo Hernández de Alba y Fabio Lozano y Lozano).

LXXII—**Gobernadores de Antioquia,** tomo I (1579-1819), por José María Restrepo Sáenz.

LXXIII—**Vida del Mariscal Jorge Robledo,** por Emilio Robledo. (Prólogo de Enrique Otero D'Costa).

LXXIV—**Historia de la Diócesis de Popayán,** por Manuel Antonio Bueno y Quijano y Juan Buenaventura Ortiz. (Prólogo de José Restrepo Posada).

LXXV—**Historia del Real Colegio Seminario de San Francisco de Asís, de Popayán,** por Pedro Vargas Sáez.

LXXVI—**La Revolución** (1876-1877), por Manuel Briceño. (Prólogo de Carlos Restrepo Canal).

LXXVII—**Archivo Epistolar del General Domingo Caycedo,** tomo III.

LXXVIII—**Congreso de 1825, Cámara de Representantes** (actas), por Roberto Cortázar y Luis Augusto Cuervo.

Archivo Santander, 24 tomos.
Archivo Herrán, tomo I. (En preparación).

Conferencias académicas dictadas en 1935. Contiene:

Monólogo en desierto. José Joaquín Casas.

Homenaje a Abdón Calderón. Gustavo Otero Muñoz.

En la Quinta de Bolívar. Gustavo Otero Muñoz.

El historiador don José Manuel Restrepo. Diego Carbonell.

Capítulos de un libro inédito. (Trayectoria militar de Santander). Pedro Julio Dousdebés.

Segunda expedición de Belalcázar al país de El Dorado. Enrique Otero D'Costa.

Las calles de Santafé. Moisés de la Rosa.

Fontibón y su historia. Enrique Ortega Ricaurte.

Impresiones de viaje del primer Ministro británico en Colombia. Eduardo Restrepo Sáenz.

Discurso (Gonzalo Fernández de Oviedo). Eduardo Zuleta.

Conferencias académicas dictadas en 1936. Contiene:

Preámbulo. Roberto Cortázar.

Nariño. (Su fuga y andanzas en Europa). Raimundo Rivas.

Notas bibliográficas acerca del origen de los indios. José Alejandro Bermúdez.

Figuras femeninas de la Colonia. Gustavo Otero Muñoz.

Bolívar, el Congreso de Panamá y la solidaridad americana. Fabio Lozano y Lozano.

Acción jurídica y social de España en el Virreinato de Santafé. Manuel José Forero.

Don José Ignacio de Pombo, prócer de la ciencia. Nicolás García Samudio.

Un capítulo de la biografía del Canónigo chileno José Cortés Madariaga. Daniel Arias Argáez.

La vida extraordinaria del sabio Caldas. Max. Grillo.

El cronista santafereño Juan Rodríguez Freyle. Enrique Otero D'Costa.

Florecimiento y desaparición de la lengua muisca. Carlos Restrepo Canal.

El sobrino del Libertador. Miguel Aguilera.

La juventud de Santander. Luis Augusto Cuervo.

Conferencias académicas dictadas en 1937. Contiene:

Huellas femeninas en las letras colombianas. Gustavo Otero Muñoz.

El Congresillo de Cariaco. Daniel Arias Argáez.

Pedro de Cieza de León. Enrique Otero D'Costa.

Algo sobre el General de División José María Obando. Luis Martínez Delgado.

Simón Bolívar visto por Carlos Marx. Miguel Aguilera.

La Filosofía y el Arte en la narración histórica. Carlos Restrepo Canal.

La Infantería en nuestra historia. Pedro Julio Dousdebés.

Orellana y las Amazonas. Daniel Ortega Ricaurte.

Bolívar y Petión. Luis Augusto Cuervo.

Recuerdos de don José Joaquín Ortiz. José Joaquín Casas.

El General Daniel Florencio O'Leary. Fabio Lozano y Lozano.

José María Obando y el misterio de Berruecos. Fabio Lozano Torrijos.

El estilo y la personalidad literaria del Libertador. A. Zérega Fombona.

Conferencias académicas dictadas en 1940, 1941 y 1942. Contiene:

Prólogo. Luis Augusto Cuervo.

Ideas Bolivarianas sobre Educación Pública. Guillermo Hernández de Alba.

El guerrillero que se enfrentó a Bolívar. Alberto Miramón.

Encomenderos y Evangelizadores. Gustavo Otero Muñoz.

Los Héroes ante la Historia Nacional. Manuel José Forero.

Historia del Himno Nacional de Colombia. Miguel Aguilera.

Piratas, Corsarios y Bucaneros. Alberto Miramón.

Cómo se divertían nuestros abuelos. Gabriel Giraldo Jaramillo.

Descubridores y Conquistadores del Amazonas. Francisco Andrade.

Retrato del Padre Manuel Rodríguez. Luis Augusto Cuervo.

Elogio del cronista colonial Padre Manuel Rodríguez. Daniel Ortega Ricaurte.

General Hermógenes Maza. Carlos Cortés Vargas.

Nombres antiguos del río Magdalena. Rafael Tovar Ariza.

Algunos dichos bogotanos y la Historia. Miguel Aguilera.

Albores del romanticismo en Colombia. Gustavo Otero Muñoz.

El Verde. (Realidad histórica de una escandalosa leyenda). Alberto Miramón.

La Marina Colombiana. Leonidas Flórez Alvarez.

Antecedentes de la Independencia Nacional. Manuel José Forero.

Potencial militar de la Gran Colombia. Jaime Polanía Puyo.

Palabras para hacer entrega del retrato de Gustavo Arboleda. Enrique Ortega Ricaurte.

Elogio de Gustavo Arboleda. Moisés de la Rosa.

Música y músicos colombianos. José Ignacio Perdomo Escobar.

La supuesta noche de la Edad Media. Paul Rivet.

Conferencias académicas dictadas en 1943. Contiene:

Dos palabras. R. C.

Derrotero histórico de Antioquia. Luis López de Mesa.

El criterio histórico de don Miguel Antonio Caro. Miguel Aguilera.

Independencia y Libertad. Los ojos de Bolívar y otras cosas que pueden parecer historia. Max. Grillo.

Hispanidad. Roberto Botero Saldarriaga.

Don Pedro I y la Independencia del Brasil. Carlos Lozano y Lozano.

La invasión de España por Napoleón y los Diputados granadinos en la Junta de Bayona. Francisco José Urrutia.

El Mariscal de Ayacucho. Carlos Cortés Vargas.

Causas económicas de la Independencia de América. Manuel José Forero.

Los oradores de la Revolución. Luis Augusto Cuervo.

La accidentada vida del último Arzobispo español. José Restrepo Posada.

Elogio de los historiadores Henao y Arrubla. Roberto Cortázar.

Palabras de agradecimiento. Gerardo Arrubla.

Análisis crítico de un ruidoso proceso. Miguel Aguilera.

Monseñor de Pradt. Daniel Arias Argáez.

José Antonio Anzoátegui, héroe de Boyacá. Fabio Lozano y Lozano.

La influencia de la Revolución Americana (1776) y de la Revolución Francesa (1789) en la Independencia de la América Latina. Nicolás García Samudio.

Conferencias académicas dictadas en 1944 y 1945. Contiene:

Dos palabras. R. C.

El Arzobispo Herrán. (Discurso de recepción). José Restrepo Posada.

Respuesta al discurso anterior. Nicolás García Samudio.

Palabras del Presidente de la Academia, doctor Francisco José Urrutia, al entregar la medalla académica al señor Restrepo Posada.

El Secreto del Virrey Fraile. Alberto Miramón.

Centenario del nacimiento del Arzobispo de Quito, don Federico González Suárez. Francisco José Urrutia.

Elogio del señor González Suárez. Juan Crisóstomo García.

Palabras del Embajador del Ecuador, don Ricardo Crespo Ordóñez, sobre el señor González Suárez.

El sueño del pasado o la arqueología del Alto Magdalena, cumbre de la civilización precolombiana. Ignacio Rivas Putnam.

Santander en Venezuela. Max. Grillo.

Una ojeada sobre el Uruguay. Raimundo Rivas.

La vida aventurera del doctor Francisco Antomarchi. Carlos Rodríguez Maldonado.

Don Diego Portales. Luis Rodríguez Marambio.

El golpe de cuartel el 17 de abril de 1854. (Discurso de recepción). Carlos Lozano y Lozano.

Respuesta al discurso anterior. Luis Augusto Cuervo.

Palabras del Vicepresidente de la Academia, doctor Max. Grillo, al entregar la medalla académica al señor Lozano y Lozano.

Los locos de Bogotá. Gustavo Otero Muñoz.

Vicios amerindios. Rafael Tovar Ariza.

Núñez y La Regeneración. (Tres conferencias). Eduardo Rodríguez Piñeres.

Fallas y excesos de los biógrafos de Núñez. Miguel Aguilera.

Rafael Núñez, precursor del liberalismo social en Colombia. Indalecio Liévano Aguirre.

Centenario de la muerte del doctor Vicente Azuero. Fabio Lozano y Lozano.

José María Cordovez Moure. Luis Augusto Cuervo.

Palabras del Presidente de la Academia, doctor Francisco José Urrutia, sobre el señor Cordovez Moure.

El 23 de mayo de 1867. Jorge Bayona Posada.

Zambras, motines y tumultos célebres. Miguel Aguilera.

Elogio del Ilustrísimo señor don Fernando Caycedo y Flórez, primer Arzobispo de la República. Daniel Ortega Ricaurte.

Retrato del Padre José Gumilla. Luis Augusto Cuervo.

El Padre José Gumilla. Rafael Tovar Ariza.

El sesquicentenario de Obando. Fabio Lozano Torrijos.

Conferencias académicas dictadas en 1946 y 1947. Contiene:

Dos palabras. R. C.

La independencia de los Estados Unidos y la emancipación de la Nueva Granada. Guillermo Hernández de Alba.

Genio y carácter del Almirante Sir Francis Drake. Enrique Otero D'Costa.

Elogio de Raimundo Rivas. Eduardo Rodríguez Piñeres.

Raimundo Rivas. Eduardo Santos.

Elogio de don José Ignacio París. Luis Augusto Cuervo.

La novela y la historia. Germán Arciniegas.

Respuesta al discurso anterior. Eduardo Santos.

Monseñor Lorenzo Barili. José Restrepo Posada.

El Coronel Anselmo Pineda. Manuel José Forero.

Las sociedades científicas latinoamericanas desde el siglo XVIII. Arturo P. Whitaker.

El profetismo del Libertador. Miguel Aguilera.

Anotaciones al margen de la historia de la República Dominicana. Luis Martínez Delgado.

Batida contra el instinto de la Patria. Miguel Aguilera.

La ciudad y el templo. (Historia de Santo Domingo). Daniel Ortega Ricaurte.

Historia del Himno Nacional de Colombia. Miguel Aguilera.

Piratas, Corsarios y Bucaneros. Alberto Miramón.

Cómo se divertían nuestros abuelos. Gabriel Giraldo Jaramillo.

Descubridores y Conquistadores del Amazonas. Francisco Andrade.

Retrato del Padre Manuel Rodríguez. Luis Augusto Cuervo.

Elogio del cronista colonial Padre Manuel Rodríguez. Daniel Ortega Ricaurte.

General Hermógenes Maza. Carlos Cortés Vargas.

Nombres antiguos del río Magdalena. Rafael Tovar Ariza.

Algunos dichos bogotanos y la Historia. Miguel Aguilera.

Albores del romanticismo en Colombia. Gustavo Otero Muñoz.

El Verde. (Realidad histórica de una escandalosa leyenda). Alberto Miramón.

La Marina Colombiana. Leonidas Flórez Alvarez.

Antecedentes de la Independencia Nacional. Manuel José Forero.

Potencial militar de la Gran Colombia. Jaime Polanía Puyo.

Palabras para hacer entrega del retrato de Gustavo Arboleda. Enrique Ortega Ricaurte.

Elogio de Gustavo Arboleda. Moisés de la Rosa.

Música y músicos colombianos. José Ignacio Perdomo Escobar.

La supuesta noche de la Edad Media. Paul Rivet.

Conferencias académicas dictadas en 1943. Contiene:

Dos palabras. R. C.

Derrotero histórico de Antioquia. Luis López de Mesa.

El criterio histórico de don Miguel Antonio Caro. Miguel Aguilera.

Independencia y Libertad. Los ojos de Bolívar y otras cosas que pueden parecer historia. Max. Grillo.

Hispanidad. Roberto Botero Saldarriaga.

Don Pedro I y la Independencia del Brasil. Carlos Lozano y Lozano.

La invasión de España por Napoleón y los Diputados granadinos en la Junta de Bayona. Francisco José Urrutia.

El Mariscal de Ayacucho. Carlos Cortés Vargas.

Causas económicas de la Independencia de América. Manuel José Forero.

Los oradores de la Revolución. Luis Augusto Cuervo.

La accidentada vida del último Arzobispo español. José Restrepo Posada.

Elogio de los historiadores Henao y Arrubla. Roberto Cortázar.

Palabras de agradecimiento. Gerardo Arrubla.

Análisis crítico de un ruidoso proceso. Miguel Aguilera.

Monseñor de Pradt. Daniel Arias Argáez.

José Antonio Anzoátegui, héroe de Boyacá. Fabio Lozano y Lozano.

La influencia de la Revolución Americana (1776) y de la Revolución Francesa (1789) en la Independencia de la América Latina. Nicolás García Samudio.

Conferencias académicas dictadas en 1944 y 1945. Contiene:

Dos palabras. R. C.

El Arzobispo Herrán. (Discurso de recepción). José Restrepo Posada.

Respuesta al discurso anterior. Nicolás García Samudio.

Palabras del Presidente de la Academia, doctor Francisco José Urrutia, al entregar la medalla académica al señor Restrepo Posada.

El Secreto del Virrey Fraile. Alberto Miramón.

Centenario del nacimiento del Arzobispo de Quito, don Federico González Suárez. Francisco José Urrutia.

Elogio del señor González Suárez. Juan Crisóstomo García.

Palabras del Embajador del Ecuador, don Ricardo Crespo Ordóñez, sobre el señor González Suárez.

El sueño del pasado o la arqueología del Alto Magdalena, cumbre de la civilización precolombiana. Ignacio Rivas Putnam.

Santander en Venezuela. Max. Grillo.

Una ojeada sobre el Uruguay. Raimundo Rivas.

La vida aventurera del doctor Francisco Antomarchi. Carlos Rodríguez Maldonado.

Don Diego Portales. Luis Rodríguez Marambio.

El golpe de cuartel el 17 de abril de 1854. (Discurso de recepción). Carlos Lozano y Lozano.

Respuesta al discurso anterior. Luis Augusto Cuervo.

Palabras del Vicepresidente de la Academia, doctor Max. Grillo, al entregar la medalla académica al señor Lozano y Lozano.

Los locos de Bogotá. Gustavo Otero Muñoz.

Vicios amerindios. Rafael Tovar Ariza.

Núñez y La Regeneración. (Tres conferencias). Eduardo Rodríguez Piñeres.

Fallas y excesos de los biógrafos de Núñez. Miguel Aguilera.

Rafael Núñez, precursor del liberalismo social en Colombia. Indalecio Liévano Aguirre.

Centenario de la muerte del doctor Vicente Azuero. Fabio Lozano y Lozano.

José María Cordovez Moure. Luis Augusto Cuervo.

Palabras del Presidente de la Academia, doctor Francisco José Urrutia, sobre el señor Cordovez Moure.

El 23 de mayo de 1867. Jorge Bayona Posada.

Zambras, motines y tumultos célebres. Miguel Aguilera.

Elogio del Ilustrísimo señor don Fernando Caycedo y Flórez, primer Arzobispo de la República. Daniel Ortega Ricaurte.

Retrato del Padre José Gumilla. Luis Augusto Cuervo.

El Padre José Gumilla. Rafael Tovar Ariza.

El sesquicentenario de Obando. Fabio Lozano Torrijos.

Conferencias académicas dictadas en 1946 y 1947. Contiene:

Dos palabras. R. C.

La independencia de los Estados Unidos y la emancipación de la Nueva Granada. Guillermo Hernández de Alba.

Genio y carácter del Almirante Sir Francis Drake. Enrique Otero D'Costa.

Elogio de Raimundo Rivas. Eduardo Rodríguez Piñeres.

Raimundo Rivas. Eduardo Santos.

Elogio de don José Ignacio París. Luis Augusto Cuervo.

La novela y la historia. Germán Arciniegas.

Respuesta al discurso anterior. Eduardo Santos.

Monseñor Lorenzo Barili. José Restrepo Posada.

El Coronel Anselmo Pineda. Manuel José Forero.

Las sociedades científicas latinoamericanas desde el siglo XVIII. Arturo P. Whitaker.

El profetismo del Libertador. Miguel Aguilera.

Anotaciones al margen de la historia de la República Dominicana. Luis Martínez Delgado.

Batida contra el instinto de la Patria. Miguel Aguilera.

La ciudad y el templo. (Historia de Santo Domingo). Daniel Ortega Ricaurte.

El 20 de julio. Germán Arciniegas.
Centenario de la inauguración de la estatua de Bolívar en la Plaza Mayor de Bogotá. José Restrepo Posada.
Homenaje a Camilo Torres. Daniel Arias Argáez.
Homenaje al Libertador. Miguel Aguilera.
Estampa del General Santander. Roberto Liévano.
Alabanza de fray Pedro de Aguado. Enrique Otero D'Costa.
Aventuras desconocidas de Russi. Alberto Miramón.
Los cien años del Capitolio. Jorge Bayona Posada.
Alejandro de Humboldt. Carlos Morales Macedo.
Nuestra cultura universitaria en la época colonial. Rafael Gómez Hoyos.
Tres preguntas de historia colombiana. Manuel José Forero.
La revolución de 1875. Eduardo Rodríguez Piñeres.
Los comienzos de la carrera del General Miranda. Miguel Aguilera.
La obra de Monseñor Baluffi. José Restrepo Posada.
Curiosidades literarias del Nuevo Reino de Granada. Enrique Otero D'Costa.
El poeta Roberto de Narváez. Gustavo Otero Muñoz.
Elogio de Carlos Martínez Silva. Eduardo Rodríguez Piñeres.

Boletín de Historia y Antigüedades, 34 tomos.

La Secretaría de la Academia o la Dirección del BOLETIN atenderá la venta de las obras anteriores y de cualesquiera otras publicadas por miembros de la Corporación.

MEDALLAS DE BRONCE ACUÑADAS POR LA ACADEMIA

Bodas de plata del Instituto (11 de mayo de 1927). Anverso, escudo de la Academia; reverso, escudo de Colombia, alegoría de la Historia y leyenda.

Primer centenario de la muerte del Libertador (17 de diciembre de 1930). Anverso, Bolívar (según Tenerani); reverso, símbolos de la Academia y de la Historia, y leyenda.

Cuarto centenario de la fundación de Bogotá (6 de agosto de 1938). Anverso, Gonzalo Jiménez de Quesada; reverso, armas de Bogotá y leyenda.

Primer centenario de la muerte del General Santander (6 de mayo de 1940). Anverso, Francisco de Paula Santander (medallón de David); reverso, símbolos de la Academia y de Bogotá, y leyenda.

REIMPRESIONES DEL BOLETIN

Acaban de aparecer, en edición muy reducida, los números **34 y 50.**

Valor para los académicos, **$ 0.50**; para el público, **$ 1.00.**

ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

Nómina de sus miembros de número por antigüedad de elección.

---

1 **José Joaquín Casas (Fundador).**
2 **Ernesto Restrepo Tirado (Fundador).**
3 **Eduardo Restrepo Sáenz (Fundador).**
4 **Francisco José Urrutia.**
5 **Roberto Cortázar.**
6 **José María Restrepo Sáenz.**
7 **Fabio Lozano y Lozano.**
8 **Nicolás García Samudio.**
9 **Luis Augusto Cuervo.**
10 Enrique Otero D'Costa.
11 Jorge Ricardo Vejarano.
12 Carlos Cortés Vargas.
13 Belisario Matos Hurtado.
14 Gustavo Otero Muñoz.
15 Daniel Arias Argáez.
16 Gabriel Porras Troconis.
17 Guillermo Hernández de Alba.
18 Manuel José Forero.
19 Daniel Ortega Ricaurte.
20 Tulio Enrique Tascón.
21 Pedro Julio Dousdebés.
22 Enrique Ortega Ricaurte.
23 Luis López de Mesa.
24 Max. Grillo.
25 Miguel Aguilera.
26 Alberto Miramón.
27 Eduardo Santos.
28 Luis Martínez Delgado.
29 Juan Crisóstomo García.
30 José Restrepo Posada.
31 Carlos Lozano y Lozano.
32 Germán Arciniegas.
33 Gabriel Giraldo Jaramillo.
34 Eduardo Rodríguez Piñeres.
35 Carlos Restrepo Canal.
36 Francisco Andrade.
37 Emilio Robledo (electo).
38 Horacio Rodríguez Plata (electo).
39 Félix Restrepo (electo).
40 .... (Vacante

DEL REGLAMENTO DE LA ACADEMIA DE HISTORIA

"En las obras que la Academia acepte o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones; el Instituto lo será solamente de que las obras son acreedoras a la luz pública."

(Artículo 51).

ACADEMICOS CORRESPONDIENTES COLOMBIANOS

Acevedo Luis.
Acuña Luis Alberto.
Alvarez Lleras Jorge.
Aragón Arcesio.
Arango Mejía Gabriel.
Arboleda Llorente José María.
Arboleda Vicente J.
Arcila Robledo Gregorio.
Arias Juan de Dios.
Balcázar Ricardo.
Bayona Posada Jorge.
Bedoya Víctor A.
Borda Angulo Ignacio.
Buenaventura Manuel María.
Cadavid Restrepo Tomás.
Camargo Pérez Gabriel.
Cárdenas Acosta Pablo E.
Carvajal Alberto.
Carranza Alejandro.
Castro Silva José Vicente.
Caycedo Bernardo J.
Correa Ramón C.
De Castellví Marcelino.
De la Vega Fernando.
Escobar Roa Rafael.
Estrada Monsalve Joaquín.
Flórez Alvarez Leonidas.
García Benítez Luis.
García Julio César.
García Mejía Eduardo.
García Vásquez Demetrio.
Gómez Fernández Miguel.
Gómez Hoyos Rafael.
Gómez Picón Rafael.
Guzmán Arcesio.
Hernández de Alba Gregorio.
Herrera Evaristo.
Holguín y Caro Alvaro.
Jaramillo Meza Juan B.
Liévano Aguirre Indalecio.
Liévano Roberto.
Lleras Camargo Alberto.
Martínez Delgado Santiago.
Mercado Jorge.
Merizalde Bernardo.
Molano Humberto.
Naranjo Martínez Enrique.
Nieto Arteta Luis Eduardo.
Ortega Alfredo.
Ortega Torres José Joaquín.
Ortiz Sergio Elías.
Ospina Joaquín.
Páez Courvel Luis Eduardo.
París Lozano Gonzalo.
Perdomo Escobar José Ignacio.
Peña Pedro Antonio.
Pérez Aguirre Antonio.
Pérez Calvo Fidel J.
Polanía Puyo Jaime.
Ramos Urdaneta Alfredo.
Revollo Pedro María.
Rivas Putnam Ignacio.
Rodríguez Maldonado Carlos.
Rojas Ulises.
Samper Augusto N.
Sánchez de Iriarte Alberto.
Sanz de Santa María Bernardo.
Tascón Jorge H.
Tovar Ariza Rafael.
Toledo Augusto.
Vargas Torres Ignacio.
Vélez Jorge.
Vernaza José Ignacio.
Wills Pradilla Jorge.
Zawadzky Alfonso.

PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA EN HOMENAJE A BOGOTA EN EL IV CENTENARIO DE SU FUNDACION:

Bogotá, por Antonio Gómez Restrepo.

Estampas Santafereñas, por Guillermo Hernández de Alba.

El Canónigo don José Cortés y Madariaga, por Daniel Arias Argáez.

Estudios Históricos y Fisonomías Colombianas, por Laureano García Ortiz. (Prólogo de Daniel Samper Ortega). Series I y II.

Introducción al estudio de la Filosofía de la Historia, por Emilio Cuervo Márquez. (Edición al cuidado de Luis Augusto Cuervo).

Tradiciones Santafereñas, por Manuel José Forero.

Monumentos, estatuas, bustos, medallones y placas conmemorativas existentes en Bogotá en 1938, por Roberto Cortázar.

PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA EN HOMENAJE AL GENERAL SANTANDER EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE:

1840—Muerte de Santander.

CONFERENCIAS:

Santander en América. Laureano García Ortiz.

Orígenes y formación de Santander. Fabio Lozano y Lozano.

Santander y los Estados Unidos. Nicolás García Samudio.

Santander, escritor y periodista. Manuel José Forero.

Santander, administrador de la República. Moisés de la Rosa.

Santander, apóstol magno de la cultura nacional. Guillermo Hernández de Alba.

Las ideas religiosas del General Santander. Luis Augusto Cuervo.

Santander y Eusebio Borrero. Gustavo Otero Muñoz.

PUBLICACIONES VARIAS:

Puntadas de Historia. Enrique Naranjo Martínez.

Páginas de Historia Colombiana. Federico González Suárez. (Edición dirigida por Luis Augusto Cuervo y Roberto Cortázar).

Bibliografías de don Miguel Antonio Caro, por Víctor E. Caro, y de **don Rufino José Cuervo,** por Augusto Toledo. (Prólogo de Luis Augusto Cuervo).